



*Vivencias
de un creador*





Vivencias *de un creador*

Rafael Ramírez Fernández

 Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2015

Edición: *Isora Gutiérrez Romero*
Diseño de cubierta e interior: *Lía Santiesteban García*
Realización: *Ariel Feitó Trujillo*
Corrección: *Vilma Munder Calderón*
Fotos: *Cortesía del protagonista*

© Rafael Ramírez Fernández, 2015
© Sobre la presente edición:
Casa Editorial Verde Olivo, 2015

ISBN: 978-959-224-362-0

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en ningún soporte sin la autorización por escrito de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo
Avenida de Independencia y San Pedro
Apartado 6916. CP 10600
Plaza de la Revolución, La Habana
volivo@unicom.co.cu

*A los combatientes que asaltaron los cuarteles Moncada
y Carlos Manuel de Céspedes.*

En especial a los que cayeron heroicamente.

*A las cubanas y cubanos que ayer, hoy y siempre
honran con su sacrificio y abnegación
el prestigio de la patria.*

*Al revolucionario Agustín Díaz Cartaya
quien con su marcha patriótica del 26 de Julio, multiplicó
y multiplica los sentimientos de amor de nuestro pueblo
hacia su Revolución socialista.*



*Mis agradecimientos a Aida Galiano Santisteban,
Isora Gutiérrez Romero y María Isabel Cueto Leyva,
quienes no solo me alentaron
sino que aportaron con el esfuerzo personal
para que esta obra viera la luz.*

*Contribuyeron asimismo en mi ánimo
y motivaciones: Alejandra Fernández,
María Aurora, Migdalia, Viankita, Ariamna, Fellito,
Ray, Sarah Liz, Salet, Víctor, Julio y Mauro.*

*Ellos también son cómplices de que
este legado histórico quede escrito para que sea conocido
por las generaciones que vienen.*

Gracias a todos.



Al lector

Sentimientos patrióticos vibraban en cada uno de los hombres y mujeres que se alistaban para una acción armada contra el tirano. Corría entonces el año de 1953. Pero en una hazaña como la que se preparaba era imprescindible la emoción, ánimos exaltados. El líder lo sabía bien; piensa en el valor movilizador de una marcha y de un manifiesto.

¿El azar? ¡quizá! hizo que Fidel confiara en un improvisado compositor para que escribiera unos versos con el propósito de que fueran cantados y que llevarían en sus corazones aquel 26 de julio.

Agustín Díaz Cartaya cumplió con tan alto estímulo. Hoy transcurridos más de sesenta años y con su longevidad tal vez haciendo un poquito de las suyas, en un esfuerzo de memoria entrega los recuerdos de su vida, para que el autor hilvane una biografía con rasgos de ficción o novela. Eso es *Vivencias de un creador*. Todo lo que se cuenta es real solo que, principalmente los diálogos, son reproducidos y enriquecidos por la evocación del protagonista y la habilidad del escritor.

Con esta obra el lector entrará en la Casa de Beneficencia de La Habana, en el Asilo Masónico Llansó, viajará al pueblito de Ranchuelo, deambulará por las calles de Marianao empujando una carretilla y se sorprenderá acostado sobre cartones en un lugar abandonado, bien apartado de la vista de transeúntes y curiosos... En fin, conocerá cómo el niño y el adolescente Cartaya logró

~~~~~  
sobrevivir a una existencia de penurias marcada por la pobreza, la soledad, la discriminación... Y cómo, ya joven, se desprendió de un ambiente malsano, y en sus relaciones con gente buena se incorporó a la generación del centenario del Apóstol.

Junto a ella participó en una gesta gloriosa y compuso una obra musical que millones de cubanos cantamos con gozo, convencidos de que el ideal hacia el que marchamos es el más justo: el socialismo. Convencidos también de que triunfaremos. Y que el heroísmo de ayer y de hoy serán premiados con una patria mejor.

LA EDITORA

## *Presentación*

*Vivencias de un creador* es la vida de un hombre en un largo peregrinar, donde la voluntad se impone ante las dificultades y este reta la furia del mar sin dejarse vencer; desde pequeño hasta muy mayor.

Es el testimonio contado después de muchos años; en él están presentes las trazas devastadoras de la miseria social, las causas y sus consecuencias. También, la voluntad de alguien que supo combatir con grandeza los flagelos sociales que humillan la vergüenza humana.

Descubre un personaje a quien la vida, muy temprano, dotara de suficiente firmeza para tratar de cambiar por alegría la tristeza, por ilusión el pesimismo, por luz la oscuridad. A pasos sorprende cómo la sabiduría del instinto sirve de faro frente a cada espinoso proceder. Así lo refiere el protagonista: “Solo yo, y nadie más, sabe cuán espantoso es escalar a brazos descubiertos el árbol del corajo y de la ayua”.

Pudiera parecer una quimera exagerada tanta angustia, sin embargo esa miseria extrema subsiste en muchas regiones del planeta. Y como aún no son pocos los indiferentes a ella, sigue siendo un látigo que exige de los altruistas el remedio.

El niño llegó a grande y cumplió muchos años. Y a pesar de todos los pesares, en su madurez vino el premio al sacrificio y a la tenacidad. Tuvo la dicha de abrazar las estrellas con sus remos y con su afán, regalar una marcha gloriosa.



## *Llegada a la vida*

El año 1929 pintó con falsos colores el archipiélago cubano. Gobernaba entonces Gerardo Machado, quien mantenía una actitud entreguista al vecino del norte, los Estados Unidos, la Isla era dominada económicamente por los monopolios yanquis; los centrales azucareros con su producción no les pertenecían al pueblo. El mundo fue sacudido con estrépito por una crisis económica. Hasta Cuba llegaron sus efectos.

Se desarrollaba la principal fuente de sustento: la industria azucarera. La situación se tornó crítica, las necesidades aumentaron con rapidez. La miseria se ensañó en las familias de menos recursos. Muchas se vieron obligadas apelar a cualquier medio, incluso el robo, para darles de comer a su prole, por lo regular numerosa, o para curarles alguna dolencia leve, porque la mayoría de los enfermos no podía acudir a un hospital y moría sin derecho a un entierro digno.

Tal era el panorama aquel 25 de septiembre de ese mismo año cuando, en una casita muy humilde del poblado de Ranchuelo, de la entonces provincia de Las Villas, el grito de un bebito que llegaba al mundo marcado por la pobreza y los prejuicios raciales y morales, llenó de pesar a la madre quien, muy joven, dieciséis años, y soltera enfrentaba el alumbramiento sin canastilla, sin cuna, y más que todo, sin un padre que encarara lo por venir.

Petrona Cartaya Abreu, la mamá, vilipendiada por el entorno prejuicioso, característico de la sociedad de la época, sin más familia que su hijo y una tía, Juana, radicada en La Habana, no encontraba salida para su desesperada existencia. Su parienta, quien siempre se ocupó de su sobrina, al no vislumbrar otra salida, acuerda con ella ingresar al pequeñín en una casa de beneficencia. Estas eran instituciones de caridad y socorro para infantes desprotegidos.

Se mantenían, en esencia, por actos filantrópicos y por cuestaciones públicas. La Iglesia Católica era una contribuyente permanente. Lo hacía con recursos económicos y con personas, monjitas en su mayoría, quienes cuidaban de la educación y el bienestar de los internos. También los gobiernos de turno y algunas gestiones de la propia entidad les servían de sustento. Abril era el mes de la beneficencia, cada año un comité de muchachas salía a las calles con alcancías para recoger lo que se conocía como Contribución ciudadana; esta embajada tenía un lema: “Con lo que a usted le sobra, puede hacer feliz a un niño”.

En la capital del país radicaba la Casa de Beneficencia y Maternidad de La Habana, en la calle San Lázaro entre Belascoaín y Lucena. Durante mucho tiempo fue administrada por la Sociedad Económica de Amigos del País y una junta de patronos. Estas entidades benefactoras han existido y existen en todo el mundo. En Cuba tienen una larga historia, se habla de ellas desde los primeros años del siglo XVIII. El obispo don Gerónimo Valdés y Sierra creó la de La Habana y es reconocido como su fundador; práctica que se extendió por todo el país. Otro obispo, don Diego Evelino Compostela, en 1868, abrió el primer colegio para niñas en La Habana Vieja: San Francisco de Sales.

Para el ingreso a estos establecimientos existían reglas claras: los pequeños quedarían en condición de expósitos o sea, serían criados como niños sin amparo filial. Como generalidad los unía un origen pobre, descendientes de matrimonios o madres solas sin recursos para mantenerlos. También, criaturas no deseadas o de mujeres solteras necesitadas de cubrir su honor después de un desliz amoroso, dadas las convenciones de la época.

En la mayoría de los casos los niños eran dejados en las puertas de estos recintos, mientras los menos, obtenían el beneficio mediante algún artificio, lo cual no era común y se reservaba casi exclusivamente para descendientes de personalidades del país.

La casa de La Habana tenía una particularidad, el torno; un mecanismo adosado a una pared exterior, formado por una especie de bandeja donde se colocaba al abandonado, se hacía girar hacia adentro, lo cual provocaba el toque de una campanilla; de inmediato lo recogía una persona encargada, por lo regular una monjita. El lugar donde estaba ubicado ese artefacto permitía el anonimato de quien hacía el depósito, por tanto, la identidad del infante no se conocía. El misterio duraba para toda la vida; algunos, ya adultos, lograron restablecer relaciones con familiares.

Para los efectos correspondientes a cada niño varón se le daba un nombre y un único apellido, Valdes, así con s, pero sin tilde, en honor al fundador. Mientras que para las niñas se utilizaba el Rodríguez. Costumbre que fue declinando. Para el año de 1950 se escogían al azar, quizá porque el Valdés y el Rodríguez se convertían en un estigma para quienes los llevaran.

Los infantes en estas casas encontraban refugio seguro, tenían techo, alimentación, ropa..., educación e instrucción, aprendían un oficio; en algunos casos, los

más capaces, recibían ayuda para realizar estudios superiores hasta graduarse. Sobre ellos no caía maltrato alguno. De cierta forma eran queridos, pero a esas tiernas edades resulta imprescindible el amor filial para el buen desarrollo síquico. Ellos crecían marcados por el abandono de sus progenitores, y conscientes o no esto les afectaba el espíritu.

La tía Juana llevaba muchos años como doméstica en la residencia del doctor Julio César Portela, director de la Casa de Beneficencia de La Habana. La esposa de este, la señora Jacinta, quien le tenía mucha estima a su criada, intercedió para que el pequeño hijo de la sobrina de esta ingresara en el hospicio. No fue fácil. Petrona emigra para la capital y se instala en el diminuto cuarto de su tía. Situaciones burocráticas del centro alargaron los trámites por algo más de dos meses.

Cuando la madre dejó su retoño de dos años en aquella institución, en calidad de expósito que implicaba el compromiso de verlo solo una vez al año y de tratar de que se olvidara de su origen al no hablarle de sus progenitores, aunque el niño la conocía bien, el corazón se le oprimió. La renuncia a la ternura y amor que anidaban en su ser le hizo mucho daño.

Contradictoriamente pensaba que había decidido lo mejor para el crío, tendría lo que ella no podía ofrecerle por mucho que lo intentara: estudios y seguridad material para abrirse camino en la vida. Hoy estas realidades pudieran parecer ficción, pero ocurría así en Cuba antes de enero de 1959; así eran y siguen siendo en muchas partes del mundo.

En esa etapa los niños pobres no podían estudiar, la mayoría padecía numerosas enfermedades y los que sobrevivían quedaban lastrados por el raquitismo y la poliomielitis, entre otros males. Cuando se daba la

oportunidad, los padres adoptaban actitudes similares a la de Petrona.

Gracias a la bondad de la señora Jacinta la atribulada mamá consiguió empleo como doméstica en la vivienda de Portela, lo cual le permitía mantenerse, desde la distancia, al tanto de su hijo, pues la dueña se interesaba por la adaptación y desarrollo de este.

Inició para el pequeñín una nueva vida, muy difícil y triste, sobre todo durante los primeros días. Aquella figurita empezó a formar parte del conglomerado de niños, desde bebitos hasta algunos jóvenes. Nadie sabía de dónde había venido Agustincito, diminutivo por el que se conoció allí, mientras en su expediente rezaba: Agustín Noriega Cartaya, esa era su matrícula de interno. El primer apellido lo tomó de su padre biológico, aunque no había sido inscripto con ese ni con ningún otro.

La aparición del niño no despertó curiosidad, era común, pues la inmensa mayoría tenía un pasado desconocido. Por tanto se insertó como uno más. La adaptación fue lenta, no obstante avanzaba. El roce con los demás a través del juego y la vida en común; la alimentación regular y a su hora: desayuno, almuerzo y comida, la calidad y su sabor, ostensiblemente mejores; la ropa y zapatos...; cada aspecto hizo su parte. Mas extrañaba a su madre, quería estar a su lado. ¡Nada más lógico!

Con el tiempo fue acostumbrándose a ver a su mamá muy esporádicamente y por breve lapso, separados por una verja. Los encuentros se consumían en la exigencia del niño para irse con ella y en la negativa de esta:

—No puede ser Agustincito, este es el lugar mejor pata ti. Y recuerda, nunca hables de cómo llegaste hasta aquí ni me menciones, por el bien de los dos.

Petrona sufría, esa criatura era lo único y más querido que tenía. El niño no podía comprender esa actitud, a esas edades no hay mayor riqueza que el calor y protección de sus progenitores. Aquellas rejas establecieron en el subconsciente del pequeño, una distancia afectiva con su madre. Fue creciendo con una imagen no bonita de ella; cuando la traía a su mente aparecía indefectiblemente la red de metal.

La personalidad de Agustincito se fue forjando. Quizá la separación de su ser más querido, sus ansias por estar a su lado..., le conformaron el interés por destacarse y obtener buenos resultados. Cuanto hacía estaba marcado por la necesidad de quedar bien para ser querido por quienes le rodeaban. Desde muy pequeñito se apreciaba esa inclinación.

Incorporó ciertos hábitos positivos: vestir con corrección, mostrar buena higiene, caminar con elegancia... Algunos copiados de otras personas; es el caso de los alumnos del Colegio Cívico Militar que interactuaban con los internos de la casa de beneficencia en los actos cívicos organizados en la ciudad. En estos los cadetes escenificaban marchas y contramarchas muy vistosas. De ahí puede ser su manera de caminar: erguido, el pecho hacia delante; diríase que un porte marcial. A lo cual contribuía su alta estatura y fortaleza física. Cuando pequeñito hasta daba gracia su andar tan altivo.

Transcurrió el tiempo, arribó a la edad escolar. Muy pronto aprendió a leer y escribir. Se mantenía muy atento a cuanto le enseñaban. Los maestros le tomaron cariño, porque además de inteligente, se esforzaba por ser un alumno destacado y sacar buenas notas. Es casi seguro que él mismo no se diera cuenta de su atinada conducta en fecha tan prematura.

La institución estimulaba el amor a la patria, la disciplina, el rendimiento académico, la vocación cultural, la práctica de deportes... Los resultados se recogían en el expediente individual del alumno, y el deporte tenía mucho peso en las valoraciones. Cada viernes lo dedicaban a actividades cívico-culturales y deportivas. Este día de la semana se convertía en algo especial, todo se preparaba con esmero y resultaba una gran fiesta. En los actos cívicos se decían discursos, escenificaban obras de teatro, no faltaba la poesía, la música y otras iniciativas.

Agustincito siempre recitaba y cantaba, sus maestras de música y de español lo encaminaban en esa dirección, porque apreciaban en él potencialidades. “Tienes una voz dulce y sonora” le decían, y así lo estimulaban a esforzarse más. Le gustaba hacerlo porque lo aplaudían y felicitaban, era una forma de recibir cariño. Ya más grandecito las educadoras lo motivaban con la expresión: “Eres un artista en potencia” y él se lo creía.

En el deporte se practicaban varias disciplinas, había equipos y atletas individuales. Se organizaban competencias en el centro y se participaba en otras fuera de este. El béisbol no faltaba, al maestro Carlos le fascinaba, ese era su asunto de conversación preferido, conocía a los mejores peloteros del patio y de las Grandes Ligas de los Estados Unidos. El niño se familiarizó con aquellas pláticas y empezó a gustarle. En poco tiempo sabía los nombres de los principales jugadores de los equipos de entonces: Almendares, Marianao, Habana y Cienfuegos; de ellos, cuál estaba en primer lugar y cuál en el sótano.

Había muy buenos corredores, incluso competían con otras instituciones y los resultados eran destacados. Por esa razón el atletismo gozaba de gran expectación;

tanto alumnos como maestros estaban al tanto de lo que acontecía en esta disciplina. En medio de esa fiebre, Agustincito empieza a correr y enseguida dio muestras de excelentes condiciones.

Una tarde ocurrió un incidente que devino una actitud no común en un niño de tan poca edad. Ernesto, uno de sus compañeritos de aula se destacaba por ser quien más corría en su compañía, también ganaba competencias con alumnos de otros centros. De modo que era popular dentro y fuera del internado. En la tercera clase de Educación Física que asiste Agustincito, los pusieron a correr juntos y este llegó primero a la meta. Inmediatamente pasó a ser el más veloz.

Transcurrido unos días le pidió al maestro de la disciplina que en ningún otro momento lo obligara a correr en pareja con Ernesto porque como le había quitado el primer lugar, este no le hablaba y él quería ser su amiguito. El educador le explicó que las competencias son así, que él no tenía la culpa. Entonces le dijo en tono de súplica:

—Yo quiero ser amiguito de Ernesto y él no me ha querido hablar más. Yo quiero que todos los niños de aquí me hablen y me quieran.

Por supuesto que aquella actitud de poner las buenas relaciones entre compañeros por encima de la fama de ser el mejor, le ganó el aplauso y la admiración de todos. Ahora no solo era el líder en velocidad de su año, también disfrutaba del respeto y la consideración de maestros y condiscípulos.

La necesidad de afecto y cariño era una constante en la vida de Agustincito, deseaba formar parte de una familia. Sabía de personas que frecuentaban aquel lugar con el propósito de la adopción. Pero el proceder era triste y podía frustrar la existencia de los pequeños: en

un salón reunían un grupo de muchachos, los visitantes interesados los miraban, los revisaban y si se decidían por alguno tramitaban la solicitud oficial, ese acontecimiento parecía una feria, como si exhibieran un objeto en venta. A pesar de todo eso, para el pequeño era la oportunidad que esperaba, por eso cuando asistía, lo hacía gustoso y trataba de componerse con esmero para agradar.

Una vez le fue anunciada su participación en dicho evento. El maestro Carlos, quien mostraba cariño por Agustín, sería el representante de ese día. Para la ocasión le trajo un pulóver muy bonito y el niño, quien le profesaba una gran admiración a ese educador, se lo agradeció con mucha alegría.

La ansiedad lo devoraba, al punto que la noche anterior al suceso soñó cosas maravillosas. Tan nítidas resultaron las imágenes que al despertar le parecían verdaderas. Muchas veces en su niñez le ocurrió lo mismo y se resistía abrir los ojos, pero esas vivencias le alimentaban el espíritu. Las fantasías en esas edades son muy fuertes y casi siempre marcan para toda la vida.

Resulta que esta vez, un matrimonio rico, o sea, con buenos recursos económicos, lo adoptó. Se sentía el niño más feliz de la tierra. ¡Se había cumplido su mayor anhelo! Con la euforia del sueño se acicaló: el pulóver lo combinó con un short, los zapatos lustrados, y su cabellera bien pelada la peinó con esmero. Sus dientes, uñas y orejas relucían. Llegado el momento el responsable contó veinticinco alumnos casi todos de la misma edad, Agustín fue el último en la fila dada su talla.

Avanzó hacia el salón muy erguido; tenía la certeza de que ese día se cumpliría su aspiración. Al entrar se sentó, pero la impaciencia era tanta que caminaba de un lado a otro del local como si se moviera en una pasarela de

modas. El maestro, quizá porque lo comprendía, por cariño o por lástima, no le llamó la atención para que permaneciera en su asiento.

Pasado un tiempo hizo su entrada un matrimonio de mulatos bien ataviados, de modales exquisitos; el entorno se contagió con su perfume, el cual se mantendría por siempre en la memoria olfativa del infante, quien sintió un sobresalto; reconoció en ellos los personajes de su ensoñación. Pero estos no parecían fijarse en ninguno de los presentes, daban la impresión de que el azar los había llevado hasta allí.

La angustia cedió cuando estos lo llamaron, se mostró nervioso. Como era costumbre lo revisaron de pies a cabeza. El pequeñín controló su emoción, pues consideró que todo estaba a su favor, ¿no podían darse tantas coincidencias!

La mente de este fantaseó de lo lindo: se veía mimado y querido por un papá y una mamá, como era su apremiante deseo. Cuando lo revisaban no se sintió humillado como en otras ocasiones. ¡Estaba feliz! Quería que el tiempo se detuviera, ¿por la proximidad del triunfo?, ¿por el temor a no ser seleccionado?... Siguió un interrogatorio:

—¿Sabes dónde naciste?, ¿conoces a tus padres?, ¿tienes alguna enfermedad?, ¿te orinas en la cama?...

Tenía bien presente la insistencia de su madre, no podía revelar datos de su origen. A cada pregunta respondía que no. ¡Era el hijo ideal para una familia! Tanto era su entusiasmo que les dijo más:

—Sé leer y escribir muy bien; recito y canto como los artistas, con una voz dulce y sonora —repetía las frases de sus maestras.

Entonces la mujer preguntó:

—Qué te gustaría estudiar.

—Música y cosas de artistas.

Las risas se escucharon en todo el salón. Después se apartaron del pequeño, quien pensó intercambiarían acerca de algo de su conducta que no les había agrada-  
do. Por eso se les acercó:

—El sábado en la madrugada los vi. Ustedes son los mejores padres del mundo.

No entendieron una palabra. En su esfuerzo por cautivarlos, el niño les contó con detalles el sueño, y exageraba las cualidades de cada uno en sus roles de tutores. Aquellas personas no sabían qué decir, visiblemente emocionadas le daban las gracias. El pequeño recobró su esperanza, mas no conocía de circunstancias. En ese instante otro matrimonio llegó hasta ellos con un pequeño rubio, de ojos azules, muy bonito.

—¡Miren que niño más precioso, llévenselo, llévenselo...! Nos lo íbamos a llevar, pero ya no.

Aquella indefensa personita fue la elegida. Tal vez este hecho sea el origen de un criterio que lo acompañó por muchos años: “Algunos negros también son racistas”. Con estos sinsabores se fue templando el carácter de Agustín, quien no se amilanaba. Se daba ánimo: “En mí se fijaron, es algo más que nada, pues a muchos otros nadie los miró. Será otro día, porque estuve cerca”.

De esa forma la ilusión se mantenía viva y se esforzaba para presentarse en mejores condiciones en cada nueva ocasión. A la edad de siete u ocho años no es posible conocer o analizar problemas complejos, tanto sociales como económicos, que influyen en el comportamiento de las personas.

En las décadas de los treinta y cuarentas del siglo XX algunas instituciones como ministerios, partidos políticos, autoridades provinciales y municipales..., acostumbraban realizar ceremonias públicas en recordación

de efemérides de la historia patria: 28 de enero, 19 de mayo, 7 de diciembre, 24 de febrero y otras. Unos lo hacían por puro sentimiento nacionalista y patriótico y otros por politiquería barata o intereses personales.

Un ejemplo fehaciente lo daba Batista cada 4 de septiembre, fecha en que le exigió a Ramón Grau San Martín la renuncia a la presidencia mediante un cuartelazo. Con frecuencia solicitaban la presencia de alumnos de la beneficencia en los actos públicos de la ciudad de La Habana, pues habían ganado prestigio por su disciplina y calidad de su banda de música, coros, declamadores...

El director de esa institución estaba al tanto de cuanto acontecía en ella. Conocía de los progresos de Agustincito en la declamación, quien transitaba el sexto grado y tendría once años más o menos, entonces le pidió que se aprendiera una poesía simbólica, expresiva y que fuera de José Martí. Intrigado, el pequeño le preguntó para qué.

—El Ministerio de Educación prepara un acto cívico para homenajear al Apóstol en el aniversario de su natalicio, el 28 de enero, ante su monumento en el parque Central y me comprometí con presentar un declamador.

A la mañana siguiente el niño corrió hasta su maestro Carlos y le contó de la encomienda. Este, al verlo tan entusiasmado, decidió ayudarlo. Sumó a María, la maestra que también quería mucho al muchacho. Fue precisamente ella la que le propuso la poesía *Los zapaticos de rosa*, y él estuvo conforme porque le gustaba y desde antes tenía intención de aprenderla. Sin abandonar sus obligaciones, transcurridos cinco días ya dominaba los versos. Para practicarlos los dos educadores le sirvieron de público y él los repitió una y otra vez

hasta casi la perfección. Entonces les pidió recitarlos en el acto cívico del internado.

Coincidió ese viernes con el cierre del mes lo cual le daba más relieve a la ceremonia. La instalación recibió pintura, se colocaron adornos y hubo extremo en la limpieza. El colorido contagiaba alegría. La actividad estaba prevista para las cuatro de la tarde con duración de hora y media. El director no faltaba a estas ceremonias, y en esta ocasión mostró mayor interés. Trajo invitados y a su esposa acompañada de Petrona quien fue ubicada en una posición que le permitía ver perfectamente a su hijo, pero fuera de la vista de este.

Como de costumbre, en el patio se reunieron alumnos, maestros y trabajadores de las distintas áreas. Sonaron los tambores y los redoblantes, el eco sordo y agudo rebotó en los muros del fondo. Al otro lado, por San Lázaro, y a nivel de las flores del gran jardín, aparecieron muchas cabecitas detrás de las verjas. Eran las mismas personas que desde allí disfrutaban del espectáculo cada semana. El programa se desarrollaba sin alteración alguna, cuando le llegó el turno al declamador el maestro de ceremonia con marcada entonación anunció:

—Y ahora, el alumno de sexto grado Agustín Noriega Cartaya, de la primera compañía, nos deleitará con la poesía de José Martí, *Los zapatos de rosa*.

Aquella forma utilizada por el locutor le pareció grandiosa y la relacionó con el empeño de sus maestros para que asistiera con sus mejores galas. Entonces, con pasos resueltos y porte marcial se encaminó hacia el podio donde resplandecían una bandera cubana y un gallardete identificativo de la beneficencia. Al llegar miró a los lados y en profundidad, parecía que tanteaba el ambiente en el público. El silencio reinante

lo interpretó como expectación dada su ya reconocida fama de buen declamador.

Comenzó, su voz era firme, timbrada y expresiva, adornaba cada palabra, cada frase la engalanaba con los mejores colores del decir. Los gestos y el énfasis hacían el cómputo necesario para darle más brillo a la actuación. Daba la impresión de estar familiarizado con los sentimientos del autor cuando escribió tan bella poesía. Dijo las treinta y seis estrofas con igual emoción, sin equivocación alguna. En tres ocasiones hubo aplausos y al final, cuando vibraron los versos: “Y dice una mariposa / Que vio desde su rosal / Guardados en un cristal / Los zapaticos de rosa”, la ovación fue prolongada.

A pesar de la exaltación no se turbó. Recibió abrazos, felicitaciones, palabras de reconocimiento... Avanzó hacia el director quien lo congratuló:

—Agustincito, dibujaste esa poesía. ¡Esa es la del 28!!

El niño pensó que había sorprendido al doctor, pero este conocía hasta los detalles. Cuando Carlos se lo comunicó, decidieron mantenerlo en silencio; el infante merecía aquella satisfacción.

Los invitados también lo elogiaron. La esposa del doctor Portela, autora de la presencia de Petrona allí, logró que un rato después se encontrara con su hijo en la oficina del director. La alegría fue inmensa. Lo abrazó, lo besó y cuando intentaba decirle algo no le salieron las palabras. Jacinta tuvo que intervenir para sacarla de la conmoción.

Al día siguiente aún recibía halagos. Este fue un momento grande e inolvidable para él. Era tanto el interés del niño en lograr sus objetivos en la vida, que aprovechaba cada situación para enriquecer el espíritu; aprendía de sus maestros, de los condiscípulos, de todos. Cada

pequeño éxito le daba alegría, satisfacción. A pesar de las condiciones de su existencia, era noble, nunca manifestó egoísmo.

Lo sucedido aquella tarde lo consideró una muestra de cuanto podría acaecer tres días después. A pesar de eso no se envaneció, insistió en su preparación. Se hizo el compromiso de convertir ese vigésimo octavo día del primer mes del año que iniciaba la década de los cuarentas, en un momento trascendental. ¡No lo dudaba! Destacaban así virtudes en formación: seguridad y optimismo.

Tenía una idea bastante precisa del significado de la poesía escogida, no obstante quería puntualizar. Acudió a la maestra de música quien le había enseñado los rudimentos de la declamación. Entusiasmada, ella le explicó la esencia:

—Pilar es la figura principal, la protagonista. Martí denuncia cuán limitada y en ocasiones triste, es la vida de las personas pobres. Que los ricos no se juntan con los pobres, y que disfrutan de todo lo mejor, lo cual no quiere decir que todos los ricos sean malos.

Después interpretó estrofa por estrofa. Cuando llegó a la dieciocho el alumno se percató de que la voz de su mentora era más engolada, por tanto prestó más atención:

—¡Se va allá, donde ¡muy lejos! / Las aguas son más salobres, / Donde se sientan los pobres, / Donde se sientan los viejos!

—¿Salobres? —preguntó el alumno.

—Se dice de las aguas que tienen cierta salinidad, generalmente menor que la del mar.

María observó incompreensión en el rostro de su interlocutor. Trató de aclararle:

—El agua de mar es igual de salada en todas partes, pero el autor utiliza esa metáfora para demostrar que

los pobres no tienen acceso a lo mejor, en este caso deben conformarse con un espacio menos limpio, con impurezas.

—Metáfora —repitió Agustincito.

—Sí. Es usar una palabra con el significado de otra con toda intención; ejemplo: “las perlas de tu boca” es una metáfora, al compararse con los dientes por su blancura. ¿Entiendes?

Y la interpretación de la obra culminó con un resumen:

—La actitud de Pilar de ayudar a la pequeña pobre, es un pasaje dramático, usado para hacer más conmovedora esa distancia entre pobres y ricos malos.

El niño se mostró complacido.

—Gracias. Yo quiero recitar esa poesía como lo hace el mejor declamador profesional. Ahora la conozco mucho mejor.

El alba trajo el día esperado. Durante su preparación conoció que en el sitio donde se realizaría el acto estaba ubicado el primer monumento erigido en Cuba al organizador de la guerra necesaria iniciada en 1895. Se consideraba uno de los principales lugares patrióticos del país dedicados al Apóstol. Y que el bronce utilizado se obtuvo por colecta pública. De clases recordó más detalles interesantes. Por todo ello sentía gran emoción, aunque incomparable con lo experimentado al llegar al lugar.

Centenares de personas colmaban el parque, entre ellas importantes figuras del Gobierno, la política, los cuerpos armados, la burguesía, el comercio, la cultura... Unos, para recordar sinceramente al Apóstol y otros, para reforzar la imagen pública que ostentaban, cosa esta que el niño, por lógica, no podía entender. Por consiguiente le pareció grandioso.

Allí latía el corazón de la capital cubana. Muy cerca, por una esquina, lucían sus lujosas portadas los

hoteles Inglaterra, Telégrafo, el teatro Payret y otras importantes edificaciones como el simbólico Centro Gallego. Las veintiocho palmas reales sembradas alrededor del monumento flameaban sus pencas como penachos rizados para patentizar aún más la cubanía. Al pie de la estatua reposaban preciosas ofrendas florales. La solemnidad obligaba a sentir un mayor respeto por aquel sitio.

Mientras le llegaba el turno para decir su poesía, recordó al maestro Carlos cuando explicaba en clases que en este mismo espacio donde se erigió, el 24 de febrero de 1905, la estatua de Martí, con anterioridad reposaba la imagen de la reina Isabel II, que fuera retirada el 12 de marzo de 1899. Hecho muy justo porque esa gobernadora no era un símbolo agradable de la historia patria, más bien antipático por lo represivos y explotadores que fueron los españoles en Cuba. Así había sintetizado en su mente las palabras del educador. Sus estudios posteriores se encargarían de enseñarle más acerca de este pasaje.

Después de varios discursos, marchas, representaciones..., casi al final, se anunció la actuación. Se encomendó a Dios, siempre lo hacía, en su imaginario esto le ayudaba, en ese instante lo necesitaba. Muy seguro avanzó hacia el podio, lo hizo con lentitud. Su vista la fijó en el rostro del Maestro, y en su mente las imágenes de Pilar y la niña pobre y enferma.

Antes de iniciar, para alejar el nerviosismo recorrió el auditorio con la vista. Al fin comenzó, cada verso se oía con la entonación ensayada. Hubo aplausos intermedios y eso lo emocionó tanto que sintió un nudo en la garganta, la voz se le entrecortó, solo por un instante porque se impuso y esto no fue apreciado por los presentes. La estrofa final colmó el ambiente. Muchos allí

lo felicitaron, conoció que algunos humedecieron sus pañuelos con lágrimas, unos más discretos que otros.

El director y los maestros Carlos y María se mostraron satisfechos, pues rebasó sus expectativas. Para el internado representó más prestigio. Se recibieron reconocimientos y se hizo constar hasta en la prensa. En este período muchas personalidades e instituciones políticas y sociales, principalmente, se esforzaban para mantener una imagen de bien público, lo cual les ayudaba en sus intereses de poder. Esa era la causa fundamental por la que se apoyaban en centros como la beneficencia para el desarrollo de sus actos.

Este hecho y su repercusión significaron mucho para el niño, se sentía eufórico, capaz, pero la edad no le permitía avizorar cuánto le aportaba para su futuro. Solo lo veía como una acción más en su lucha por sobrevivir en aquel ambiente. No podía pensar que forjaba su temperamento y carácter, los que le permitirían evadir desgracias impuestas por las circunstancias. Por instinto quizá, más que por conciencia, se esforzaba para conquistar un lugar ante la alternativa real que le había ofrecido la vida. Y así se robó el corazón de quienes le rodeaban en aquella casa bienhechora.

## *Adiós a la beneficencia*

El muchacho vivía agradecido de la institución y de las personas que allí trabajaban con entrega total. No obstante sentía necesidades y también fue víctima de malsanos intereses. Concluía el curso escolar de 1939-1940 y elegían al mejor alumno. Agustincito fue propuesto. Ocurrió que un educador del centro, Gerónimo, quien tenía un sobrino como interno, trató de beneficiarlo a pesar de no ser destacado. Se valió de un infundio; cuando se discutía el asunto, sin pudor alguno, acusó a Agustincito de ladrón:

—Miren, hace tres meses me encontré a este jovencito que salía de la despensa con una lata de leche condensada y un chorizo. Cuando le dije que lo iba a llevar a la corte disciplinaria me contestó que su mamá era amiga del director. De usted, doctor Portela.

—¿Y por qué usted no me lo dijo en ese momento, maestro Gerónimo? —incredó el director.

El aludido no tuvo respuesta ¡las mentiras tienen piernas cortas! Carlos que conocía bien a su colega, pidió la palabra:

—El castigo oportuno es el que hace efecto. Considero que si fue verdad debió haberlo llevado a la corte disciplinaria para que se hubiese castigado como era debido. Repito, si fue verdad —dijo esto último en tono burión—. Mire, señor director, el maestro Gerónimo y yo hablamos de los niños todos los días, analizamos sus

progresos, su disciplina, nos ponemos de acuerdo acerca de las clases..., y es la primera vez que le oigo hablar de este incidente. Es una sorpresa para mí. Incluso, él sabe que yo siento una gran admiración por ese niño y se lo he dicho en reiteradas ocasiones.

El director pidió que llamaran al jefe de compañía donde estaban los dos alumnos implicados. Era un muchacho de trece años, serio y responsable.

—Sí, señor director, en mi compañía se encuentran Agustíncito y Juan José, sobrino del maestro Gerónimo, quien casi todos los días me pregunta cómo se porta Agustíncito y me pide que cuando haga algo incorrecto se lo diga. No sé por qué nunca se interesa por el pariente. Eso es lo que puedo decir. Él está muy atento, pero Agustincito es el mejor de la compañía.

Durante buen tiempo debatieron con minuciosidad el asunto. También intervino el acusado. Al final se comprobó que era una calumnia del maestro Gerónimo para beneficiar al familiar. Agustincito resultó seleccionado el mejor niño del año en la enseñanza primaria a nivel de internado. Este mérito pudo haberle servido de magnífico estímulo al esforzado jovencito. Pero no fue así, porque desde el mismo instante que supo de la acusación por algo tan denigrante como el robo, sufrió uno de los dolores morales más grandes de su vida.

Su andar en esos días reflejaba la herida recibida en lo más hondo de su corazón. Parecía abatido por una cruel enfermedad. Consideró que no estaba en condiciones de soportar tamaña afrenta. Quizá si en verdad se hubiera robado esos productos le hubiese resultado más fácil enfrentar el problema. En su concepto no cabía que alguien pudiera pensar así de su persona. A pesar de sus once años el sentido de respeto por un

patrimonio como el de la beneficencia u otro cualquiera era muy grande.

Ante el ultraje que asimiló como una gran humillación, aun cuando se había demostrado que todo era falso, actuó de forma radical. Tomó una decisión arriesgada y triste: abandonar de inmediato el internado, irse para donde no supieran jamás de él. Pero ¿cuál era ese lugar? Ni siquiera reparó en eso. ¿Adónde ir? Su mamá nunca le permitió estar con ella, de modo que descartó esa variante.

Estaba determinado, no cambiaría de opinión. Calculó cómo abandonar la instalación sin despertar sospechas. Escaparse era una violación del reglamento disciplinario y quería que cuando se dieran cuenta de su ausencia ya fuera tarde. Por respeto a lo establecido hizo una carta al jefe de compañía y la dejó donde pudiera verla enseguida:

*Julio 23 de 1940*

*Jefe de compañía:*

*Decidí irme de la beneficencia por el problema que tú sabes. El maestro Gerónimo me dio la sorpresa más dolorosa que yo haya recibido en mi vida. Me alegró que se pudiera demostrar mi inocencia y la intención del maestro Gerónimo.*

*Jefe de compañía, mi tristeza y mi vergüenza son tan grandes que no me dejarían vivir tranquilo entre ustedes, siendo como fui y traté de ser siempre. Por eso es que tomé la decisión de irme.*

*Atentamente,*

*Agustín Noriega Cartaya*

*Primera compañía*

*P. D. Dalo a conocer así mismo, por favor.\**

\* Así Cartaya la reproduce en su imaginación (N. de la. E. al igual que las siguientes).

Esa misma noche se fugó porque no le resultó posible por el día. La calle Belascoaín fue testigo del paso sobre sus adoquines de un pequeñín zombi. Tras las verjas del internado había quedado su carácter alegre y juguetón. Iba cabizbajo, triste, desorientado, de su mente no se apartaba la afrenta. Solo de verlo cualquiera se daba cuenta que tenía graves problemas. Exhausto, buscó un rincón para tirarse y descansar, pero le dio por llorar, aunque luego el agotamiento lo venció.

Al amanecer continuó su peregrinar, avanzaba desorientado, hizo un esfuerzo para reflexionar y tomar un rumbo; pensó en su mamá, sabía dónde trabajaba, pero recordaba el rechazo que ella siempre manifestó de tenerlo a su abrigo y temía que no lo acogiera. Al día siguiente, la sed, el hambre y los bolsillos vacíos le obligaban a determinar qué hacer. Casi instintivamente se dirigió hacia la nueva casa donde servía de criada Petrona.

En la beneficencia, al despertar el jefe de compañía encontró la nota dejada por el fugitivo. De inmediato dio cuenta a la dirección. Sin perder tiempo se movilizaron en busca del niño. Tenían que hacerlo por tratarse de un menor bajo su abrigo, pero más por ser el muchacho a quien todos querían y admiraban. Dieron cuenta a la policía y a los bomberos.

El doctor Portela sabía que su esposa mantenía el vínculo con Petrona en el nuevo trabajo, le pidió que la llamara para conocer si el hijo estaba con ella. La madre nada sabía y la preocupación se apoderó de ella. Pasado día y medio ninguna averiguación había resultado, no existía indicio alguno para dirigir la búsqueda. La policía tampoco tenía nada en concreto.

Quando el niño se enfrentó a la madre, como esta ya conocía de la fuga, la alegría la invadió porque estaba vivo y sano. No le regañó. Él le pidió quedarse a su lado.

—Si te dejé en ese internado es porque no puedo tenerte contigo —le dijo la madre con mucho pesar.

—Pero ahora trabajas y yo soy grande.

—No puede ser, hijo mío.

—No puede ser porque no me quieres, todas las madres quieren a sus hijos, pero tú no.

Petrona, atribulada, pidió le explicara el porqué había abandonado la escuela. El niño le contó lo sucedido y al final le aseguró que no volvería para atrás ni muerto. Ella trató de persuadirlo:

—Ese es el lugar donde debes estar, ahí todos te quieren, yo lo sé y tú también lo sabes.

—Dices eso porque tú no quieres que yo esté contigo. Tú no me quieres. Cuando me ibas a ver siempre me pedías que no dijera que tú eres mi mamá.

Petra se echó a llorar, le tomó la barbilla y lo miró de frente varios segundos. Luego lo acarició con ternura y lo oprimió contra su pecho. Se percató de que el niño había crecido tanto, que tenía su misma altura, y su corpulencia parecía la de un hombre.

—Cómo vas a decir que yo no te quiero, Agustincito, lo que pasa es que vivo en un cuartico que es como si fuera una celda de presos, es muy pequeñito.

—No importa, ahí podemos vivir los dos.

La madre no supo qué decir. Guardó silencio unos minutos. Al fin se decidió:

—Los tres en todo caso porque yo...

Fue una sorpresa para Agustín, y aunque su madre no terminó la frase él la entendió perfectamente. En un tono acre respondió:

—A ese lo botas, yo soy tu hijo.

Petrona no pudo responder nada. Después de un breve silencio el muchacho con tristeza, planteó su decisión:

—Mira, yo mejor me voy a vivir para la calle. Ahora me doy cuenta que tampoco tengo mamá.

Un dolor muy agudo en el corazón sintió aquella mujer, presa de las circunstancias de la época. Las palabras del desesperado hijo la hicieron pensar en una solución que no fuera el retorno a la beneficencia. En ese momento ella trabajaba como doméstica en la residencia del doctor Enrique Ordóñez. Había pasado algunos cursos de cocina y se consideraba con mejores posibilidades en esas artes; esto le proporcionó el cambio y con él, ventajas económicas y menor distancia respecto del lugar donde vivía.

Cuando dejó la otra casa pensó que perdía la posibilidad de saber con frecuencia de su muchacho, sin embargo ahora la beneficiaba. Le prometió hablar con el patrón para que le consiguiera algo. Ella sabía que ese hombre tenía influencias, pues era una de las primeras figuras de la masonería en el país. Sería difícil, pero lo intentaría. La esposa de este la alentó y prometió apoyarla. Petra buscó la mejor oportunidad, le contó la historia del niño, y le rogó:

—Consígale algo que hacer a mi hijo. La calle está muy peligrosa y no lo puedo dejar que se pierda. Él lo puede ayudar de mensajero, en la limpieza... Está fuerte y es un muchacho respetuoso.

El primer escollo: aún era menor de edad. Ordóñez le contestó que en esos momentos se necesitaba una persona para trabajar en un asilo de ancianos que su fraternidad masónica atendía, pero no podía ser un niño. Ella le argumentó que el chiquillo era fuerte, con tamaño de adulto y muy serio. Ante la insistencia y la desesperación de aquella madre, el hombre accedió:

—Voy hablar con algunos amigos a ver si...

Algo calmada por el compromiso de su patrón al día siguiente Petrona se presentó ante el director de la casa de beneficencia, quien la había citado. Respondió al llamado porque ese hombre la había tratado muy bien y no podía ignorarlo. También porque tenía la esperanza de que ellos hicieran algo para convencerlo. Agustín la acompañó, aunque se quedó alejado de la entrada.

—Petra, supe por intermedio de Jacinta que el niño está con usted y que no tiene cómo darle protección. Tráigalo para acá ahora mismo. Él aquí se hará un hombre de bien. Ya tiene el camino trillado. Nosotros lo apreciamos mucho. ¿Por qué no me lo trajo...? ¡Aquí es donde debe estar!

—Señor Portela, eso es lo que más quiero, devolvérselo a ustedes. Él aquí iba muy bien, pero está resistido. No quiere venir para acá. Es como si fuera una vergüenza entrar de nuevo en esta instalación. Doctor, con quienes siente más pena es con usted y con el maestro Carlos, también con María, la maestra de música.

—Tráigamelo mañana. Explíqueme que yo mismo lo voy a recibir. Dígale que el maestro Gerónimo, el que levantó la calumnia contra él, fue expulsado y que todos aquí sabemos que es inocente.

La mujer no sabía qué decir, estaba apenada, podían pensar que ella era una madre desnaturalizada, que no quería a su retoño. Se decidió a expresar su sentir:

—Si no fuera por la pobreza en que se vive yo lo tendría conmigo. Él quiere estar a mi lado y pudiera parecer que yo soy la que no quiere. Eso es lo que más me duele. Les voy a decir la verdad, él está ahí afuera, no quiso entrar, le da mucha pena y me advirtió varias veces que no dijera que me acompañó.

El director se paró del asiento como si fuera un resorte. Y con triunfo en sus ojos se dirigió a la maestra María quien los acompañaba en la plática:

—¡Ah, pero está ahí en la esquina y no quiso llegar! ¡Maestra María, está a cincuenta metros de nosotros! Vamos a buscarlo y verá que se resuelve el problema; él se queda ahora mismo con nosotros. ¡Vamos! Cuando lo regresemos hay que comunicárselo a los bomberos y a la policía para que no lo sigan buscando.

Se pusieron de acuerdo para que no se diera cuenta que la mamá lo había delatado. La maestra María fue la primera que le habló, y apenas logró llevarlo hasta la puerta de entrada, allí apareció el director como si fuera un encuentro casual. Entonces le explicaron por qué debía volver, cuánto perdería y cuánto ganaría. No hubo manera de que aceptara retornar.

Portela se resistió a perder aquel alumno que prometía y podía llegar a ser un profesional además, no merecía ser un mendigo. Recordó el gesto tan humano de Agustincito cuando el incidente en la competencia de carrera, las cualidades como declamador, sus resultados docentes... Y la dignidad que siempre había demostrado; tenía madera, llegaría a ser un hombre íntegro. No era justo que se le truncara el camino. El director se empeñó aún más, buscó otros argumentos. El niño, con voz firme, le dijo:

—Perdone, señor director, a mí me da pena con usted y con la maestra María, pero no me quedaré aquí de ninguna manera, ya se lo dije a mi mamá, prefiero vivir en la calle. Le pido que no insista porque yo lo respeto, pero le voy a volver a decir que no, ¡que no me quedo! Perdóneme, perdóneme.

Portela no cedió. Cambió el tono de la conversación, le hizo algunas amenazas:

—Pues sabes una cosa, que tendré que acudir a la policía.

Ni así, aquel experimentado educador logró su propósito. El niño con tristeza, pero consciente de sus sentimientos, le expresó:

—Eso de la policía es malo, señor director. Si usted mete a la policía en esto me voy de todas maneras, y quiero tener buen recuerdo suyo. Usted es como mi papá y el de los niños que viven aquí. Todos ellos hablan bien de usted.

El doctor, a pesar de estar acostumbrado a enfrentar situaciones difíciles en esa institución, pues su extensa permanencia allí así lo había requerido, se conmovió por la valentía del muchacho. Con voz quebrada y sin achicarle el nombre porque ya era un joven, le confesó:

—Te juro Agustín, que casi me haces llorar. Es que no encuentro la forma de hacer que te quedes, de que comprendas. Te estoy pidiendo que regreses a este centro que te ha tenido por más de nueve años en su seno viéndote crecer, enseñándote.

—Mire, señor director, no busque más formas de hacer que me quede, eso es así. Perdome, perdóneme.

De inmediato, y sin mirar a los ojos del director, pues le resultaba penoso, dio media vuelta, a la vez que le exigía a Petrona:

—Vamos, mamá.

Resuelto echó andar en dirección a la calle San Lázaro. Iba triste y cabizbajo. Con disimulo sacó su pañuelo de un bolsillo del pantalón y secó las lágrimas que corrían por sus mejillas. La madre, convencida de que nada lo haría retroceder, y con la angustia reflejada en su rostro, se despidió. A los dos les agradeció todo cuanto hicieron por su hijo. Y con pasos rápidos alcanzó a su muchacho. Avanzaron uno al lado del otro sin

decir una palabra. Agustín, decidido a convertirse en un pordiosero, Petrona, organizando las palabras que le permitieran sensibilizar a su patrón para que ayudara a su hijo.

Así, el muchacho cortó el vínculo físico con aquel lugar, aunque el espiritual nunca lo podría interrumpir. Fueron inmensas las experiencias vividas. Muchas para bien, muchas también para mal. Esas, más el cariño recibido de las monjitas maestras de español y de música, del maestro Carlos, del director Portela y de todos cuantos le ayudaron y compartieron sus alegrías y tristezas, lo guardó en su corazón para siempre. Allí quedó su niñez.

Con los nervios a flor de piel, Petrona le dijo al doctor Ordóñez el discurso que preparó en camino hacia la casa, este le respondió que hizo varias gestiones, pero todas infructuosas. Ella insistió:

—Por favor, no puedo dejar al muchacho en la calle. Llévelo para el Asilo Masónico Llansó a trabajar en cualquier cosa, aunque sea por la comida. Agustincito tiene once años, pero es fuerte y responsable, puede ponerlo a prueba. Al momento de irse de la beneficencia lo acababan de seleccionar el mejor niño de la enseñanza primaria en el año.

Ante tanta súplica, el doctor decidió intentar aunque el obstáculo de la edad era suficiente para no lograr resultado alguno. Primero habló con el muchacho para saber qué argumentarle al administrador del asilo. Se pusieron de acuerdo para encontrarse la mañana siguiente a la entrada del establecimiento benéfico, sito en la hoy calle 100 y Calzada de Bejucal, kilómetro dos y medio, Arroyo Naranjo.

Esa noche el jovencito durmió en el cuartico con su madre, ubicado en calle Línea del ferrocarril y calzada

Real, La Lisa, Marianao. No preguntó por el marido de esta, no supo dónde se quedó y tampoco le preocupó. Antes de acostarse conversaron, discutieron cómo responder las posibles preguntas o planteamientos que de seguro le harían en aquel centro.

Ese encuentro íntimo entre la madre y el hijo sirvió para acercarlos un poco después de tantos años de solo verse a través de una verja y cada doce meses, como norma. Él pudo apreciar las condiciones en que vivía y sintió el cariño de ella, aunque el perdón era muy difícil, necesitaba tiempo y otras demostraciones.

Esto lo ayudó a tener conciencia de que transitaba por un momento difícil, y en parte era por su orgullo e intransigencia. Tuvo la oportunidad de retornar a la beneficencia como se lo pidió el director y no quiso. Ahora comprendía que allí lo tenía casi todo y se le quería, ¡qué más podía pedir un niño pobre como él!

Al día siguiente muy temprano los dos viajaron hasta el lugar acordado. Al pasar el arco de la cerca de entrada lo primero que vio hacia su izquierda fue un magnífico campo de pelota cerrado con muros. Después lo impresionó una gigantesca y cuidada instalación, pintada y muy limpia. Observó a la derecha los pabellones y demás construcciones. De inmediato se percató de que el asilo no era un coto cerrado y de ser aceptado podría hasta vivir allí. Entusiasmado se dijo: “Tendré suerte de que me acepten”.

Después de rebasar la marquesina, doblaron a la derecha y llegaron al primer módulo de la edificación. Allí se encontraron con una puerta de dos hojas, muy alta, de madera preciosa barnizada. Estaba entreabierta, desde el interior una voz los invitó a pasar. Se impresionaron con la belleza del salón de reuniones, exquisitos cuadros con imágenes pintadas de patriotas y

masones ilustres, entre los que destacaban: Carlos Manuel de Céspedes, José Martí, Antonio Maceo, Francisco Vicente Aguilera... colgaban en las paredes. Solo después de contemplar aquella galería, repararon en el doctor Ordóñez y el administrador del centro quienes, sentados a la izquierda del estrado, los esperaban.

Los recién llegados ofrecieron disculpas por su distracción y brindaron un saludo respetuoso. Ordóñez los invitó acercarse, tomar asientos y presentó al administrador Arturo. La solemnidad del lugar más el nerviosismo provocaron que Petrona comenzara hablar sin esperar que los entrevistadores hicieran una introducción.

—Señores, aquí les traigo un nuevo empleado. Viene de lo más contento. Hablamos muchísimo del asunto y el lugar le resultó acogedor. Pueden someterlo a prueba y ya verán que no les fallará.

Era de suponer que entre los hombres había un acuerdo de cómo guiar la conversación; Arturo se limitó a preguntar la edad y el grado escolar del solicitante, Agustín le respondió muy conciso: once años y sexto grado. En lo adelante fue Ordóñez quien condujo el diálogo:

—Este señor es el administrador y de antemano nos pusimos de acuerdo. Seguramente tu mamá te ha explicado algo de esta prueba que haremos contigo. Es un trabajo de hombre y de responsabilidad. Hay que atender a esos ancianos que ves pasar y que la mayoría tiene serios problemas de salud. Hay que limpiar y hacer de todo. ¡Ah!, y no pueden existir quejas ni disgustos —hizo una pausa y observó el rostro del aludido—. No sé, me parece que al joven no le interesa este tipo de trabajo.

—Señor Ordóñez, señor Arturo, sí me interesa, yo lo que necesito es que ustedes me pongan a prueba ya

y verán que no tendrán quejas —aseguró el muchacho con voz aguda y firme.

—Pues no hay nada más que hablar —dijo Arturo— yo me encargo de explicarle su contenido de trabajo, cómo hacerlo y todo lo demás.

Petrona se mostró aturdida, agradeció las atenciones recibidas y la decisión de aceptar al hijo. Prometió que este no les fallaría. De inmediato pidió permiso para retirarse porque la señora Justina, su patrona, la esperaba allí, pero no sabía el lugar exacto, y ya era tarde. Se despidió del muchacho con un beso.

El administrador se encargó de instruir al nuevo empleado respecto de sus responsabilidades, condiciones de trabajo... Le dijo que siempre le llamaría Agustín y todos en el asilo debían hacerlo igual, que no permitiera el diminutivo; quizá fuera la forma que encontró para atenuar el problema de la edad. Para el muchacho no resultó inconveniente alguno, pues en la beneficencia había quedado el niño que fue.

Comenzaron un recorrido por todas las dependencias. Arturo lo fue presentando a las personas con quienes tendría relaciones de trabajo. Durante el trayecto le precisó que la prueba duraría un mes y a partir de entonces se decidiría si seguía o no, porque en realidad allí lo que necesitaban era un individuo que les resolviera el problema, pues incluso se hacía una guardia para proteger toda el área de la instalación y a él no lo podían excluir de esa responsabilidad, por eso buscaban un adulto con determinadas cualidades.

En el pabellón que atendería directamente le mostró a los ancianos y detalló en qué consistía su trabajo: cuidar a determinados viejitos incapacitados, bañarlos, sacarlos al sol, velarles el sueño en caso de que enfermaran... Además, si la encargada de la limpieza faltaba

por algún motivo, debía asumir esas funciones. Por último llegaron ante una puerta, parecía que protegía un pequeño local, sin abrirla, el administrador le entregó una llave.

—Esa es la habitación del que atiende el pabellón. Puedes dormir ahí todos los días y salir cuando estés libre. Ahora descansa, es sábado y el lunes por la mañana comienzas. ¡Ah!, se me olvidaba, acordamos pagarte diez pesos al mes aunque debo precisar —esta última aclaración la dio ya de retirada.

Para Agustín muchas cosas quedaron sin respuesta, pero no quiso agobiar al representante del asilo con más preguntas de las que había formulado. Para empezar todo le pareció bien, se sentía satisfecho. Sin otro pensamiento abrió la puerta, se encontró con un cuarto pequeño de cuatro por cuatro metros; el mobiliario: cama, escaparate, mesita de noche y mesa de trabajo, encima de esta una jarra con agua y un vaso.

Después de cerrar la puerta, se tiró bocarriba en la cama, apoyada la cabeza en las palmas de las manos entrelazadas sobre la almohada. Por la ventana con reja y tela metálica entraba buen fresco y la pintura verde de las paredes con techo blanco, le dieron muy buena impresión. Aunque estaba cansado, sus ojos abiertos contemplaban la marquesina. Sin proponérselo vinieron a su mente las últimas personas con quienes se relacionó en la beneficencia, el doctor Portela y la maestra María, y todo cuanto hicieron para que se quedara allí. Por supuesto también pensó en su mamá.

Esto lo sumió en una meditación acerca de su existencia: “No podré estudiar más, seré como un obrero con nivel escolar bajo. ¿Qué pasará con mi vocación artística y deportiva? No volverán los aplausos y las felicitaciones por mis canciones y poesías en los actos cívicos.

¿Qué será de aquel hombre de oficio que se formaría allí, como me aseguraban en tono paternal el director y el maestro Carlos?”

Cómo es posible pensar que una criatura de tan corta edad fuera capaz de un análisis de conciencia tan profundo y se preocupara por forjarse un futuro promisorio; la respuesta pudiera estar relacionada con los accidentes de la vida y también con la inteligencia del sujeto.

Se percató de que su vida había dado un vuelco total, el futuro era incierto. No logró estar al lado de su madre. Quedó enclaustrado bajo un orden férreo, aunque no le preocupaba mucho porque era disciplinado y estaba acostumbrado. Pensó: “No veo que este cambio me ayude, será difícil lograr que me quieran. Tendré que esperar”. El sueño lo venció.



## *Un niño con responsabilidad de adulto*

El doctor Enrique Ordóñez quien se ocupó de buscar referencias del chiquillo antes de hacer sus gestiones, simpatizó con este desde el instante en que cruzó la primera palabra con él, sin embargo se cuidó de disimularlo muy bien. Y pensó que era justo apoyarlo en las nuevas condiciones. Con esa intención se presentó allí el día que el trabajador debía iniciar su labor. Trató de transmitirle afecto y seguridad:

—Agustín, tengo el presentimiento de que lograrás cumplir con éxito la prueba de un mes. Quise verte antes de comenzar las actividades, por varias razones: vienes de un lugar muy bueno. Petrona me contó cómo fue tu estancia allí y el porqué te fuiste. Casualmente, conozco al director de ese prestigioso centro, y hablé con él. Todos creemos que cometiste un error con abandonar ese lugar, no obstante ya lo hiciste y tu proceder es irrevocable porque tú lo quieres así.

”Lo que me relató Portela acerca de ti me conmovió, al punto que estoy aquí por eso. Lo hecho, hecho está y pienso que los hombres pueden y deben creerse ante los obstáculos. No voy a darte sermones para no ser pedante; solo te aconsejo: aquí adentro hay muy buenos masones, relaciónate con ellos, escúchalos”.

—Muchas gracias señor Ordóñez, me comprometo a no defraudar su confianza. Téngalo por seguro.

Agustín se empeñó, demostró responsabilidad y eficiencia. Pasó la prueba, siguieron varios meses y fue considerado como uno de los trabajadores indispensables. El administrador Arturo así se lo comunicó al doctor Ordóñez y le aseguró que el muchacho era muy serio y útil.

Petrona conoció de la conducta del hijo; la tranquilidad y el regocijo la hicieron feliz, pues de no lograr la permanencia allí, ella no sabía qué hacer, era cierto que su situación había mejorado algo, vivía con un hombre que parecía quererla, se llevaban bien, la acompañaba y le había prometido ampliar el cuarto, pero nunca hablaron de traer al muchacho a su lado, y sabía que la mayoría de los jovencitos desamparados terminaban locos, drogadictos o integrantes de grupos pandilleros.

Ganarse ese prestigio no resultó sencillo. A la edad de estar junto a contemporáneos en juegos, distracciones, estudios..., Agustín se movía entre ancianos. Muchas veces vio sus ropas y cuerpo impregnados de deyecciones de algún viejito aquejado de diarreas, y después frente a la batea y en la ducha en un esfuerzo por librarse de la fetidez penetrante que dejan las excrecencias humanas.

Día tras día estaba expuesto al sufrimiento de aquellos ancianos: los dolores, el desgaste, las postraciones, la rigidez e inmovilidad de las articulaciones, la ceguera, la invalidez, las enfermedades terminales..., la muerte. Con todos departía, los asistía, los ayudaba, sufría junto a ellos la separación e incluso el abandono por sus seres queridos, y eso le motivaba a darles cariño, que estos reciprocaban. ¡Era un aliciente!

Agustín no solo tuvo que sortear situaciones dramáticas con los internos en ese lugar, sino también con

los trabajadores. En las relaciones humanas inciden factores objetivos y subjetivos. La edad influye en la psicología de las personas, él estaba acostumbrado alternar con coetáneos y en el asilo todos eran adultos. A esto se sumó las condiciones en que ocurrió su entrada allí. Y todo condicionó el trato hacia él: unos afables y colaboradores, otros de rechazo y hostilidad. Sucedió algo singular con uno de los ancianos, Murillo Acosta, que el muchacho tuvo que enfrentar.

Ese hombre tenía ascendencia entre los moradores, quienes apoyaban los criterios de este. Poseía cultura general, determinadas dotes de líder y era dueño de un espíritu didáctico natural, lograba ser el centro de atención aunque no resultaba pedante. Con esos avales, cuando algo no le gustaba influía en el resto del colectivo con resultados a su favor. Además, siempre fue un masón cabal y aquello era una familia de muchos masones.

Desde la llegada de Agustín al centro, Murillo sintió un rechazo total hacia este y esa fue la razón para que lo siguiera paso a paso, predispuesto y preparado para la desaprobación consensuada; algo de lógica tenía dada la edad y la forma de entrada del nuevo empleado. Por supuesto que esa obsesión casi enfermiza se la reservó y nunca la transmitió a nadie, pero comenzó su tarea. Primero se esforzó por sondear la opinión del muchacho:

—¿Agustín, por qué te fuiste de la beneficencia, un lugar como ese...? Dime, cómo fue eso.

—Prefiero no hablar de esas cosas, señor Murillo. Ya eso forma parte del pasado y no me gusta...

—Aquí eres un limpiapisos y atiendes ancianos majaderos. ¿Cómo pudiste cambiar la vaca por la chiva? Algo gordo te pasó allí cuando...

—No sé cuál es su interés por conocer mi vida, pero si está tan interesado el teléfono de allí es público y el director es el doctor Julio César Portela. Perdón Murillo, no quiero hablar de eso.

Conversaciones con este carácter se sucedieron con frecuencia; el interés de Murillo llegó a ser desmedido y hasta irrespetuoso. Pero con el tiempo la enérgica postura del mozalbete le hizo reflexionar de manera positiva, hasta le confesó en una oportunidad sus malsanas intenciones.

La vida se encargó de demostrar que aquel mocoso era el riel pareja de la misma vía por donde circulaba Murillo. Las circunstancias quisieron que primero chocaran como trenes, después que aflojaran tensiones y finalmente que se aliaran tanto, como lo hacen los individuos que se aprecian sin fisuras. Lo hicieron de tal forma que el anciano lo aceptó como al hijo que no tuvo, y no solo le prestó su total apoyo, sino hizo cuanto pudo para ayudarlo.

Esa empatía se extendió, por supuesto, al resto del colectivo. Así sucedió y no es de dudar que también los encontronazos del principio sirvieran de vehículo al feliz desarrollo de las relaciones en el transcurrir del tiempo. El ambiente motivó el interés de Agustín por conocer acerca de la masonería. Y como el viejo Murillo era muy respetable, buscó en él las explicaciones.

—¿Para qué quieres saber lo que es la masonería? ¿Pensas ser masón algún día?

—Dicen que Martí y Maceo eran masones —respondió Agustín.

Murillo ya tenía idea de cómo pensaba el muchacho sobre estos héroes, entonces encaminó su respuesta:

—Te diré. Empiezo por algo que todo masón debe saber de memoria. Es una asociación secreta, no clandestina, que aspira a la fraternidad universal basada en el humanismo re-

ligioso y el racionalismo político. Usa símbolos especiales y se divide en grupos llamados logias. Se encuentra difundida por casi todo el mundo. Parece haber surgido de un grupo de constructores (masón, albañil) del siglo XVIII.

”De ahí su emblema mundial, el compás y la escuadra; existen grados: primero, aprendiz; segundo, compañero y tercero, maestro. Luego los niveles llegan hasta el treinta y dos, quien ocupe este último es el Sublime Príncipe del Real Secreto, y el máximo, el treinta y tres que es el Soberano Gran Inspector General de la Orden. Se reúnen en talleres o logias.

”Dicen que la masonería nació sobre bases de creencias más bien humanitarias y de solidaridad entre personas pobres. Después admitió miembros que no eran de la albañilería; transformación que culminó en la fundación de la Gran Logia de Londres en 1717. Desde hace muchos años se ha venido aprovechando para fines políticos, especialmente en Gran Bretaña, Francia, Alemania y otros países de Europa, así como en América.

”En nuestro país a principios de la segunda mitad del siglo XIX, principalmente en Bayamo, las reuniones de los masones se aprovechaban para conspirar contra el régimen español. La masonería tiene una larga historia y por ella han pasado importantes figuras de todo el mundo.\* Ejemplos: el compositor austríaco Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791), del periodo clásico, uno de los más influyentes en la historia de la música occidental; su composición *La flauta mágica*, es la ópera en alemán que representa la simbología masónica y la

\* Toda la explicación acerca de la masonería fue resumida de Torres Cueva, *Historia de la masonería cubana. Seis ensayos*, segunda edición, ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 2005, EcuRed: Enciclopedia cubana.

lucha entre los poderes de la luz y las tinieblas.\* También el célebre escritor ruso Liev Tolstói (1828-1910), que en su novela *La guerra y paz* encumbra sus ideales de fraternidad”.

El viejo consideró que había hablado mucho y que eran demasiadas ideas para ser asimiladas en un solo día. Además, no pretendía hacer labor proselitista, nada más responder a la curiosidad del infante. Entonces trató de finalizar:

—En otra ocasión te hablaré más de esta asociación.

El oyente no estimó lo mismo, y más que conocer sus fundamentos y organización, lo que le interesa saber era si reportaba algún beneficio, por eso insistió:

—Murillo, yo quería que usted me dijera en qué ayuda a uno esta asociación.

—Bueno, ya te contesté en parte cuando te decía que practica la fraternidad y el humanismo, principalmente entre sus miembros, aspira a una política justa y equitativa. Los masones se empeñan en ser personas dignas, educadas y exitosas. Se ayudan entre sí y tratan de ser ejemplares en su conducta social.

Esa conversación y muchas más con el anciano y con otros adultos, unidas al tiempo de que disponía no obstante sus múltiples obligaciones, incitaron al adolescente en formación acudir a la biblioteca del lugar, la cual no era muy rica en títulos y cantidad de ejemplares, pero contaba con obras de valor.

Poco a poco se fue fascinando por la letra impresa. La lectura le proporcionó hacer relaciones más sólidas con viejitos que también tenían ese hábito e intercambiaban ideas acerca de lo leído, así se ganó el aprecio de

\* Véase “Papageno: Personaje principal de ‘La flauta mágica’ de Mozart”. Wikipedia.

varios de estos señores, quienes ya lo admiraban por la dedicación con que los atendía.

Casi a diario alguien le buscaba para hablar sobre libros y eso no solo lo entretenía, también llegó a verlo como un círculo de familiaridad y de superación. Murillo fue uno de estos, quien era un lector empedernido y no de cualquier autor, tenía sentido de lo que podía ser útil. La avidez de Agustín por ampliar sus conocimientos hizo que los encuentros entre ellos fueran constantes. Comenzaron a leer juntos, analizar las obras, discutir las noticias de la prensa y otras publicaciones. Todo lo cual le aportó muchísimo porque ese hombre tenía una vasta cultura.

El interés por la historia posiblemente le naciera al muchacho por esos contactos. La prensa de la época daba datos que, interpretados y valorados con justicia, ayudaban y ampliaban la conciencia. Al principio los análisis de su contenido se hacían sin planificación o sea, eran espontáneos, pronto se estabilizaron en días alternos y llegó a convertirse en un pasatiempo, pues alrededor de ellos se sentaban otras personas para escuchar y opinar.

Estas prácticas duraron en el tiempo y le fueron muy útiles, aprendió mucho y estaba al día de los principales acontecimientos del país y del mundo. Murillo hacía de moderador y sabía provocar el debate. Las noticias y las disertaciones del viejo quedaron para siempre en la memoria de Agustín, por ejemplo, recuerda un artículo de junio de 1944 comentaba que, mientras en Moscú las tropas soviéticas desfilaban para celebrar la contraofensiva emprendida sobre los agresores alemanes, la armada cubana patrullaba las aguas costeras de la Isla y algo más allá, para detectar y castigar a los submarinos alemanes que constituían una amenaza para la región.

Al concluir la noticia, vino la precisión del erudito:

—El inicio de la contraofensiva de la Unión Soviética fue posible porque el 10 de febrero de 1943 el mariscal alemán Friedrich Paulus ante el empuje del Ejército Rojo se rindió con cerca de un millón de hombres durante la batalla de Stalingrado.

Cuando leyeron que en octubre de 1871 el presidente de los Estados Unidos, Ulysses Grant, dictó una proclama en la cual se calificaba de delincuentes a las personas que trabajaban por la independencia de Cuba. Y que en la guerra de 1895 no reconocieron la beligerancia del pueblo de Cuba. Murillo acotó con convicción:

—Se explica por sí solo. El irrespeto a Carlos Manuel de Céspedes, Maceo, Agramonte y tantos caídos, no tiene límites. ¡Nunca nos quisieron! Subestimaban públicamente a los cubanos. Le ofrecieron entonces a España trescientos millones de dólares por Cuba.

Ante una parrafada que en su momento hizo un subsecretario de guerra de los Estados Unidos, donde calificaba a los cubanos como indolentes y apáticos, y aseguraba que la inmediata anexión de estos a su entonces federación sería una locura. Por lo cual se imponía que antes de hacerlo debía limpiarse el país aun cuando eso fuera con la aplicación de los mismos métodos empleados por la divina providencia en Sodoma y Gomorra. El disertador Murillo explicó qué pasó en las ciudades mencionadas, pues observó en sus interlocutores el desconocimiento:

—Sodoma y Gomorra fueron destruidas, según la Biblia, por una lluvia de azufre, fuego y además por un terremoto. El castigo divino se aplicó por las indecencias sexuales que allí se practicaban. Entonces eso es lo que quiso decir ese alto funcionario del Gobierno de los Estados Unidos: que nosotros éramos unos indecentes.

Los días ya establecidos que no dedicaban a la dinámica de las noticias, se ocupaban para realizar una especie de librodebate. Murillo tuvo el acierto de sumar dos o tres ancianos a estos, quienes le daban una tónica excelente porque también tenían conocimientos al respecto; no eran desanimados y les gustaba este ejercicio.

El guía afirmó que existían obras de lectura obligada: *El Quijote*, de Miguel de Cervantes Saavedra; *La esfinge Maragota*, de la española Concha Espinosa; *Moby Dick*, novela del escritor estadounidense Herman Melville; *Crimen y castigo*, del ruso Fiódor Dostoievski; *La Revolución de Yara*, del cubano Fernando Figueredo Socarrás y el *Popol-Vuh*, libro sagrado de los mayas, escrito en lengua quiché a mediados del siglo XVI; y otras que irían conociendo con el tiempo.

Se escogió *El Quijote* para comenzar. Se habló del autor, la fecha en que se escribió, el contexto histórico... En cuanto al argumento se discutió con énfasis la aparente simpleza de algunas acciones emprendidas por el protagonista, Alonso Quijano, por esa razón, para Agustín le era inconcebible que se considerara entre las más destacadas de la literatura española y universal, y una de las más traducidas.

—Precisamente, la celebridad debió hacerte pensar que el loco no era tan chiflado como lo dibujó con palabras Cervantes —subrayó Murillo—. Las lecturas deben hacerse con espíritu profundamente crítico, pues, a veces, lo que se pinta en los relatos con colores claros, en realidad puede que sean oscuros y en ocasiones muy oscuros. Es la obra maestra de la literatura de humor de todos los tiempos. Cuando el personaje central combate el mal, lo hace contra sujetos fabulosos, contra

alguien invencible, y esa paradoja lo vuelve más valiente, pero no aprecias que se ridiculiza porque invita a todos a que le apoyen.

”Al leerlo, uno siente la necesidad de ayudarlo a vencer los molinos de viento. Desde que se hizo popular la obra, allá por el año 1615 cuando fue escrita, se estableció el eslogan: ‘¡Ojalá aparecieran muchos quijotes para arreglar el mundo!’ De modo, que al leer hay que prestar mucha atención a los absurdos, al doble sentido y a la lectura en general”.

Entre las satisfacciones con que el muchacho pudo atenuar su difícil tarea de sobrevivir en un medio no propio para su edad se cuenta el deporte, afición que en la beneficencia había madurado gracias a su maestro Carlos. En aquel campo de béisbol, que fuera una de las primeras cosas que divisó al llegar al asilo Llansó, comenzó de inmediato su entrenamiento en esa disciplina deportiva.

Le robaba tiempo a su descanso para practicar y tenía cualidades que le favorecían, dígame su alta estatura y la habilidad para realizar movimientos rápidos, todo eso le conformó una excelente forma física. Allí existía una novena muy buena. A los catorce años ya era regular en el equipo. Se desempeñaba como cuarto bate.

Cada juego era un desafío, los pícheros de prestigio sufrían frente a él. Le lanzaban lo mejor de sus repertorios con el ánimo de poncharlo. Muchas veces por no acercarles la pelota al plato lo ponían en conteo favorable, entonces tenían dos disyuntivas: le daban la base por bola o le tiraban por el centro; si se decidían por la segunda ¡allá iba el batazo! Se empeñaban en poncharlo o al menos dominarlo, pero casi siempre le daba. También lograba muchas extrabases.

Era sereno, parecía no tener nervios, no se apresuraba, prefería poncharse en espera de la bola buena, la que le acomodara. En muchas ocasiones, con el conteo máximo, le pegaba con tanta fuerza que la pelota cruzaba la cerca. En la defensa era hermético, le metía el cuerpo a los roletazos y no los dejaba pasar. Sus posiciones preferidas eran el campo corto y tercera base. El béisbol se le convirtió en algo importante, le hacía sentir bien, los aplausos lo motivaban y tenía aspiraciones porque lo embullaban con la pelota rentada.

El viejo Murillo en sus relaciones con el muchacho aprendió a respetarlo, fundamentalmente por su dedicación y responsabilidad en el trabajo, por el interés en su superación y sobre todo, por el trato respetuoso hacia las personas sin importarle la posición que ocuparan. Con el tiempo aquello se transformó en aprecio e incluso cariño. Al punto que, ese hombre curtido por los años pensó en legarle todos sus ahorros. Mas tomó sus precauciones.

Nunca pudo averiguar el porqué Agustín había abandonado la casa de beneficencia, pues cuando lo intentó las respuestas firmes de este le obligaron a desistir. Para dar el paso pensado debía saber el motivo, pues el muchacho había demostrado ser íntegro, pero no podía permitirse una sorpresa desagradable; la seguridad debía ser total. Con mucho tacto le formuló la pregunta:

—Agustín, no pienses que quiero hacerte sentir mal, sino que siempre he querido saber la causa de tu salida de la beneficencia. ¡Por curiosidad de viejo!

En esa ocasión aquel le explicó con detalles lo sucedido y cada uno de los pasos que dio hasta comenzar en el asilo. Murillo se quedó callado unos segundos,

tal vez el relato lo conmovió, y sin la menor reserva le propuso:

—Agustín, tengo una buena “guanaja”, estoy viejo y solo. Yo había pensado dejársela a este asilo, pero ahora es mi deseo dejártela a ti que te hace más falta.

El muchacho comprendió la metáfora, y tal vez con el ánimo de conocer el monto, dijo:

—¿Y en verdad es una guanaja, Murillo, o una gallinita quiquiriquí?

—Así son las equivocaciones. No, se trata de una gallina araucana grande y pone huevos. Yo puedo comprar ahora mismo con lo que tengo, 142,8 onzas de oro, casi nueve libras. ¿Qué te parece? ¡No es una fortuna, aunque es algo! Son los ahorros de cincuenta años limitándome de cosas con el ánimo de mejorar mi vida, pero...

—Hizo usted muy mal, debió haberla disfrutado porque casi siempre viene otro y se regocija con lo que obtuvo con tanto sudor.

—Es verdad, tienes razón, aunque no soy el único que ha caído en esa trampa. Ahora estoy tratando de encontrarle una salida digna, ¡con ochenta y cuatro inviernos sobre mí y con las cuatro afeitadas que me quedan, es imposible volver atrás! Pero dejemos esas reflexiones. No me has respondido.

—Mire, yo aquí no me voy a quedar, incluso hace dos o tres noches estaba pensado en irme. De yo dejar esto, a usted no le conviene.

—¡De seguro te vas por problemas económicos! Si yo te diera algo más de lo que ganas aquí las cosas pueden cambiar. ¿Cuánto te dan aquí?

—Me dan diez pesos, pensé que un día me pagarían más, ¡pero nada! Ese es mi salario aquí: diez pesos. Con eso no vive nadie y usted sabe ¡cómo yo trabajo!

El viejo quedó buen rato en silencio, daba la impresión de que buscaba una solución para que Agustín no se fuera. Al fin habló:

—Mira, podemos hacer una cosa: todos los meses te doy diez pesos, y sumado a los que recibes, son veinte. ¡Dime!

—Murillo, lo puede hacer, pero de cualquier forma yo seguiré siendo el mismo con usted. Creo haberlo tratado con esmero siempre. Cada vez que se ha enfermado yo...

—Precisamente por eso quiero ser recíproco. Me sería de mucho agrado.

El muchacho le demostró una vez más su valía:

—Como usted quiera, Murillo. Si me lo permite, podemos hacer algo mejor: de cuando en cuando le puedo comprar cosas que le sean útiles. Así podrá disfrutar mejor de ese dinero. ¿Cuánto me dijo que era?

—Si la onza de oro vale treinta y cinco dólares, entonces esa cantidad por 142,8 es igual a... Multiplica —le pidió Murillo.

Agustín resolvió el ejercicio matemático con precisión y rapidez. Y anunció:

—¡Nada menos que cuatro mil novecientos noventa y ocho pesos!

La conversación fue un punto a favor de la decisión de Murillo. En ningún instante Agustín mostró interés desmedido por el dinero a pesar de su situación y su edad. La iniciativa de este la apreció como un acto de amor y respeto. En lo adelante, cada mes el anciano desembolsaba los diez pesos más otra cantidad que Agustín recibía y gastaba en cuchillas, máquinas de afeitar modernas, espejuelos graduados, medicamentos, libros, ropa, caramelos, chocolates y cuanta cosa considerara necesaria o agradable para aquel hombre privado de ellas, por un concepto errado de ahorro.

Por esos tiempos tener un radio era algo importante y hasta raro. Un día mientras leían el periódico encontraron una información que hablaba de la radio y sus virtudes. En el mismo artículo se ofertaban aparatos de ese tipo, y los dos coincidieron en comprar uno. Fue el primer objeto electrodoméstico adquirido y resultó un impacto muy grato por ser novedoso en el país y también por su utilidad. Ambos se beneficiaron, pues disfrutaban a diario de las transmisiones.

La claridad en los gastos eliminó totalmente la inquietud que, sin querer, se mantenía presente en el pensamiento del anciano respecto de la honestidad de su protegido. Esto lo apegó tanto al adolescente que le contaba sus ideas y secretos. En una conversación le confesó que en un inicio, al verlo tan pequeño en edad y con tantas ocupaciones difíciles, pensó que no estaba preparado y no le sería útil al asilo, por eso se manifestó en contra de su estancia allí. Que el desempeño en la pelota lo incitó a reflexionar y comenzó a considerar todo el esfuerzo diario. El viejo le aseguró que se resistía a dar el brazo a torcer.

Por su parte el doctor Ordóñez, siguió de cerca el desenvolvimiento de su recomendado, pues resultó bueno y no lo había defraudado. A través de Petrona conocía de sus progresos y mantenía el vínculo, le enviaba libros y le sugería otros, con el ánimo de contribuir a su superación y a que ocupara su tiempo libre en cosas provechosas.

Coincidió que uno de los textos sugeridos había sido mencionado por Murillo como de lectura imprescindible, y el muchacho lo leyó con avidez. Cuando aquel señor tenía una oportunidad se aparecía en el asilo; a veces comprobaba la capacidad de interpretación del lector mediante un intercambio de opiniones:

—Doctor, del libro *La Revolución de Yara*,\* me gustó mucho la parte en que Maceo se niega aceptar el pacto. La actitud del Titán de Bronce fue muy valiente frente al general español, Martínez Campos. Lo más emocionante es la Protesta de Baraguá.

—Sí, la Protesta de Baraguá es un hecho que destaca la valentía de nuestro pueblo. Y es de lo más glorioso de la historia patria. En la descripción del pacto seguro te diste cuenta de que cuando Martínez Campos bajó del caballo para encontrarse con Maceo, quien lo condujo hasta él fue Figueredo, el mismo que escribió el libro; este hombre era una figura destacada en las huestes mambisas. ¡Ves lo importante que es leer!

—Sí, señor. Sobre todo me gustan los libros de historia. Esa obra es una de las que he leído con más interés.

—Te felicito por ello. La intransigencia de Maceo, bien reseñada en el texto, se convirtió en un símbolo para los patriotas cubanos de entonces y también, para las generaciones siguientes. Esta obra fue reconocida por Martí, quien recomendó leerla. No importa que no hayas entendido completamente el contenido, otros libros te ayudarán. Quiero aclararte algo: todo lector siente atracción por una literatura específica, pero hay que familiarizarse con otros contenidos.

Después el señor le entregó una relación de títulos con la encomienda de leerlos además, le dio uno. El muchacho lo hojeó y le preguntó de qué trataba. Satisfecho, el hombre argumentó:

—Pretendo que conozcas sobre la vida de Francisco de Miranda, quien fue un venezolano excepcional. Es de

\* Véase Fernando Figueredo: *La Revolución de Yara*, ediciones Huracán, Instituto del Libro, La Habana, 1969.

esos hombres con muchos valores humanos, patrióticos... Uno no se cansa de conocer de su vida. Cuando lo termines podremos intercambiar ideas.

—Gracias señor, me gusta hablar con usted porque sabe muchos pasajes de la historia, de libros... ¡Ojalá yo pudiera saber así!

—Puedes, eso depende de ti. Tienes que leer mucho e interpretar el contenido. Y para eso la biblioteca de este centro te espera todos los días. No te cobran ni un centavo. No desaproveches esa oportunidad. ¡Sin desatender tu trabajo, por supuesto!

Agustín, agradecido, lo despidió y tanta era su motivación que comenzó de inmediato a leer el texto que tenía en sus manos.

## *Decisiones difíciles*



Para el joven no todo fluyó con tranquilidad en cuanto a las relaciones interpersonales. A la par de sus sentimientos nobles y su sentido de la solidaridad y respeto, se manifestaba intransigente, no admitía el ultraje y era implacable con cuanto considerara injusto. No toleraba que se le tratara de humillar. Tenía bien delimitados estos conceptos y respondía con energía cuando se violaban.

En una ocasión tuvo un problema con el administrador y aunque se llevaban bien se fueron a las manos. Resulta que este intentó mellar las relaciones entre el muchacho y Murillo con quien hizo comentarios negativos del otro. El viejo se percató de la intención, le rebatió con fuerza y trató de que no llegara a oídos del vilipendiado, no obstante lo supo enseguida por intermedio de un anciano que lo admiraba. De inmediato se dio cuenta de que era una flagrante injusticia y le pidió explicación a Arturo, quien le dijo no tener nada que decirle y lo subestimó.

Agustín, ni corto ni perezoso, le entró a piñazos, lo tiró al suelo y lo mantuvo con la lengua afuera, en esas condiciones le obligó pedirle perdón tres veces para soltarlo. Al día siguiente le fue necesario acudir al hospital, la enfermera Ana le acompañó. A pesar de eso el hecho no trascendió, solo contadas personas se enteraron.

Pasados cerca de veinte días de aquel incidente, el administrador recibió la orientación de preparar la despedida del año en el asilo; debía ser una actividad lucida donde los ancianos la pasaran alegres. No tuvo descanso. Convocó a unos cuantos trabajadores, entre ellos algunas enfermeras para que le ayudaran. Concibieron una parte cultural, lo cual requería coordinaciones fuera de recinto.

Ana conocía una casa que se dedicaba amenizar cumpleaños, bodas y fiestas en general, en función de estos realizaba otros menesteres como pintura y decoración del lugar; por ese motivo recibió la tarea de contratar esos servicios. Solicitó un trío, declamadores, cantantes solistas, un cuerpo de baile, humoristas...

Se le ocurrió incluir la participación de Agustín con quien le unía la amistad y le gustaba su forma de cantar y recitar. Le habló y este dio su consentimiento, solo le preocupaba que el administrador no lo aprobara, pues el incidente entre ellos era muy reciente y quizá le guardara rencor. La mujer lo embulló:

—Mira, soy amiga del señor que dirige todo eso y cuando fui por segunda vez le dije que nosotros teníamos un trabajador que podía recitar y cantar. Ellos estuvieron de acuerdo. Arturo no podrá decir nada.

—Ana, pero yo...

—Tú nada, yo me atreví a cuadrar con ellos para que digas una poesía e interpretes una canción. Ellos te hacen el acompañamiento. Tienes que lucirte, como en la pelota. ¡Ah!, tengo que decirles los títulos de tus interpretaciones. Esa gente hace un montaje y lo ensayan con tiempo, son profesionales. La parte tuya es una sorpresa para todos aquí. Nadie sabe nada y Arturo menos todavía.

Agustín insistió en su preocupación, consideraba oportuno que Arturo lo supiera antes. La amiga lo tranquilizó, estaba convencida de que no habría problema alguno.

—Recitaré *La bailarina española* de José Martí y cantaré *Siboney* de Ernesto Lecuona.

Ana le explicó la secuencia de la actividad:

—Primero habla un dirigente masónico, después recitan algunas poesías de Julián del Casal y de Juan Clemente Zenea. A partir de ahí se van a interpretar algunas canciones y boleros clásicos, antológicos. Todo de corrido. Sigue un humorista que dirá algunos chistes muy respetuosos, pero cómicos. Vuelve el trío y ahí el conductor te anuncia. Presentas tus dos números seguidos uno del otro con el acompañamiento de ese grupo musical. ¿Qué te parece?

—¿Qué me parece?, que como me dijiste, ¡tengo que lucirme!

La amiga se rió con deseo y el muchacho le preguntó el porqué de esa efusividad.

—Porque tengo delante: un boxeador, pelotero, declamador, cantante, ¿y qué más?

—No vayas a decir ahora: poeta y loco.

En el asilo reinaba la expectación y también alegría. Los arreglos y adornos eran superiores en calidad y belleza que otros años. Murillo comentó con algunos internos sobre este particular y precisó que la diferencia principal radicaba en el mantenimiento dado a la instalación más la pintura interior y exterior. Pero que estaba por ver la parte cultural. Dejó esa duda porque se había enterado que Agustín actuaría, pues algo se había filtrado, y él sabía que este cantaba y recitaba y que no lo hacía mal.

Agustín no había ensayado como se requería, más bien solo había repasado las letras. Planificó para finales del día anterior dedicar tiempo a ese asunto. Ana lo encontró en el comedor, le preguntó si estaba preparado y la respuesta la preocupó, pues el muchacho

no fue categórico, solo dijo que más o menos. No obstante confió, conocía las cualidades artísticas de este. Entonces le comunicó que la mamá lo esperaba en la entrada.

Se alegró porque tendría la oportunidad de invitarla a la fiesta para que lo viera actuando, ya que ella nunca había tenido esa posibilidad. Por su parte Petrona le pidió reunirse el primer día del año en su casa para celebrar los cumpleaños de ambos, Agustín había cumplido en septiembre, pero aplazó la invitación para hacerlos juntos.

Consciente de que el hijo no aprobaba su relación con el hombre con quien compartía su vida, se encargó de decirle que prepararía muchos dulces y una rica comida solo para los dos. Se disculpó por no poder disfrutar de su actuación porque tenía un compromiso para ese día en la casa donde trabajaba, y se marchó con la esperanza de allanar las asperezas entre ellos.

El muchacho trató de practicar su poesía y su canción, aunque le costó trabajo apartar la preocupación de un posible tope con el marido de su madre cuando visitara el cuartico de La Lisa. Al fin se concentró en su tarea, ¡tenía que lucirse como le había dicho Ana!

La fiesta fue un éxito, el espectáculo estuvo muy bueno. Los ancianos estaban contentos y satisfechos. Al día siguiente solo se hablaba de la actividad y destacaban la actuación de Agustín, decían que dibujó el *Siboney* de Lecuona y que la poesía había quedado brillante. El viejo Murillo ante un grupo de internos y familiares que visitaban el centro alabó a su amigo:

—Estuviste magnífico, Agustín. Muchos de los presentes vimos, soberbia y divina con el sombrero torero, a la misma bailarina en que se inspiró Martí. Hubo una armonía perfecta entre los tres elementos que intervinieron en esa representación: la declamación, la música

andaluza y el baile. ¿Qué dices, Agustín? Habla, que tú fuiste uno de los artistas.

—Pienso que todo fue casualidad. Yo no sabía que me iban acompañar con esa música y con la bailarina. Las tres cosas armonizaron a la perfección y no lo ensayamos nunca. Ellos y yo sabíamos del número, pero nada más. Son cosas que no se repiten. Y como usted dice, Murillo, parece que fue el plato fuerte.

—Tan fuerte que tuvieron que repetirlo —subrayó Murillo.

Agustín se sintió muy feliz por las demostraciones de aprobación recibidas por su actuación y porque esa tarde lograría estar junto a su madre en el cuartico con el que había soñado tantas veces. Ese encuentro lo incorporó a las satisfacciones de su vida en los últimos años, entre las que relacionaba: los éxitos en la pelota, saberse querido por los ancianitos y los trabajadores del asilo y haber ratificado sus cualidades histriónicas. En medio de su alegría recibió un recado de Ana que lo alarmó, debía presentarse con urgencia en la enfermería. Como se encontraba en un pabellón muy cerca de allí, llegó enseguida.

—Ana, me asustaste, ¿qué sucede?

—Nada, que de la dirección piden que te presentes en la oficina. Me lo dijo el administrador.

—Ana... ¿el propio Arturo? Esto puede ser la mundial, la bomba.

—¿Bomba, cuál mundial?

—Por el problema que tuve con él. Pero Arturo sabe que yo tenía toda la razón. ¿Querrá vengarse?

—No pienses en eso, a lo mejor es otra cosa. No te adelantes a los hechos.

De inmediato Agustín avanzó hacia donde le solicitaban; quiso hacerle caso a la enfermera, pero no podía

apartar la idea de una represalia del administrador. ¿Cuántos pensamientos pasarían por su mente en este momento? Odiaba los conflictos, y cuando se ponían en tela de juicio su conducta o sus principios sufría mucho. Él trataba de ser correcto, transparente en el quehacer diario para que no existiera duda.

Respecto a ese incidente con Arturo, en una oportunidad junto a Murillo reconstruyó lo sucedido y quedó con mucha tranquilidad cuando el anciano le demostró que había sido un acto de egoísmo y envidia de aquel hombre. De modo que si se repetían los hechos volvería actuar de la misma forma. No quería ni pensar en algo parecido a la experiencia de la beneficencia, pues fue una lección muy triste. Unos metros antes de llegar a la dirección levantó su cabeza y se dijo: “No tengo de que temer ni preocuparme”.

Ya en la oficina le invitaron a entrar y sentarse. Enseguida Arturo tomó la palabra:

—Agustín Noriega Cartaya, la dirección del Asilo Masónico Llansó decidió premiar con un aguinaldo pascual a los trabajadores más distinguidos del año. A cada uno se les está entregando hoy día primero, porque no pudo ser ayer. Ahora, su caso es distinto —hizo una pausa—, por eso lo llamamos aquí.

El muchacho presintió una tormenta, pero se mantuvo ecuánime. El administrador continuó:

—Usted recibirá un aguinaldo especial, por dos razones: primero, por ser un joven muy responsable en su trabajo, y segundo, por su brillante actuación en la fiesta de fin de año. ¡Felicidades!

Agustín respiró profundo para liberar tensiones, ¡había imaginado tantas cosas! Esta alegría nunca la hubiera pensado. Solo atinó a decir:

—¡Gracias, muchas gracias! ¡Es una sorpresa; por cierto muy agradable!

El directivo aprovechó para dejar zanjada la disputa surgida con el joven.

Entonces le aseguró:

—Agustín, esta no es una decisión individual como administrador sino de la dirección del centro, ¡claro! yo también la aprobé porque la considero justa. Si en lo personal usted tenía alguna preocupación, olvídese de eso y aprenda o mejor dicho, aprendamos los dos a ser tolerantes con debilidades que como personas tenemos en la vida. Ahora dígame: ¿se siente satisfecho con esto el joven Agustín Noriega Cartaya?

—Me siento muy honrado y a la vez comprometido con el asilo, con la dirección. Se los agradezco. Respeto a lo último que usted dijo, lo entiendo perfectamente y me uno al mensaje. ¡Muy buena recomendación!

Salió de allí con cien pesos en las manos. Nunca en su vida había tocado esa cantidad de dinero, la cual se había multiplicado en su corazón: llevaba un millón de pesos. Tal era la emoción de aquel estímulo. Esos billetes le venían muy bien, pues le hacían falta, pero tenían más valor aún porque ellos eran resultado de un reconocimiento a su esfuerzo. Esto le hizo comprender que la vida no es totalmente ingrata cuando hay empeño y dedicación. Su espíritu se fortaleció para seguir luchando.

Con el pecho henchido de alegría y de nuevos aires, salió Agustín del asilo rumbo a la casa de su madre. La tarde estaba despejada y él la apreció brillante, nunca antes había reparado en los colores de la naturaleza. Llegó a La Lisa cuando declinaba el día. Petrona se percató de la euforia del hijo, pues nunca la había tratado con la familiaridad que lo hizo:

—Aquí estoy, mamá. Felicidades, te quiero mucho.

Petra no pudo hablar, lo abrazó con fuerza, él la apretó contra su pecho y tampoco pudo decir palabra alguna.

Así estuvieron buen rato, nunca se habían sentido tan cerca. Por las mejillas de ambos corrieron las lágrimas. Se intercambiaron los mejores regalos: la comprensión y el cariño. Sin duda este era el mejor cumpleaños de sus vidas. Podrían contarse de sus alegrías y tristezas, de sus triunfos y reveses, de su pasado y presente... Él le dijo del obsequio que le acababan de hacer; ella demostró su satisfacción y tranquilidad sobre todo porque había conocido del problema con Arturo.

Por la forma amena de expresarse y por la conducta del muchacho a Petra le parecía alguien de más edad, y a pesar de su bajo nivel cultural consideró que estaba relacionado con el interés por la lectura. El señor Ordóñez le había dicho un día que Agustín leía libros raros que a casi ningún adolescente le llamaban la atención, y aunque ella no sabía de eso, recordaba títulos y nombres: *Edipo rey*, *Odisea*, Víctor Hugo, Martí, Julián del Casal, García Lorca... Ella le transmitió al hijo su satisfacción por todo lo que este había aprendido en el asilo. Él, solo le dijo:

—No dejo de superarme, pero a mi manera porque no tengo casi tiempo. No obstante devoro algunos libros que escojo en la biblioteca o que me recomiendan mis amigos.

—Estoy muy orgullosa de ti, hijo mío —le dijo mientras lo abrazaba—. Bueno, vamos a dejar la cháchara un rato para comer. Te hice muchísimas cosas ricas, tú sabes que yo también a mi manera estoy estudiando, he pasado algunos cursos de cocina gracias a la señora donde trabajo que me ha ayudado.

Ya tarde se acostaron en la única cama que existía. Esa intimidad, por primera vez entre ellos motivó las confesiones. Él aprovechó para calmar sus inquietudes acerca de su origen, de la familia... Y la madre, para

redimirse ante su hijo. El amanecer los sorprendió sin dormir ni un instante, pero no estaban cansados.

Supo al fin dónde había nacido; de qué familia procedía por las dos partes, materna y paterna; conoció que tenía una hermana mayor que vivía en el mismo pueblito del padre. Petrona no le habló mal del papá, pero él se dio cuenta que no quería mencionarlo, y eso fue suficiente para intuir la causa. Agustín preguntó el motivo por el cual vino para la capital, y ella algo apenada le dijo:

—Las mujeres pobres y más la de pueblos pequeños cuando por circunstancias de la vida tienen un hijo sin estar al lado de un hombre la tildan de ligera, eso lo consideran como un pecado capital que la familia ni los vecinos perdonan. Eso me sucedió a mí. Tuve que tratar de sobrevivir sola, no tenía cómo alimentarte, vestirte... Cuando tenías un año y pico decidí desaparecer sin decir para donde iba. Aquí tenía a mi tía Juana que siempre me comprendió y ayudó.

Agustín no pudo preguntar porque Petra continuó:

—Fue un paso muy duro, sufrí mucho, era una persona ignorante y no sabía a qué me iba a enfrentar. Casi me vuelvo loca, si no cometí un suicidio fue porque estaba convencida de que no podía dejarte solo. Después que una pare ya no quiere a nadie más igual que al hijo. Eso es lo más grande. Ya desde la barriga lo empiezas a querer, y cuando lo ves, lo tocas, lo acaricias, te roba por completo el corazón.

El recuento fue más atrás, a la infancia de Petrona, la cual había sido muy difícil y triste; con mucha pobreza y necesidades de todo tipo hasta de falta de cariño. Pero ella no quería cargar al hijo con sus penas, puesto que con las de él era suficiente; ¡al menos así lo veía! Y como era una persona muy fuerte de espíritu y con una gran voluntad para empujarse, trató de transmitirle

optimismo y fuerza para enfrentar los avatares de la vida. Por eso le habló de la superación de ambos: él con sus lecturas y con cuanto se le presentara en el asilo; ella en la culinaria. Así el futuro tenía que premiarlos.

La madre aprovechó para que su muchacho supiera del orgullo y cariño que abrigaba su corazón por él; que nunca lo abandonó y que seguía de cerca sus progresos y alegrías. Gracias al director de la beneficencia y a la esposa de este le vio actuar algunas veces sin que él lo supiera, esto era factible porque la casa de la pareja estaba bien cerca.

En otras ocasiones cuando sentía los tambores y redoblantes acudía a la verja del recinto y confundida con el público reunido allí lo divisaba y aplaudía. Se ponía nerviosa y siempre llegaban las lágrimas por no poder abrazarlo y reconocerle sus aptitudes. Ese matrimonio le transmitía los criterios muy favorables que los maestros tenían de él. Por todo eso ella se sentía tranquila y lo admiraba.

Casi al amanecer Petra le ratificó la dicha de tener un hijo tan bueno, que con los quince años cumplidos era maduro en la manera de ver el mundo, que en sus decisiones aún se podía ver un niño grande, pero muy formal y con fundamento.

Ese día, por primera vez en su vida, Agustín comenzó a darse cuenta que también su mamá había tenido un viacrucis terrible semejante al de él o quizá más desafortunado. La imagen de madre indiferente comenzó a desmoronarse. La sintió más cercana, más madre.

Todo lo conocido esa noche despertó en Agustín nuevas sensaciones. Se le vio más alegre, parecía feliz. Enfrentó su quehacer en el asilo con más bríos. En esos días tuvo la oportunidad de incentivar su dicha, por desempeñar un rol destacado en una de sus pasio-

nes: el béisbol. En el terreno del asilo se enfrentarían el equipo local con la novena de la Escuela de Oficios de Ceiba del Agua. Sería un desafío interesante, pues los visitantes tenían fama de buenos jugadores y de ganadores. Aunque en verdad el rival no se quedaba detrás; estaban bastante parejos.

El encuentro fue muy reñido de principio a fin. En la última entrada el juego estaba tres por dos a favor de los visitantes que empezaron bateando. Cuando les tocó el turno a los del asilo, colocaron un hombre en primera base por error en tiro, pero ya tenían dos *outs*. Entró a batear el cuarto bate Agustín. Al primer lanzamiento le cantaron *strike*, al segundo le da a la pelota y sale de *foul*. Nadie dudaba ya del triunfo de los visitantes, pero faltaba un tiro.

Agustín no se desesperó, tenía confianza, el pítcher lanzó, la bola venía rompiendo el *home* a la altura de la cintura, el bateador le hizo *swing* con toda su fuerza, la pelota dio en el centro del bate y con el rebote empezó a tomar altura. Los aficionados, de pie, comenzaron a gritar: se va, se va, se va... ¡se fue de jonrón!

Cuando anotó su carrera la emoción y el regocijo fueron tremendos, los vítores llegaban hasta él multiplicados. Ese día le resultó inolvidable. Fue uno de sus jonrones más grandes de los muchos que dio en su vida de pelotero, no por su altura y distancia, sino por el momento en que ocurrió y por la connotación que tuvo. Este hecho lo ancló al asilo, pues aplazó la idea de abandonar este lugar en busca de nuevos horizontes. Pero algo repentino le hizo cambiar la decisión.

Una noche, como tantas, Murillo y Agustín muy animados desarrollaron su tertulia. Hablaron acerca de los tres grandes poetas trágicos griegos de la antigüedad: Eurípides, Esquilo y Sófocles, porque era un

empeño del viejo que el joven los conociera. Le contó de muchas cosas que vienen de tiempos remotos, y le puso un ejemplo:

—Hoy cualquiera usa la frase “abrir la caja de Pandora” para expresar que se está expuesto a graves peligros por una iniciativa imprudente, y desconoce su origen. Según la mitología griega Pandora fue la primera mujer de la humanidad. Ofrecida a los hombres para castigarlos por su orgullo, fue esposa de Epimeteo, hermano de Prometeo. Es la responsable de la venida del mal a la Tierra, por haber abierto la caja en la que Zeus había encerrado todos los males. En dicha caja solo quedó la esperanza.\*

Al muchacho le gustó el relato entonces concertaron otro encuentro para estudiar esa narración. Y terminaron el encuentro con la idea de que la leyenda había motivado a grandes figuras de la pintura y la dramaturgia, entre otros le mencionó a los alemanes Petrus Paulus Rubens y Frank Wedekind; al inglés, Walter Crane y al español, Diego Rodríguez de Silva y Velázquez.

Cerca de las diez y media de la noche se despidieron, cada uno entró a su cuarto, uno al lado del otro. Pasado un rato, Agustín le preocupó que, contrario a la costumbre, el longevo mantenía la luz encendida, por eso le preguntó:

—¿Qué te pasa, Murillo?

—No me siento bien —la voz sonó muy débil.

Diligente, el jovencito corrió hacia él. Le tomó el pulso, lo notó alterado. Se dio cuenta que hablaba con dificultad. Sin perder tiempo llamó al doctor y a la enfermera. En breve decidieron trasladarlo en ambulancia para el hospital Calixto García. Agustín lo acompañó.

\* Véase *El pequeño Larousse ilustrado*, decimoctava edición, 2012.

En el trayecto empeoró. En urgencias le diagnosticaron trombosis severa. Quedó ingresado durante varios días, al final cayó en estado de coma. En ningún momento quedó solo; Agustín, Ana y Arturo se alternaban para cumplir también con el trabajo. Todo fue muy rápido. Resultó inevitable el desenlace, murió.

La agonía de Murillo impresionó mucho al muchacho a pesar de haber visto morir a otros ancianos y de considerarse una persona fuerte de espíritu. Fue un golpe demoledor, tanto moral como material dado el tipo de relaciones que mediaba entre los dos. Pasadas unas semanas no veía la forma de encaminar su vida.

Recordó que en una ocasión había hecho el intento de dejar el asilo pues no veía perspectivas, lo cual aplazó, principalmente, por la amistad con el anciano. Pero este ya no estaba, no tendría el aliciente de sus tertulias... Romper con todo significaba comenzar de nuevo. Ya se había equivocado una vez y logró un camino aceptable. No quería repetir la experiencia.

Las reflexiones no lo dejaban tranquilo mientras trabajaba: “¿De nuevo solo en el mundo? ¿Tendré que empezar otra vez; pero dónde? ¿Se estará repitiendo el ciclo del infortunio? ¿En quién apoyarme ahora? Se acabó el amigo con quien hablaba todos los días. Ya no habrá más estudio de libros, análisis de periódicos y revistas. El pobre anciano ya jamás podrá disfrutar de los encargos que yo le traía. ¿Qué pasará con la ‘guanaja’ de Murillo?”

Se recordaba de los momentos tristes que pasó cuando abandonó la beneficencia. Ahora tenía más edad y sopesaba mejor los actos. Solo él podía decidir y por supuesto, solo él podía asumir una u otra actitud. Decidió. Se fue sin consultar con nadie ni formalizar su baja, sin

~~~~~  
saber para dónde ir ni qué hacer. Optó por llegar hasta Petrona y pedirle quedarse con ella.

¿Por qué escogió esa variante si sabía la respuesta? Es que el subconsciente también influye en las iniciativas y quizá pensó que, del no rotundo de la madre, saldría algo nuevo que trazara su rumbo. De cualquier forma, estaba resulto: no retrocedería, estaba convencido de que el techo del asilo ya le tocaba su cabeza. Un pensamiento agradecido para todos en ese lugar pasó por su mente.

Rumbo a su identidad

Decidió entrarle al monte por la parte más intrincada, con hacha y machete en mano, dispuesto a encontrar la otra orilla despejada, no importa cuándo. Lo hizo ya una vez sin titubeo y con menos edad, ahora contaba dieciséis años.

—Aquí estoy mamá, dejé el asilo y no vuelvo atrás.

La madre al verlo pensó que traía un volcán en la cabeza, que lo había hecho sin meditar. Por eso trató de ayudarlo a razonar. Le preguntó los motivos. Para ella fue una sorpresa, hacía poco habían conversado y se quedó tranquila porque apreció que allí se sentía satisfecho. Convencida de la realidad y a sabiendas de que su hijo no era de los que viran atrás, se puso en función de encontrar una solución al problema. ¡Con ella no se podía quedar! Petrona nunca le había hablado ni mal ni bien del padre. A lo mejor esa neutralidad le facilitó hacerle una recomendación:

—Prueba con tu padre allá en Ranchuelo, a lo mejor ahora te acepta, ¡quién sabe!

Agustín no lo pensó dos veces; este hombre nunca se gastó un centavo en él, debía sentirse en deuda y ahora ya grande, los dos podrían ayudarse. En definitiva era su hijo, su sangre, y no lo debía rechazar. ¿Por qué pensar mal, en negativo? Muchas ideas favorables pasaron por la cabeza del muchacho mientras

intercambiaba con Petrona, algunas las expresó con cierto júbilo:

—Para mí el campo no es un lugar sombrío, no me resulta antipático. Es algo nuevo que tal vez me traiga cosas bonitas. Por los hechos de la historia que conozco, muchos hombres ejemplares, célebres, nacieron en el campo. Iré.

Tal vez todo ese entusiasmo tuviera su base en la expectativa de saber cómo era su papá. Casi siempre sucede así con las personas cuando de chicos no conocieron a sus progenitores y mucho más, si nunca se les habló mal de ellos. Por lo general se hacen grandes ilusiones porque lo común es que los padres quieran estar al lado de sus hijos. Fantaseó e hizo muchísimos planes.

La ilusión y la edad no ayudaron a que Agustín considerara un axioma difícil de desmentir: los padres que no se interesan en conocer a sus hijos son personas de sentimientos raquíticos. Ni Petrona, que sintió en su corazón la despreocupación de aquel hombre, dudó que lo pudiera acoger porque ahora no sería una carga. Ella sabía que el jovencito era trabajador y serio.

Agustín no perdió tiempo. Indagó cómo llegar hasta Ranchuelo. Sus escasas pertenencias las acomodó en una maletica y se fue para la terminal de trenes, allí adquirió un boletín, de los más económicos. Media hora después, tras el anuncio, con su equipaje al hombro busca el vagón que le toca y en este el asiento correspondiente, pero a su lado quedan varios vacíos, entonces se adueña de uno pegado a la ventanilla, así podrá mirar para afuera. No es cómodo, le pone un forro de otro y mejora, sabe que el viaje es largo.

La ansiedad casi no le permitió oír la orden de salida. Se sorprende cuando el tren comienza a moverse sobre los rieles. Con la alegría reflejada en su rostro supo

que marchaba en busca de su identidad. Le parece muy lento el avance, pero se anima cuando va ganando en velocidad. Ve como si una casa chocara con otra, los peatones pasan cada vez más rápido. Los oídos se van acostumbrando al ruido. Cerca de la media hora el panorama empezó a cambiar, era una vista campestre de un verde brillante.

Sin darse cuenta la intensidad del horizonte visual disminuía hacia tonos oscuros, siente los párpados cada vez más pesados. No quiere dormirse porque aún el día le permite contemplar el paisaje, pero... El tiempo sigue su curso inexorable, el joven anda ahora por otro mundo, otra dimensión; los acontecimientos tienen connotación diferente y los hechos por lo general parecen consumarse por obra de la magia.

El viaje parece haberse agotado, y ante sus ojos se dibuja Ranchuelo. Todo acontece muy rápido y como por encanto conoce al padre. Las cosas le han salido bien porque en cuestión de horas sintió la felicidad que tanto había deseado. La carga de incertidumbre ya no es problema porque ha sido bien acogido.

Los buenos sueños casi siempre parecen reales y así suele sucederle a quienes duermen intensamente. Agustín se durmió a la salida de La Habana, cuando el tren llegó al poblado de Ranchuelo en la entonces provincia de Las Villas, lo despertó el encargado de los pasajeros que por afortuna lo vio y le preguntó para dónde iba. Al responderle se le ocurrió decirle:

—Para Ranchuelo, ¡seguro me pasé!

—Estás justo en ese pueblo. Recoge y baja rápido que tenemos media hora de atraso.

El jovencito le dio las gracias y no dijo una palabra más, tomó su maletica y se tiró del vagón. En el andén miró hacia todas partes y enderezó por donde se le

antojó. Ya eran más o menos las tres de la tarde y después de andar unos sesenta metros se encontró un banco colocado casi pegado a la acera; recostó la maleta y se sentó, buscaba orientarse en aquel terreno desconocido.

La situación no era nada halagüeña porque además, amenazaba con llover. Recordó que la madre le advirtió que al llegar preguntara por... En ese momento se percató que en su dirección venía un señor de unos cincuenta años, con un machete enfundado a la cintura que casi arrastraba el suelo.

—Por favor señor, para hacerle una pregunta...

—Dígame, ¿es de este mundo o del otro? Si es de este mundo a lo mejor se la puedo contestar. A ver, joven, dígame.

—Usted conoce a Pedro Noriega, un guardajurado.

—¡Pedro Noriega! ¿Qué tú eres de ese señor?

—Soy hijo, ¿por qué?

—Valga que hablaste temprano, si no lo empiezo a despellejar. Lo conozco, lo conozco bien. ¿Vienes a hacerle la visita?

—Vengo a conocerlo.

—¡Ah, no lo conoces! Mira, ven conmigo.

En esa esquina que ves allí doblas a la derecha y al final del trillo, en la mata de almendras coges a la izquierda, por allí preguntas, que ya vas a estar cerca de la casa de Pedro.

—Gracias señor, muchas gracias.

Para Agustín la orientación fue clara y le dio seguridad. Echó andar intrigado por la expresión del lugareño respecto de su padre. “¿Qué quiso decir con despellejar?”. No pensaba en otra cosa, pero la necesidad de una buena acogida le hizo apartar la duda, no puede dejarse influir. Prefiere seguir imaginándose un padre como lo soñó en

el tren y como lo siguió perfilando desde que puso un pie en el andén, que lo quiere y que lo acoge como a un hijo. Se niega a darle cabida a pensamientos funestos.

En su afán por no dar cabida a la desesperanza reflexiona: “No siempre la vida es una sumatoria de situaciones adversas y algunos sueños me han resultado maravillosos”. Así Agustín quería ver las cosas en ese momento, quería ser optimista por eso su rostro era alegre y sus pasos largos; pretendía llegar antes de que la lluvia le retrasara.

Unas gotas de agua comenzaron a caer. No deseaba guarecerse, pero cada vez eran más grandes; al pasar frente a una casa le invitaron para escampar allí. La solidaridad del hombre no coincidió con la voluntad de un perro salchicha que se opuso tenazmente a que entrara y solo pudo hacerlo cuando el dueño lo amenazó con un periódico.

Hablaron muy poco, pues enseguida amainó el aguacero y decidió irse. Antes preguntó por la dirección que buscaba; el señor le indicó. Agustín agradeció el gesto del buen hombre, quien le preguntó:

—¿Bueno, si se puede saber y no lo tome a mal, es usted familia de Pedro?

—Quiero conocerle. Es mi papá. ¿Le conoce usted?

—Sí, como no, le conozco... le conozco.

El diálogo se interrumpió, hubo un corto silencio como sucede cuando faltan temas para conversar o cuando se quiere decir algo y se calla por alguna causa. Entonces el hombre le brindó café en espera de que escurriera el agua en el camino. El joven lo aceptó y mientras disfrutaba del líquido que era lo único ingerido en muchas horas, le contó que venía de la capital. El vecino le volvió a explicar cómo llegar, y no se sabe el porqué le dijo que Pedro era buena gente.

Agustín mostró alegría por la confesión y después de despedirse, emprendió la marcha. Todavía caían algunas gotas muy finas. El cielo seguía encapotado y la temperatura había refrescado. Caminó lo más rápido que pudo, pues el fango era mucho. Estaba deseoso por enfrentarse a su padre. En el fondo tenía vivos deseos de conocerle y también de disfrutar los encantos del campo, de los que solo había oído hablar. Ahora tendría esa oportunidad.

Después de vencer el último tramo encontró la casa. Desde que se fue acercando captó el ambiente de un hogar campesino. El perro fue el primero en recibirle, y mientras avanzaba, el animal arreciaba su ironía hasta no permitirle ni un paso más. De adentro, de los dueños, no aparecía nadie para atenuar la agresividad del can, y en ese conflicto pasaron cerca de quince minutos.

El joven decidió llamar, entonces se asomó una señora quien le pidió tranquilidad al animal; este disminuyó su ofensiva, sin dejar de mirarlo con desprecio. Cuando estaba a muy pocos pasos de la entrada salió un hombre, y displicente le preguntó:

—Saludo joven. ¿Qué se le ofrece?

—¿Aquí vive Pedro Noriega?

—Soy yo. ¿Usted me busca a mí?!

—Sí, es a usted a quien busco. Dígame si pudo llegar.

—Llegue, llegue.

Agustín se acerca, saluda y mira fijamente al hombre como si tratara de encontrar en aquel rostro algún parecido, algún gesto familiar, pero... Pedro le reafirmó su nombre y le brindó como asiento un banquito de madera medio flojo. El forastero puso la maletica en el piso, hizo el ademán de sentarse y se quedó de pie. La sequedad de la acogida le inhibió. Recobró el aliento, y de inmediato continuó su indagación:

—¿Sabe quién es Petrona Cartaya? ¿Alguna vez ha oído hablar de ella?

—Bueno, por aquí vivió una muchacha con ese nombre, pero hace muchos años, según supe, se mudó p'a La Habana.

—¿Usted la conoció?

—Más o menos, pero ya de eso nadie se acuerda.

—Ella tuvo un hijo, ¿usted conoció el papá del niño?

—¡Quién se acuerda de eso!

Mientras, Nereida, la esposa de Pedro que hacía algo en el fogón, intentaba escuchar la conversación. Cuando logró hilvanar las palabras que le llegaron, su rostro se transformó, no pudo disimular el enojo o quizá preocupación. Sin que la invitaran trató de incorporarse a la plática; el marido con un pretexto hizo que los dejara solos, era evidente, no quería que la mujer conociera los pormenores. Con una seña invita al muchacho apartarse del lugar, este se hace el desentendido, prefiere quedarse allí, la impaciencia lo consume. Pedro, en tono imperativo, le dice:

—¿Qué es lo que me quieres decir? No des más rodeos, acaba de hablar.

—Mire, Pedro, yo soy el hijo de Petra. Usted conoce esa historia y... también sabe quién es mi padre —miró fijamente al rostro de su interlocutor—. ¡Soy hijo suyo! —esperó—. ¿No se alegra de que haya venido a verlo, a conocerlo?

Agustín sintió una mezcla de alivio y desánimo, porque al fin había descubierto el propósito de su presencia allí y esperaba, más bien lo deseaba, una reacción de satisfacción del padre que recupera un hijo perdido. No fue así. Las palabras de aquel desamorado, ¿desalmado?, lo dejaron sin aliento:

—¡Mira tú! ¡Yo pensaba que te habías muerto! Ella más nunca me dijo nada.

—Yo vine a trabajar para ganarme la vida haciendo lo que aparezca y ayudarlo en lo que le haga falta. Bueno... si usted me deja. Estoy en la calle, no puedo vivir con mi mamá.

—Oye, aquí no tenemos condiciones, esto está muy malo. Malo de verdad.

Al muchacho se le notaba la tristeza en el rostro y las palabras que articuló, más que dirigidas al padre parecían un monólogo interior:

—Pensé que cuando supiera que yo era su hijo se iba a poner contento.

Un rotundo silencio se apoderó del espacio. El hombre ni se inmutó, daba la impresión de que obviaba el parentesco, lo consideró como alguien que pide ayuda, nada más. Dentro de la casa Nereida se mantenía en vilo. ¡Al fin, las palabras aparecieron! Fue Pedro quien habló:

—Bueno, si tú quieres, vamos a probar, pero te repito, esto no es el pueblo. Aquí es muy duro y tú no estás acostumbrado. No hay ni donde dormir. ¿Tú trajiste hamaca?

—¿Hamaca? No, no traje.

—Ayer vi por ahí un saco de azúcar prieta de los grandes. Vamos a buscarlo. De él se saca una buena. ¿Sabes dormir en hamaca?

—Sí, he dormido otras veces en hamaca —mintió.

—¿En qué dormías allá?

—En cama, en qué va a ser.

—Eso es lo de menos, se aprende, enseguida te acostumbras, igual que a los jejenes y a los mosquitos. Aquí hay plaga de todos esos bichos, el jején es peor porque se cuela por el tejido del saco.

Tales eran la frialdad e indiferencia de aquel hombre que Agustín experimentó tristeza y decepción, se

resistía pensar que no lo quisiera. Al menos se podía quedar, no deseaba regresar para La Habana.

En breve Pedro preparó la hamaca.

—Vaya, ahí tienes una cama, con amarradera y todo. Nada más que te faltan los horcones p'a atarla. ¿Quiéres probarla?

—Sí. ¿Cómo la probamos?

—Coge esa punta y amárrala de ese palo, yo ato esta a ese otro. Puedes dormir aquí en la cocina; si dejás unos troncos encendidos en el fogón a lo mejor te pican menos los bichos. ¿Amarraste bien? Bueno, probemos: acuéstate.

El muchacho cumplió la indicación. Cuando trató de mecerse una de las sogas se zafó y... ¡pum!

—¡Ay, mi espalda! ¡Tremendo golpe me di!

—Te pregunté si habías amarrado bien la sogá y me dijiste que sí.

El hombre actuaba como si estuviera al margen de la confesión hecha por el muchacho; y en este aumentaba la tristeza.

—Bueno, Agustín, ¿así me dijiste que te llamas, no?

—Agustín Noriega Cartaya. ¡Noriega es su apellido!

—Pedro no respondió a la insinuación. De inmediato cambió el asunto:

—Seguro no has comido nada desde ayer. Déjame decirle a Nereida p'a que te haga un huevo con yuca. ¿Te gusta la yuca? Aquí no hay mucho que escoger. ¡Esta mujer cuando ve gente extraña se pone azor'á y como asust'á.

En el camino hacia la cocina Pedro le pidió al joven que no le dijera nada a Nereida del porqué estaba allí, y le aseguró que él se lo diría después. La mujer tenía el rostro muy serio y su mirada era inquisitiva. Quizá eso obligó al marido a revelar el secreto:

—¿Nereida, este muchacho se te parece a mí? Dice que es hijo mío.

La mujer, que algo había logrado escuchar, respondió:
—Ojalá tú te parecieras a él. Pero... tú nunca me habías dicho que tenías un hijo rega'ó —el tono era de reproche—. Mira, anda por ahí por los nidos a ver si encuentras un huevo. Hoy no he sentido cacarear a las gallinas.

Pedro, diligente salió a cumplir el encargo. En la cocina se había levantado una barrera silenciosa entre Nereida, quien trajinaba delante del fogón sin levantar la vista, y Agustín, quien no se movía en el banquito donde se sentó por temor a caerse, pues estaba medio desarmado. Pedro regresó rápido y con las manos vacías, lo cual intranquilizó al muchacho, pues el hambre que sentía era tremenda.

—Nereida, los nidos están vacíos, solo la guanaja tiene un huevo.

—Trae ese mismo. Y hay que estar al tanto porque si ella abandona el nido habrá que seguirla de nuevo.

Agustín, sin palabras, le dio las gracias a la mujer por su decisión. Cuando la yuca estuvo blanda Nereida le sirvió en un plato de metal abollado y se marchó, Pedro salió detrás. Con el hambre aliviada el muchacho se subió a la hamaca, no se movió por temor a llevarse otro trastazo. El cansancio era mucho y el sueño lo venció.

Con el canto de los gallos comenzó el trajín en el humilde bohío. Con poco en el estómago Pedro y Agustín, guataca en mano, comenzaron la faena; se limpiaba la tierra de malas hierbas, en este caso la llamada hierba española que crece entre las plantaciones, muy difícil de arrancar por sus raíces profundas y duras. Sin explicación alguna el padre le señaló el surco que debía guataquear y al lado comenzó el suyo. Cuando el guajiro llegó al final el ciudadano iba por la mitad. Con ese mismo ritmo continuaron.

Agustín tenía la ropa empapada, el sudor le corría por todo el cuerpo; las piernas del pantalón eran una mezcla fangosa, cada vez que halaba la guataca arrasaba la tierra hacia sí. Se empeñaba en alcanzar al padre, ¡era imposible! No sabía guataquear, nunca lo había hecho. Por orgullo y dignidad insistía, pero no podía, el esfuerzo era descomunal, se sentía agotado en extremo. Miraba al padre y este aparentaba no darse cuenta. Cuando el sol estuvo bien alto Pedro, molesto, habló:

—Muchacho, no te ganas ni pa'l desayuno. Ayer me dijiste que venías a trabajar y a ganarte la vida haciendo lo que hiciera falta. Vamos a ver: yo tengo dos carriles terminados más que tú. Y además de no avanzar, eso que vas haciendo no sirve. ¡No te das cuenta que estás dejando la hierba viva! Mire compay, con ese tamaño y ese cuerpazo que usted tiene puede ir parejo conmigo. El joven calló por pena y también porque le faltaban las fuerzas. El padre pareció comprender. Conciliador le dijo:

—Agustín, vámonos que el “rubio” está fuerte y hace mucho calor. Sudaste como si hubieras hecho diez surcos. Vamos a ver si hay algo de almorzar en la casa.

El muchacho no respondió, era cierto que el sol estaba fuerte y había contribuido a su deplorable estado, pero su falta de habilidad con aquel maldito apero de labranza era la responsable fundamental. Dejaron los instrumentos al lado de una mata de plátano. Pedro intentó establecer un diálogo sin éxito alguno. Agustín a pesar del cansancio pensaba en su situación. De pronto hizo una pregunta que sorprende al padre:

—¿Aquí hay otro tipo de trabajo?

—¡Sí cómo no! Hay chapea de marabú y otros matojos, corte de caña, hacer carbón y picar piedra p'a entregar a Obras Públicas.

Agustín desconocía todo respecto de esos trabajos, incluso nunca había visto una mata de marabú, pensó que podría hacer otra cosa donde no tuviera que manipular la dichosa guataca. Por eso preguntó:

—¿Este que estábamos haciendo ahorita es el más malo de todos, verdad?

El padre le responde con ironía y un poco molesto:

—Sí, este que estamos haciendo es duro, es muy pesado. Mira como te pusiste, ahora cuando pasemos por el río te tiras con ropa y todo, la exprimes y subes enseguida p'a almorzar. Por la tarde te voy a llevar al corte de marabú ¡p'a que veas una cosa bonita! ¡Ah, eso sí!, tiene sus cosas, p'a entrarle al marabú el machete tiene que estar cortante, bien afilado y te puedes cortar una pata. ¡Hay que saber!

Agustín se preocupa porque tampoco ha utilizado un machete en su vida. “Será que perdí mi viaje. Este hombre no se interesa por mí”. Así pensaba mientras caminaba. Al llegar al río se tiró, le quitó un poco el fango a la ropa, la exprimió, la dejó orearse e inmediatamente se la puso. Los pensamientos volvieron cuando avanzaba hacia la casa: “Este hombre no me trata como a un hijo. No me enseña a trabajar y se burla de mí”. Al llegar a la casa oye una conversación de sus moradores:

—Nereida qué vas a poner de almuerzo.

—Harina de maíz sola porque las gallinas no han puesto y la guanaja abandonó el nido.

—Bueno, prepara también dos jarros de agua con azúcar.

—Azúcar no hay, tú no me dejaste con qué comprar, y sin huevos no puedo buscar.

Agustín no entiende y pregunta:

—¿Qué tienen que ver los huevos con el azúcar?

Nereida le explicó que ella lleva huevos a la bodega y los cambia por algunos productos. El marido le dio unos centavos para que buscara el azúcar mientras la harina de maíz se cocinaba. El joven preguntó cómo se llegaba al comercio y se brindó para ir. Por el camino contó el dinero que le quedaba después de viaje y decidió comer algo, pues sabía que un poco de harina no saciaría su apetito. Compró un buen pedazo de pan con mantequilla y pidió le pusieran unas ruedas de mortadella. Saboreó el manjar y su estómago quedó satisfecho. De regreso:

—Nereida no tengo hambre solo tomaré el agua con azúcar.

—Pero con el esfuerzo que hiciste en el campo cómo no vas a tener hambre. ¿Comiste algo en la bodega?

—Sí, comí una bobería y no tengo hambre.

El incidente desató la tormenta entre padre e hijo. El primero quiso demostrar su poder, todos bajo su techo tenían que cumplir su voluntad, él mandaba, era el dueño de la casa y de sus moradores. El segundo, resentido como estaba por la falta de familiaridad de su progenitor, rompió lanzas.

—Pues hiciste muy mal, ahora se queda la harina en la mesa —acotó Pedro en forma descompuesta.

Nereida quien conocía de sobra a su marido, conciliadora y en tono bajo, intervino:

—Pedro, eso no es problema, a lo mejor no le gusta la harina.

—¿Ningún problema, Nereida?! Tú sabes muy bien que en esta casa se come lo que se pone en la mesa. Y si hay vianda con manteca, ¡se come vianda con manteca sin chistar! Yo no sé cómo es allá en La Habana. Yo sé cómo es aquí.

—Mire, papá, yo vine aquí porque mi mamá me dijo: “Ve, a lo mejor él...” Además, yo quería conocerle y ver

si usted hacía algo por mí. Pensé encontrarme a un padre que me acogiera, sobre todo ahora que estoy en la calle. Aparte, yo respeto a todo el mundo y usted me está faltando y ofendiendo desde el mismo momento en que le dirigí la palabra. Usted podrá ser mi padre, pero también debe respetarme.

—¿Muchacho, tú vas a venir de tan lejos a echarme guapería?

—No se trata de echarle guapería. Se trata de ponerlo en su lugar porque usted no me ha recibido como lo hace un buen padre, también parece que aquí usted le mete miedo a la gente. Sepa que a mí nadie puede meterme miedo, y sin razón, menos aún.

—Muchacho, muchacho, te estás enredando por gusto en las patas de los caballos; aquí los hombres me respetan. Yo no espero mucho p'a romperle la cara a cualquiera. No sería ni la primera ni la última...

Agustín estaba decidido a enfrentar lo que fuera, pero la decepción era tanta que:

—Yo le expliqué que dejé La Habana en medio de una situación grave. No tengo donde vivir y vine al lado de mi padre con la idea, al menos, de que me tendiera la mano, no para exigirle cariño. Ya veo que me equivoqué, de usted no puedo esperar nada.

—Lo que parece es que allá en La Habana, los muchachos les pueden hablar a los hombres de igual a igual.

—Mire, ahora mismo me regreso para La Habana, y me voy triste porque vine con la esperanza de que usted, de que usted... —un sollozo le interrumpió las palabras.

—¡Yo no me aflojo con lagrimitas! —dijo Pedro en tono amenazante.

—Me voy, me voy lo antes posible para evitar... ¿y sabe por qué? porque me arrepiento de haberlo cono-

cido. En estos momentos me dan deseos de cobrarle el abuso, la injusticia que cometió con mi madre: le hizo la barriga cuando solo tenía dieciséis años y no quiso saber más de ella. ¡No supo ser hombre! Eso es un crimen, ¡un crimen, Pedro Noriega! ¡Usted no tiene sentimientos! ¡Usted es un ser despreciable!

Pedro, con gesto amenazante y prepotente, se puso de pie. Agustín se acercó al fogón donde ardía un trozo rollizo de leña de medio metro de largo, le pasó la mano por un extremo; con la expresión de su rostro le advertía al alardoso que ese podía ser su arma para defenderse en caso de ataque. Su cuerpo con músculos bien ejercitados y su mano peligrosa por su condición de atleta eran elementos disuasivos. Asumió esa actitud más bien para abortar cualquier iniciativa violenta del padre, a quien le advirtió:

—Fíjese una cosa, si se atreve a ponerme una mano encima se la corto, ¡se la corto! ¡No estoy jugando! Yo tengo más “pantalones” que usted. Pedro Noriega, usted es una mierda, y el apellido ese de Noriega que arrastré hasta hoy me lo voy a quitar para ni siquiera recordarle. ¿A usted nunca le han quemado la cara con un leño encendido? ¡Si quiere que se la queme y lo desfigure, atrevase a tocarme!

Sin perder ni un segundo más, Agustín se echó al hombro su humilde maleta, y entre pensamientos desgarradores se propuso retornar a la inmensa capital de Cuba. Pero..., ¿para qué parte de esa convulsa ciudad? si él no tenía ni casa ni asilo ¡ni dónde dormir! En medio de ese dilema actuó como un autómatas, no reparó en el camino ni de cuando subió al ómnibus.



Nuevas experiencias



Todo fue pasando y quedando atrás: carretera, árboles, casas, valles..., y también injusticias, pero la herida que llevaba en su corazón por el desamor de su padre era demasiado profunda. No podía entender ni perdonar a quien le dio la vida por azar.

No pudo dormir durante el viaje, nada más pensaba en cómo desafiar la vida en lo adelante. Concluyó con mucho pesar que se hallaba más solo que nunca y que debía abrirse paso por sí mismo. Sin apenas darse cuenta había llegado a su destino. Era de madrugada y decidió ir donde su mamá, al menos por lo que quedaba de la noche.

Emprendió el recorrido en un ómnibus local. Muy cerca de la casa desistió. Se imaginó que le abriría el marido de Petra o que esta le prohibiría la entrada porque dentro estaba el hombre. Cualquiera de las variantes le ofendería demasiado. Él no estaba preparado para eso y optó por sentarse en un banco del parque para esperar el amanecer.

Tuvo tiempo suficiente para pensar. La losa fría del asiento y el sereno de la noche fueron aliados del raciocinio. Tomó una de las decisiones más difíciles de su vida. Después de una mirada relampagueante, dolorida y profunda, inspiró hasta llenar el último rincón de sus pulmones, ratificó que no se trataba de un sueño, sino de su realidad y no era momento para juzgarla de triste

o penosa. Comprendió que la vida impone pruebas incluso a los más débiles y desamparados. “Con sufrir o llorar no se arreglan estas situaciones y se impone vivir, luchar y seguir adelante”. Así determinó: “No puedo rendirme, hay casos peores”.

Recursos para surfear en el más fiero oleaje no le faltaban. Había burlado catástrofes más de una vez gracias a su valor y deseos de triunfar. Estaba seguro de su espíritu y fuerza física. Poco antes de marcharse del asilo leyó *Ángeles mediadores*, fabulosa historia donde un niño muy humilde inventó la máquina más grande y creadora del universo.

El encantado ingenio esparcía a voluntad: cordialidad, amor, alimentos, entre otras bondades, en el lugar que se le ordenara. La obra multiplicó su ya fuerte espíritu, le entregó muchos recursos para sobreponerse a las dificultades y le resultó utilísima porque la leyó en un momento crítico de su existencia.

La entereza de Agustín pudiera resultar incomprendible, ¿cómo es posible que un ser tan impúber, sin deuda de ningún tipo con el prójimo, tenga que sufrir tanto y sacar fuerzas de sus fantasías para resolver problemas tan complicados? ¿Pudiera pensarse que la naturaleza es injusta en ocasiones? En él siempre latió, desde muy pequeño, un corazón grande y lleno de ilusiones. Por esa forma de ver la vida practicaba, tal vez sin darse cuenta, la filosofía de vivir, luchar y seguir adelante.

Sin idea de cómo comenzar se dejó guiar por el azar. Las horas del día y de la noche le iban diciendo qué hacer en cada momento y para su teatro de acciones escogió el entorno de la plaza de Marianao; este lugar era un hervidero de personas lo mismo a pie que en vehículos e incluso, en carros tirados por animales.

Una fuerte actividad comercial caracterizaba esta zona capitalina allá por la década de los cuarentas.

De allí no se movía. Con los claros del día se le veía haciendo algo que le diera para sobrevivir con dignidad, sin delinquir: acopiaba desechos reciclables que después cambiaba por dinero, comida u objetos útiles; limpiaba patios; lustraba zapatos; vendía viandas por la calle... También explotaba sus cualidades artísticas, pues cantaba y recitaba en las guaguas y en lugares específicos, de lo cual a veces obtenía mejores dividendos.

Tarde en la noche se acomodaba como podía sobre rígidos cartones, lo mismo en un sótano, que en algún portal. Siempre trataba que fuera lo más oculto posible, la vergüenza lo obligaba. A pesar de sus pocos años y de ser asediado por traficantes de drogas, nunca robó ni consumió sustancias prohibidas. ¡Así era de íntegro!

En su andar por Marianao y por su afición al béisbol se daba sus escapaditas hasta el campo de pelota. En ocasiones lograba jugar, el señor Valdés quien se dedicaba a la caza de talentos para pasarlos al deporte rentado tenía su propio equipo y lo captó. Agustín empezó a relacionarse con jóvenes en su mayoría humildes como él, quienes recibían un fuerte entrenamiento. Competían con agrupaciones de prestigio por consiguiente los espectáculos tenían calidad y atraían mucho público. Cuanto más calidad más dinero recibían.

De esa forma comenzó a ser reconocido por sus cualidades deportivas. Se destacaba, tanto a la ofensiva como a la defensa. En Marianao existía una verdadera pasión por los deportes, en especial por el béisbol, y cuando el jovencito salía al campo lo vitoreaban. Comenzaron a llamarle Thompson, por cierto parecido físico con un famoso pelotero americano de las Grandes Ligas, pero sin duda por los resultados deportivos que mostraba.

El dueño del equipo lo consideraba un magnífico pelotero y lo colocó como regular. En correspondencia con sus resultados le pagaba el doble por cada juego. Como las actividades se desarrollaban casi todos los domingos las condiciones de vida de Agustín mejoraron. También el señor Valdés le mostró gran aprecio e hizo todo lo posible para encaminarlo. Intentó catapultarlo al profesionalismo, con lo cual ganaban ambos. Un día le dijo:

—Mañana te espero para que subas al equipo profesional Marianao.

Valdés citó también a dos muchachos muy buenos aunque Thompson era superior. Iniciarían un entrenamiento continuo durante algunos días antes de presentarlos a los encargados del equipo profesional. Cada jugador debía entregar cien pesos para los gastos imprescindibles: trajes, guantes, albergue..., pues aquel hombre no era millonario sino que vivía de ese negocio. Thompson no pudo conseguir el dinero; lo pidió prestado, pero...

Los otros dos jóvenes sí asistieron a la convocatoria. Recurrieron a formas fraudulentas para acopiar los billetes necesarios, uno de ellos los robó, al otro le faltaban veinte pesos y Thompson se los dio. Lograron entrar al profesionalismo y comenzaron a ganar buenas sumas de dinero. Pasados unos cinco meses el joven, agradecido por la acción desinteresada de Agustín, le entregó cien pesos.

Los triunfos en el béisbol: sus batazos, la barrera defensiva que tendía en el campo corto... y la elegancia con que lo hacía, le ganaron muchos admiradores, quienes se les acercaban para conocerlo; algunos ya sabían de la afición por la música y la declamación de este amateur del equipo de Valdés y por eso lo vitoreaban y gozaba de determinada fama.

Lejos estaban esas personas de conocer las penalidades del estelar jugador. Así le ocurrió a Joel, un contemporáneo matancero. Este con insistencia trataba de estrechar relaciones, pero Thompson no mostraba interés. Él no podía, como otros deportistas, en el calor de un hogar departir con familiares y amigos y saborear las buenas jugadas, las combinaciones..., los aplausos y palabras de reconocimiento.

El fan veía en el pelotero una persona muy superior; tan joven y popular suponía que también era muy dichoso, hasta sentía deseos de tener sus méritos. Tras cada juego acudía a darle la mano y a felicitarlo, mas no se conformaba, quería conocerlo mejor, saber dónde y cómo vivía, con quiénes alternaba, en fin, todo. En ocasiones lo siguió disimuladamente, pero Thompson se daba cuenta, entonces avanzaba en zigzag; en un abrir y cerrar de ojos se le perdía, aunque estaba convencido de que aquel joven era de origen humilde como él, pretendía ocultarle su condición de sin techo.

Joel no se dio por vencido, se le pegó más al deportista, la amistad se fue consolidando. Un día le pidió conocer dónde vivía. Agustín no pudo evadir más el asedio y acordaron que el siguiente domingo después del juego lo llevaría. Ocurrió que, el día preciso, el tiempo se descompuso, la lluvia era fuerte y el juego se suspendió, Joel solo atinó a correr hacia el sótano de una casa abandonada donde dormía, con la intención de proteger sus escasas pertenencias para que no se les mojaran. Se mudó para un lugar más resguardado, le siguieron otros que también pernoctaban allí.

Cerca de las nueve de la noche decidió acomodarse sobre unos cartones que había logrado preservar de la humedad. En ese instante reparó en una silueta no familiar en aquel entorno la cual extendía también

cartones para dormir. El mechero que le ayudaba a paliar la oscuridad proyectaba una luz muy pobre y no pudo advertir los rasgos. Se durmió pensando en su ídolo del béisbol, pues aquella figura se le parecía muchísimo.

Durante esa noche no escampó y el frío los golpeó sin consideración. Al amanecer Joel se levantó primero que los demás y examinó las condiciones de sus compañeros de infortunio. La sorpresa le inhibió: de un rincón se incorporaba en su camastro el mismísimo Thompson. Disimuló no haberlo visto, pero era evidente, este se le acercó, le dio la mano, y sentados en el piso comenzaron una conversación. Se contaron sus penas. Es muy posible que la desgracia contribuyera a que se identificaran más.

A partir de entonces la amistad fue más sólida. Encontraron otro sótano, La Cueva, como ellos le llamaron, cerca de la plaza de Marianao, con mejores condiciones, incluso tenía una llave con agua permanente, y decidieron mudarse para allí. Compartieron el infortunio como dos hermanos, sufrieron los rigores del invierno, de la lluvia, del viento y los insectos.

Continuaron las mismas labores que hasta ese momento desarrollaban. Se ayudaban en cualesquiera circunstancias, cuando uno enfermaba el otro le atendía, lo cual ocurría con más frecuencia en la estación de invierno por la humedad y el frío que se agudizaban con la losa del piso donde dormían. Esas terribles noches compartían periódicos y sacos de yute para taparse.

En una ocasión alguien le propuso a Joel un negocio interesante y esperó el regreso del amigo para invitarlo a que se le uniera:

—Oye, Thompson, te quiero proponer un trabajo. Yo sé que tú también estás escacha'o. La pelota no da

nada y tus cantos ambulantes tampoco. Hay un tipo ahí que compra cualquier cosa: papel, cartón, chatarra, huesos; lo que aparezca. Si cada uno pone diez pesos para conseguir un carretón, recolectamos esos desechos y se los llevamos al hombre. Piénsalo y mañana me dices.

Así lo hicieron, trabajaban de lunes a viernes; los sábados y domingos Agustín los dedicaba a sus entrenamientos y juegos de pelota, pues trataba de no perder su forma física. Durante varios meses les fue bien con el negocio. Un día el hombre trató de estafarlos, hasta ese momento duraron las relaciones, la bronca fue bastante peliaguda.

Pese a todo, la vida les era más llevadera aunque hubo desavenencias entre ellos. Por suerte la integridad de Agustín salvó la situación. En una ocasión Joel le propuso a su compañero probar un polvo que provocaba un letargo agradable. Este recordó enseguida la advertencia repetida muchas veces por el anciano Murillo, de cómo se inician los adictos a las drogas. Y alarmado le preguntó al muchacho:

—¿Dónde compraste ese polvo?! ¿Cuántas veces los has usado?!

—Un conocido me lo ha regalado tres o cuatro veces. No tiene sabor, es medio blanco y cada vez lo siento mejor. Te da un embelesamiento riquísimo, te olvidas de todo. Te lo voy a conseguir para que pruebes. ¡Te va a gustar, ya verás!

—¡Eso es droga! Si quieres seguir siendo mi hermano, como tú dices, jamás me propongas eso. Estás cayendo en una trampa fatal. Eso te atrapa y más nunca lo puedes dejar, te convierte en un mamarracho, en un baboso que todo el mundo desprecia. Quien te la regaló sabe lo que está haciendo, así empiezas y luego cuando te vuelvas dependiente entonces se la tienes que pagar

al precio que te diga. Para tu bien, te lo digo con sinceridad, si no te dejas de eso no somos más amigos.

Joel se alarmó, le prometió no hacerlo más, y lo cumplió. La unión entre ambos se fortaleció. El siguiente día, sábado, Agustín se levantó temprano y, como otras veces, se encaminó hacia el río Pocito en las afueras del poblado de Marianao para lavar su ropa. Se bañó y puso a secar sus prendas sobre las matas de aroma que abundaban en una de las orillas del conducto de agua. Se quedó escondido, en cueros. Cuando el sol hizo su trabajo se vistió y marchó a su rutina de fin de semana.

Los dos jóvenes continuaron su vida como hasta ese momento. Una noche, cuando los bostezos llegaban y los párpados pesaban toneladas, Joel se recordó de un recado que debía darle a Thompson, pero el sueño lo vencía y el malestar de la fiebre provocada por un fuerte catarro le impedían hablar con coherencia. Casi dormido le dijo que al día siguiente le diría de qué se trataba y que era muy importante.

—¡Cómo si es tan importante vas a dejarlo para mañana! —le dijo Agustín, quien preparaba su camastro como a cinco metros de su amigo, pues allí se cubría mejor del frío—. Yo no puedo dormir con esa intriga, Joel. Dímelo, dímelo ahora mismo. Por favor, yo sé que te sientes mal, pero haz un esfuerzo. Mira, tómate ese cocimiento de hojas y cáscaras de naranja que te hice. Ahí lo tienes sobre un ladrillo.

El amigo hizo un esfuerzo. Con la voz entrecortada le transmitió:

—Arturo te dejó dicho que los Núñez, de la tienda La Victoria, andan buscando un mensajero joven y fuerte. Él les habló de ti, y ellos quieren que los vayas a ver.

—Ya ves, esa es una buena noticia. Mucho mejor de lo que tú te imaginas. Gracias, muchas gracias. Ahora

duermo tranquilo y mañana temprano voy hasta allá. Y tú duérmete que te eché encima otro saco para que no tengas frío. Tómate el cocimiento que te dejé ahí.

—Sí, porque estoy temblando.

Agustín se levantó antes de lo acostumbrado y después de tocarle la frente a Joel para comprobar si la fiebre había cedido, salió al encuentro de los Núñez. Aunque prefería llegar primero que los demás convocados no se apuró. El cielo amaneció encapotado y las nubes no dejaban que el sol apareciera; esto lo desorientó un tanto, pues a falta de reloj, había aprendido a conocer la hora aproximada según la posición del Astro rey. Había andado pocos metros cuando pensó que debía apresurarse, apuró el paso, al llegar aún estaba cerrado, pero muy pronto se vio frente a uno de los dueños. Entonces se presentó:

—Buenos días, señor Núñez, vine a verlo porque me dijeron que usted se interesa por un joven para mensajero. Ese joven que usted necesita soy yo.

—Ya tengo uno. Llegaste tarde..., y es más fuerte que tú —no era verdad—. ¿Cómo te enteraste?

—Con un muchacho que se llama Arturo. Los dos jugamos pelota con el mánager Valdés, el *Guagüero*.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Bueno, a mí todo el mundo me dice Thompson, pero en realidad me llamo Agustín.

—¿Tú eres Thompson el pelotero de Valdés y el que canta por bares, cantinas...?

Núñez se echó a reír e hizo un gesto como quien ha descubierto algo curioso.

—Ese mismo, señor. ¿Y no tiene otro trabajito por ahí? Mire que la cosa está mala y no hay ni para comer.

—Tú eres un mulato dichoso —le dijo Núñez, en tono de jarana—. Mira, me vas ayudar aquí en el almacén

— y después te hago mensajero. El muchacho que puse no es habilidoso y necesito uno que sea vivo. Si te conviene por cinco pesos a la semana, de lunes a viernes y medio día el sábado. También te doy el almuerzo, pero por la noche comes en tu casa. Puedes empezar el primero, hoy estamos a veintinueve y este mes trae treinta y un días. El próximo martes.

Fue tanta la alegría que el muchacho dio un salto cuando aquel hombre acabó de hablar. No lo podía creer. Devengaría un salario y además, digno para el momento que se vivía. Solo atinó a decir:

—Muy agradecido señor, muy agradecido. Ya verá que no se va arrepentir de haberme dado esta oportunidad.

—Mulato, sin conocerte bien he disfrutado mucho de tu desempeño en la pelota: de cómo te mueves en el campo corto y de tus batazos. Tienes buena sangre para ese juego. Bueno Thompson ya sabes, el martes a las ocho aquí, ¡y te pondré de mensajero! Tengo una bicicleta con un cajón grande adaptado a la parte delantera. ¿Te conoces bien los alrededores de por aquí? Si no, tienes tiempo de recorrerlos en estos días antes de empezar.

—Los conozco cuadra por cuadra. El martes estaré puntual, señor Núñez.

Las circunstancias quisieron que ese día, terminada la conversación con el señor Núñez, en el mismo portal de La Victoria se encontrara con su madre. Desde que partió para Ranchuelo hacía un año, no se habían vuelto a ver. Ella confiaba que su hijo estaba con el padre en aquel pueblo, por eso se sorprendió mucho. El tope fue fortuito, pero los dos sintieron alegría y se abrazaron.

Petrona lo invitó a desayunar y así pudieron conversar largo rato. Agustín le contó del desagradable encuentro con su progenitor, el porqué no la había bus-

cado, la forma en que se ganaba la vida, dónde vivía, y concluyó con la noticia del nuevo trabajo. La madre mostró preocupación por la vida ambulante que llevaba su hijo, sin embargo se consideraba incapaz de hacer algo favorable por este. Sintió alguna tranquilidad al percatarse de que el muchacho se proyectaba con seriedad. Entonces le aconsejó:

—Hijo, ya eres un hombre y solo te pido que no te juntes con gente maleante, que no pruebes drogas y tengas cuidado con las enfermedades que cogen los hombres cuando andan con mujeres de mala vida. Un día de estos te voy a dar una buena sorpresa. Yo te quiero y me alegraría mucho ayudarte, pero la vida es adversa. ¡Vamos a ver!

—¿Mamá por qué tú sabes que un día de estos me vas a dar una buena sorpresa? ¿Es que voy a vivir contigo? Tú sabes que eso es lo que más quiero, lo que más necesito.

—No, no te puedo adelantar nada. Tengo planes y no he dejado de prepararme. Ya soy especialista en cocina francesa moderna y en repostería. También pasé unas clases de cocina internacional. Ya puedo dar clases.

—A mí también me gusta leer y aprender, pero desde que salí del asilo no he podido coger un libro en mis manos. De la forma en que vivo ni ropa puedo tener, no tengo donde guardarla ni cómo lavarla. Echo de menos los libros de aquel lugar.

—Algún día, hijo, quizá, como dice el dicho, más temprano que tarde, te dé la buena sorpresa. No pierdas la esperanza.

—Esa es la que nunca he perdido, mamá, y pienso que por no haber extraviado la fe es que tengo resistencia para vivir como vivo. Nadie como yo tiene idea de lo dura que es la existencia de un indigente.

Un silencio se apoderó del ambiente que se rompió con la voz quebrada por la emoción del muchacho:

—Los momentos más tristes son cuando te cala el frío del piso mugriento sin una colcha para taparte, a veces hasta tienes fiebre y el estómago vacío. Esa realidad conduce a muchos a robar, matar y ser indiferentes ante la vida. A pesar de todo, yo...

No pudo continuar, el llanto le ahogaba, lloró sin consuelo. Petrona se turbó, no sabía qué decir. ¡Al fin se repuso!

—Ya hijo, no sigas que me partes el corazón. Tú no te imaginas cómo sufro esto. Por eso el día que la suerte me ayude será poco darte hasta el último centavo que me gane. Yo te quiero hijo mío. Te quiero, aunque pienses que no. Mira, yo pensé que este hombre que está conmigo, Antonio Díaz, me iba ayudar ampliar el cuartico, pero no acaba de desenvolverse. Hace poco hablamos de ti, y como tu apellido paterno no es oficial, él me dijo que si tu papá no te inscribía podíamos hacerlo con el suyo. Hay gente que no es mala, pero no sabe encaminarse, él es de esos.

El amor que los unía, aun cuando parecía raro y hasta distante, era amor, se querían, y aunque se buscaban poco, se necesitaban. Los lazos sanguíneos a veces son muy fuertes. Por eso cuando se encontraban se trataban como lo que eran, madre e hijo. De este contacto se despidieron con tristeza. Ella le puso un dinero en el bolsillo de la camisa. Sin decir palabras cada uno tomó su rumbo.

Al amanecer del lunes Agustín convidó a Joel para irse al río, necesitaba lavar la ropa, pelarse y estar lo más presentable posible para comenzar el martes su nuevo trabajo. A su amigo le agradó la idea así aprovechaba el viaje para pescar langostinos, lo cual le re-

sultaba fácil porque lo aprendió muy bien en Matanzas donde nació. Cuando iba a Pocito con Thompson siempre traía ocho o diez de estos crustáceos, los asaba y disfrutaban del banquete.

Como lo habían calculado, cumplieron todo lo previsto y regresaron. Asaron seis langostinos grandes, les echaron aceite y sal y los comieron con pan acompañados de refresco. Ya algo oscuro salieron a dar una vuelta, regresaron temprano. Agustín quería dormir para estar descansado en la mañana y presentarse en La Victoria con buen aspecto.



Trabajador asalariado

Bien temprano se compuso lo mejor que pudo, lo animaba una gran alegría porque sabía que tener un empleo por esos tiempos era un premio. Con ese entusiasmo se personó en el almacén. El comerciante ya lo esperaba, le entregó una relación de direcciones previamente seleccionadas, algunas correspondían a clientes ya establecidos y otras a familias a las cuales se les invitaba para integrarse a una nueva forma de servicio del establecimiento comercial, para eso puso en las manos del muchacho un paquete de sobres de carta.

Le orientó que en cada una de las casas debía presentarse como el mensajero de La Victoria y en las señaladas entregara un sobre. Le comentó que de esa forma pretendía sumar clientes, pues a través del escrito les hacía saber de la novedosa oferta. Para que Agustín supiera la importancia de su tarea y la cumpliera con todo el rigor que merecía, tomó uno y le dio lectura:

Señor, señora:

Los almacenes La Victoria están en condiciones de llevar a su domicilio las mercancías que comercializamos sin que se alteren los precios de estas. Nuestra entidad le facilitará esos trámites y el pago de los productos consumidos y el servicio les serán reportados al final de mes a través de un certificado de pago.

¡La Victoria a favor de su mayor comodidad!

Teléfono: 25710

Gracias

Los Núñez

Agustín quiso saber:

—¿Señor Núñez, yo me encargaré de hacer ese servicio?

—Exactamente. Por ahora en esa bicicleta y muy pronto lo haremos en una moto con una jaula adaptada. Además, quiero advertirte algo: este tipo de servicio a domicilio puede ser muy beneficioso y exitoso a la vez, pero depende mucho de tu desempeño, de tu honradez y respeto a este establecimiento y al cliente. Desde luego que tu salario será de cinco pesos semanales, y en un futuro..., a más ventas mayor salario.

El muchacho cumplió su primera labor con eficiencia. Día tras día desarrollaba las entregas sin presentar dificultad alguna. Era ágil, avisado y también de respuestas rápidas y precisas. Como había leído bastante contaba con un vocabulario que impresionaba, más aún por no estar a tono con su estatus social.

Su corpulencia, a sus diecisiete años medía seis pies y pesaba ciento sesenta libras, que completaba con su modo de andar erguido, más su conducta sincera y el respeto con que trataba a todas las personas, hacían de él un individuo carismático y de fácil aceptación por los demás. Los clientes le tomaron aprecio. Los Núñez estaban satisfechos, pues los consumidores aumentaron y por consiguiente, las ganancias.

Con unos cuantos consumidores las relaciones fueron más amplias, y le despertaron otras curiosidades y preocupaciones. Mercedes Valdés y Pérez Oro y su hijo, Hugo Camejo Valdés, se contaban entre las familias que le mostraron buen aprecio y llegó a tener con ellos nexos cercanos.

Esta señora era una importante activista política del municipio de Marianao. Procedía del Partido Auténtico y se acogió más tarde a la fuerte corriente nacional del nuevo Partido del Pueblo Cubano, más conocido por Partido Ortodoxo. Y tenía vínculos con figuras importantes de la oposición en el territorio como Juan Manuel Márquez Rodríguez y Pastora Núñez González *Pastorita*, con quienes Agustín también se familiarizó

La buena presencia formaba parte del negocio. Los dueños resaltaban la figura de su empleado con un uniforme y le obsequiaron algunas prendas de vestir, quizá en reconocimiento por su responsabilidad en el trabajo. Le asignaron una taquilla para guardar sus pertenencias, así las podía mantener cuidadas. Con tan efímeras mejoras en su vida, tanto económica como en su vestuario, se apreció un cambio en su aspecto personal. Se sentía otra persona. Desde muy pequeño soñaba con vestir con elegancia y con llegar a ser dichoso.

Esos sentimientos le alentaban y le daban fuerza, incluso, en los momentos más difíciles y tristes de su existencia. Ahora tenía la certidumbre de que todo sería halagüeño para él. Un mendrugo de pan en la boca de un mendigo es como un premio, y esto fue lo que le sucedió a Agustín en esos tiempos de relativa bonanza. En esencia sus condiciones de vida no habían cambiado, aún dormía en los portales, no tenía un techo donde vivir y prácticamente estaba solo en el mundo. Aquello era un espejismo, todo podía cambiar de momento. ¡Y sucedió! Por suerte para mejor.

La familia del doctor Sampedro era cliente de La Victoria y estaba acogida al servicio de mensajería, la integraban además del señor, la esposa y dos hijas de dieciocho y dieciséis años, todos de sentimientos profundamente cristianos. Después de muchos meses de

trabajo Agustín comenzó a relacionarse con estas personas, quienes le fueron tomando aprecio.

El tema religioso era una constante en sus conversaciones, pues el muchacho, ya cerca de los dieciocho años, guardaba todavía en su memoria algunos pasajes de la Biblia y el Evangelio aprendidos en la casa de beneficencia. Es posible que esa coincidencia fuera la principal causa para un mayor acercamiento entre ellos. Desde el primer contacto que Agustín sostuvo con el dueño había quedado impresionado, fue un diálogo agradable:

—Dígame buen joven, ¿será usted el que nos traiga los mandados de casa de los Núñez?

—Sí, señor, un servidor suyo. Mi nombre es Agustín Díaz Cartaya, más conocido por Thompson, igual que el pelotero americano; es que yo juego pelota también, doctor.

Se nombró así porque después de la última conversación con su madre, usaba el apellido Díaz y el Noriega indistintamente. Desde que pronunció su sobrenombre aquel hombre lo comenzó a llamar por él, y la familia también.

—¿Estás bautizado con agua bendita, Thompson?

—Sí, cuando estaba en la casa de beneficencia me bautizaron un día, pero mis padrinos más nunca me hablaron de eso. Pienso que como eso allí es católico...

—De modo que eras de la casa de beneficencia. Ahí se aprende mucho y los muchachos son muy educados. Thompson, de todas maneras eres hijo de Dios. En la Iglesia católica, al pequeñín se le echa agua bendita sobre la cabeza para limpiar su alma y prepararle para ser igual que Cristo, a partir de ese día es cristiano. El Señor también recibió este sacramento de san Juan Bautista. ¿Qué idea tienes del Señor?

—Bueno, en estos momentos estoy bien apartado de esas cosas, doctor. Hace un tiempo vivo en condiciones que no me permiten practicar la fe.

—¿Dónde vives? ¿Vives con tus padres?

—Vivo cerca de aquí, pero no vivo con mis padres. Yo soy... estoy casi solo en el mundo, señor Sampedro.

—¡Qué interesante! ¡Cómo hay corazones nobles desamparados! Estarás intrigado, del porqué tantas preguntas; es que tus modales son de un joven educado, respetuoso, incluso religioso. Al principio creí que ibas a misa, que compartías las bondades de Dios, de la Iglesia. Además, eres un muchacho con distinción.

—¡Muchas gracias, doctor!

Los contactos continuaron, la familia cada vez más le demostraba afecto. Pasaron unos meses y el doctor Sampedro le hizo una proposición:

—Thompson, hace unos días Hortensia mi esposa y yo acordamos proponerte que vengas a trabajar como criado en esta casa. A vivir con nosotros. Aquí te trataremos con el afecto y el respeto que podemos brindar quienes profesamos con sinceridad la fe en el Señor. Desde luego, que por el camino pueden surgir otras alternativas y eso lo decidirá tu conducta. Te daríamos una mensualidad modesta porque no somos tan ricos como parece, tendrás comida y ese cuartico que ves allí con cama y otras comodidades. Es que necesitamos a alguien y creo que ese eres tú.

—La oferta es buena, me gusta. Cambiar el camastro donde trato de descansar todas las noches por esa cama es algo grande. Hace años no sé lo que es eso. Pero debo hablar con los Núñez y enseguida le respondo. Espéreme, doctor Sampedro.

—Tómate el tiempo que requieras, y no estropees las relaciones con los Núñez, pues son buenas personas.

Desde luego que, cuanto antes vengas para este hogar más inmediata será la paz del Señor en tu espíritu. ¡No lo olvides!

Agustín estaba decidido a dar ese paso, e irse a vivir a la casa el doctor Sampedro, pero le resultaba muy difícil plantearles a los Núñez que los dejaría por... Eso implicaba romper con todo un entramado establecido el cual funcionaba bien. Los clientes de La Victoria se sentían muy satisfechos del servicio a domicilio, y los dueños sabían que eso estaba motivado principalmente, por la eficiencia del mensajero quien, además, cooperaba en los almacenes de la tienda.

Ellos, aunque le extraían hasta la última gota de sudor, le daban un tratamiento aceptable y hacían planes para mejorarle el salario y las condiciones de trabajo. No obstante tenía que pedirles la baja y quería que no se enemistaran con él, que quedaran como amigos. Debía ser cuidadoso. Mientras, continuó su trabajo con la misma intensidad, trató de hacerlo mejor aún, tal vez con el ánimo de dejar una buena imagen. Pero no podía permitir que transcurriera mucho tiempo, le había pedido al doctor Sampedro que le aguardara.

Veló una oportunidad para hablar del asunto con quien correspondía. Esta se dio una mañana cuando esperaba que cesara un fuerte aguacero para cumplir con su tarea de mensajero. Uno de los dueños se le acercó, por suerte este era quien más se relacionaba con él, y sin pensarlo dos veces lo abordó:

—Señor Núñez, sabe, me da mucha pena lo que debo decirle, pero tengo que hacerlo.

—Acaba de decirlo, Thompson.

—Señor, tengo que dejarle el trabajo.

—¡Cómo que me dejas el trabajo! ¡Ahora menos que nunca! Si ya te voy a poner una moto cerrada para que repartas

la mercancía. Además, pensé en subirte el sueldo. Ahora no me puedes dejar. La gente está muy contenta contigo, te conocen, nosotros también. ¿Para dónde vas a ir?

—Me voy a trabajar con el doctor Sampedro, señor.

—Esa es una gran familia y en lo económico está bien, pero seguro no te va a pagar más que yo. Mira, tengo planes contigo y no quiero...

Agustín lo interrumpió, trataba de suavizar la conversación:

—Señor Núñez, yo tengo una persona que le puede convenir. Es un muchacho fuerte, serio y respetuoso.

—Eso no me preocupa, hay cantidad de personas que quieren trabajar, que están sin hacer nada —se quedó callado unos minutos—. Bueno, si estás decidido no puedo quitarte la idea. Ya tú eres un hombre, debes saber si el cambio te favorece. ¿Te favorece?

—Sí señor, y por eso lo hago.

Se pusieron de acuerdo, él traería al muchacho que lo sustituiría y en pocos días lo prepararía.

A la mañana siguiente, temprano, se presentó en la casa del doctor. Lo recibió la esposa quien le dijo que Sampedro no estaba. El joven le contó que ya había dejado el trabajo, por tanto podía venir con ellos cuando lo decidieran. Ella, muy apenada, le explicó que era probable que la familia se fuera a vivir un tiempo para Argentina, y que el esposo andaba en esas gestiones. Que se comunicaría con él por teléfono.

Agustín quedó en volver al siguiente día. Salió cabizbajo, triste porque de nuevo podía verse en una situación penosa. Tal vez sintiera más dolor porque el doctor le había dado absoluta seguridad en acogerlo y ahora se iba fuera del país. ¿Cómo era posible un cambio tan repentino?

Cuando avanzaba por la calle decidió que pasara lo que pasara no volvería a La Victoria. Su carácter no

se lo permitía. Le resultaba muy desagradable revocar lo pactado con el muchacho que quedaría por él, quien acogió la oferta con gran alegría, pues no encontraba trabajo y pasaba por una situación económica muy crítica.

Esa noche le resultó más larga que otras y estuvo acompañada de fuertes vientos y lluvia, sus efectos llegaban al sótano donde dormía. En tres ocasiones tuvo que cambiarse de lugar. La preocupación y el mal tiempo no lo dejaron dormir. Por más que se empeñó en apartar de la cabeza los malos pensamientos no lo pudo lograr, según le confesó a Joel. Tal vez vinieran a su mente momentos traumáticos pasados.

A las siete de la mañana, acomodó los atuendos de su “cama”, les puso un tablón encima y avanzó hasta la llave para lavarse la cara. El sol se elevaba resplandeciente, el cielo sin nubes parecía más azul que de costumbre y de mal tiempo nada. Era un buen día para salir de paseo. Al emprender la caminata rumbo a la calle prefirió hacerlo con el pie izquierdo, pensó que si todo en su vida le iba tan al revés, quizá con la tradición opuesta se podía enderezar.

Se tomó un café con leche y una papa rellena en el bar de Raúl. Estaba desesperado por llegar a la residencia para aclarar todo y saber qué iba a pasar en lo adelante, pero saboreó su desayuno, pues pretendía hacer tiempo para no importunar tan tempano a la familia Sampedro. Cerca de las nueve, como estaba a pocas cuerdas de la casa en la calzada Real, encaminó sus pasos hacia ella. Tocó el timbre, abrió el propio dueño y le invitó a pasar con la cordialidad y educación de siempre:

—Hijo de Dios, tú estás predestinado a formar parte de este hogar que es también del Altísimo. Ahora no nos vamos para Argentina, eso será dentro de cinco meses si Dios quiere. Por el momento todo sigue igual

y se mantiene nuestra propuesta de que vengas a trabajar con nosotros. ¡Bueno, si tú quieres!

—¡Claro que quiere! —dijo la esposa, quien se había incorporado a la conversación—. Nosotros también queremos. ¿Cuándo recoges tus cosas y vienes?

Agustín no lo podía creer, la alegría era tanta que habló atropelladamente:

—Hoy mismo. No tengo mucho que recoger para mudarme. Ustedes lo saben.

Sampedro precisó que para llevarse mejor debían establecerse ciertas normas, y le pidió que si no estaba de acuerdo con alguna o algunas debía decirlo en ese momento. Comenzó diciéndole:

—Esta casa se caracteriza por la armonía, la religiosidad y el respeto. Nuestra conducta es de absoluta obediencia a la fe cristiana. Nosotros dos somos la guía del hogar y las muchachitas son las flores del jardín, ellas se dedican a sus estudios, ¡a Dios gracias! Pienso que no es necesario hablarte de tu comportamiento dentro de esta casa, la lógica te dice qué se puede y qué no se puede hacer. Después sobre la marcha vamos ajustando. La biblioteca la puedes usar a voluntad y atesora grandes obras. De inicio te daré quince pesos mensuales y la comida.

—Descuide señor, de mí no va a tener quejas. Ahora dígame mis obligaciones para empezar a trabajar.

El doctor le explicó sus deberes: aseo de la casa, pinche de cocina... Se alegró de que el muchacho se pudiera incorporar de inmediato, porque necesitaba prepararlo bien. Tenía la intención de que este se quedara representando la casa si por fin tenían que marchar para Argentina. Le pidió que antes de traer sus cosas acondicionara el cuartico.

Con tremendo entusiasmo Agustín acometió la tarea: pintó las paredes, tanto interiores como exteriores; le

puso una nueva cerradura a la puerta y limpió todo. Cuando terminó contempló su obra, había quedado bien. La habitación no era muy grande, tenía una cama, un escaparate, luz suficiente para leer y un baño, para él un lugar así era lo mejor del mundo.

Estaba feliz, presentía que además lograría tener una familia, algo deseado toda su vida. Pero había entendido muy bien las palabras del dueño de la casa. Sabía medir las distancias, estaba convencido de que el respeto era la base de relaciones duraderas, aun cuando ellos le brindaran cariño y solidaridad no podía equivocarse. Una conducta respetuosa y vertical le resultaría más útil no podía creerse uno más entre ellos.

Después de muchos meses era incapaz de pasar a una habitación si no estaba verdaderamente justificado, aunque era el encargado de limpiarlas. En la casa se usaban de manera habitual las palabras gracias, permiso, disculpe..., y él, de inmediato, las incorporó a su vocabulario. Se esmeraba en ser imprescindible, siempre se le veía trabajando para que no tuvieran que mandarlo, sabía sus obligaciones y las cumplía. Incluso, se ganó el cariño de Lobo, el perro de la familia.

Ese animal llegó a tener más afinidad con él que con la gente de la casa, pues lo alimentaba, lo cuidaba y con frecuencia lo paseaba por los alrededores. Era un Labrador retriever, joven, con la vitalidad y afabilidad que caracteriza a esta raza de Terranova, Canadá. Cuando Agustín llegaba de la calle el can lo saludaba con ladridos alegres, saltaba, corría y no sabía qué hacer. Como un niño jugaba en el patio con el animal, lo cual veían con gracia los integrantes de la familia, y contribuía a la armonía en las relaciones, porque sentían un gran aprecio por esa mascota.

La conducta del joven hizo que le tomaran más aprecio y consideración y este se mostraba satisfecho, alegre,

pero aun así no desaprovechaba un instante, en su afán de superación. En la biblioteca de la casa había miles de libros, en su mayoría de un gran valor cultural, entonces leía todo cuanto podía. Por mostrar ese interés el doctor Sampedro propició que una de las hijas con vocación pedagógica, le diera clases de Español, Matemática, Historia y Geografía. La señora se brindó para orientarlo en la lectura de la Sagrada Escritura y sobre hábitos cristianos.

Mientras disfrutaba esta etapa de la vida, ahora en el hogar de aquellos seres humanos profundamente religiosos, beatos, cultos y con una posición económica acomodada, no olvidó a las personas con las que se relacionó cuando se desempeñaba con los Núñez: Hugo Camejo y su madre, con quienes más confianza alcanzó; Pastorita Núñez, Andrés García Díaz, Juan Manuel Márquez, entre otros. Cada vez que tenía una oportunidad le daba una vuelta a Mercedes, a través de ella sabía de los demás y también de los acontecimientos más relevantes de los últimos momentos, pues simpatizaba con su manera de pensar.

Para los Sampedro, aquel joven llegó a ser indispensable. A las labores de la casa habían incorporado tareas importantes de la familia: compra de los alimentos y de otros suministros, pintura del inmueble, control de las cuentas por pagar y cobrar, y más. A esto se sumó algo que fue del agrado de Agustín. Resulta que el señor Sampedro era propietario de una finca en Alquízar donde cultivaba determinados productos agrícolas que comercializaba en la capital y tenía dificultades para el traslado de estos.

Poseía una camioneta en su garaje que se usaba muy poco, por falta de alguien que se ocupara de ella, y por supuesto pensó que Thompson podía resolver esa

situación. Al joven le agradó la idea, pero le aclaró que no tenía licencia de conducción, aunque le interesaría mucho obtenerla. Como tenía dieciocho años cumplidos podía optar por la licencia juvenil, lo cual le entusiasmó porque se trataba de un oficio que sumaría a su haber. Dada cierta urgencia con la cosecha, el doctor le fijó tres semanas para completar el aprendizaje y contactó con un amigo, Julio, para que lo enseñara.

Sin perder tiempo Agustín se puso de acuerdo con el maestro y le transmitió su inquietud por el plazo dado. Julio, quien era un buen hombre, lo tranquilizó:

—Tres semanas son suficientes, no eres el primero al que he enseñado. Y con interés y constancia se logra.

Al siguiente día comenzaron. Recibió indicaciones teóricas generales que debía interiorizar, después practicar en seco, o sea, en su imaginación, con los ojos cerrados, seguir los pasos que su instructor le explicó; una y cuantas veces fueran necesarias hasta que los hiciera mecánicamente. Lo cumplió sin reparos. Repetía sin cesar: “piso el cloche, engancho la primera, aflojo poco a poco el cloche, oprimo el acelerador... Acelero poco a poco, piso el cloche de nuevo y pongo la segunda...”.

Cuando había practicado cientos de veces se presentó ante el instructor y con gestos mostró lo aprendido. Este apreció que estaba listo para sentarlo ante el timón de la camioneta. Para distraerlo y que no se pusiera nervioso el profesor entabló una conversación; cuando lo consideró relajado le pidió que hiciera la rutina aprendida.

Con alguna dificultad lo intentó varias veces y por fin logró salir: puso la segunda, la tercera y la cuarta... Después de algunas salidas bruscas, otras demasiadas lentas y varios percances, a la semana Agustín andaba manejando. Nunca aprendió algo tan rápido como a conducir,

— aunque en determinado momento pensó que no lo lograría nunca.

A las dos semanas estaba en condiciones para presentarse a examen, pero no hizo falta, el doctor le resolvió la licencia de conducción, aunque hubo dificultades, pues no tenía inscripción de nacimiento, entonces su protector, quien conocía lo relacionado con los apellidos le preguntó cómo quería llamarse definitivamente.

El muchacho le respondió: Agustín Díaz Cartaya. Y con este nombre obtuvo el documento que lo autorizaba a manejar. A partir de ahí la familia Sampedro tomó el acuerdo de llamarlo de esa forma. Quedaban atrás los tantos apellidos no oficiales usados, aunque este tampoco lo era, porque no fue inscripto en un registro civil.

En lo adelante se encargó de hacer más efectiva la gestión comercial. En esta actividad el joven demostró la habilidad necesaria al lograr mercado estable y ventajoso para los productos de la finca. Solo el interés y el empeño permitieron estos resultados. El doctor estaba satisfecho, pues sus entradas financieras aumentaron. De esta manera el vínculo con la familia se hizo más fuerte.

Como Agustín realizaba las labores de la casa estaba más cerca de Hortensia y conversaban de disímiles asuntos. Un día le contó acerca de Murillo, el anciano del asilo, y lo que este le había prometido respecto del dinero. La señora hizo el comentario con el esposo. Sampedro se interesó y le pidió a su abogado que averiguara si Agustín Noriega Cartaya tenía algún dinero como beneficiario en el banco.

El joven aportó los elementos necesarios para que el hombre pudiera desarrollar la investigación: las operaciones bancarias el anciano las hacía en el Continental Banc, de La Habana Vieja; que eran alrededor

de cinco mil pesos..., y le aseguró que este señor lo quería como a un hijo.

Con esos datos el letrado inició las averiguaciones. Era lógico pensar que del asilo quienes más tuvieran que ver con el caso fueran, Ana la enfermera y Arturo el administrador, pues ellos cuidaron al viejito en el hospital durante los últimos días que vivió. El abogado los ubicó y contactó con ellos.

Luego investigó en el banco, como entidad responsabilizada con la cuenta. Ana y Arturo testificaron que el anciano, en varios momentos de lucidez en medio de su agonía en el hospital, expresó con insistencia el deseo de que Agustín se quedara con el dinero de su cuenta.

Tras una minuciosa investigación el abogado comprobó junto con el banco, que hubo fraude, el dinero lo había cobrado alguien a través de un acto aparentemente legal. Empezaron las pesquisas; se conoció que un tal Alexis Torres Fernández, primo de Ana y entonces funcionario del Continental Banc, estaba ligado al asunto. Resulta que Ana y Arturo, en su afán de complacer la última voluntad de Murillo, decidieron llevar al implicado al hospital para que hiciera los trámites necesarios.

Así este individuo conoció de la existencia de la cuenta, de la agonía del señor Murillo y la insistencia de dejarle sus haberes a un beneficiario; además, que para legitimar el testamento a favor de Agustín solo faltaba una segunda firma del anciano. Con toda esa información el hombre se perdió y no se supo si había arreglado el problema o no. Con la muerte de Murillo todo quedó relegado, nadie jamás se preocupó.

Desde el primer instante en Arturo recayeron las mayores sospechas, pues mostró mucho empeño en la intervención del empleado del banco. En las investigaciones y en el juicio se demostró que él y Ana solo que-

rían complacer la voluntad de Murillo en los momentos finales de su vida, y que Alexis Torres Fernández era el máximo responsable de la estafa, ya que había logrado engañar al anciano, quien en su lecho de enfermo, lo que firmó fue un testamento a su favor, luego le adjuntó unos testigos, por supuesto falsos, y se adjudicó la cuenta.

El hombre confesó su culpa. Fue condenado a varios años de prisión por abuso del cargo, engaño, invento de testigos y robo de cuatro mil quinientos pesos. Agustín no tuvo derecho alguno sobre esos haberes porque el anciano nunca llegó a dar la necesaria segunda firma. El incidente no melló la conducta de Agustín ya que en ningún momento sintió ambición por aquel dinero.



Un cambio inesperado



El muchacho continuó su vida tal cual. Los domingos por la tarde acostumbraba ir al parque casi siempre con su amigo Lobo. Uno de esos días decidió cambiar la rutina, el animal tuvo que sacrificarse y quedar solo. Fue a casa de Mercedes Valdés para conversar con ella y con su hijo, ya que hacía cerca de dos meses que no los veía y no quería olvidarse de las amistades que le brindaron aprecio y acogida en sus hogares.

Por esa época, el entonces municipio de Marianao era un hervidero de opositores al Gobierno y de muchas personas que combatían la corrupción y el oportunismo de los politiqueros. Juan Manuel Márquez Rodríguez era una de las figuras más destacadas de la oposición, quien venía luchando desde mucho antes. En su condición de periodista y comentarista radial este hombre era vocero activo del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). Muchos estaban influenciados por este brillante orador, Mercedes y Hugo entre estos.

Para entonces Agustín empezaba a sentir simpatía por determinadas corrientes políticas y con aquellos dos amigos podía intercambiar ideas y aprender. Así comenzó a familiarizarse de alguna manera con los nombres de los líderes políticos del momento en su localidad. Aún carecía de madurez política, solo tenía diecinueve años, y la miseria, la discriminación racial y la lucha

por la subsistencia casi nunca dan tiempo a pensar con claridad en esos asuntos.

Sí tenía consciencia, en alguna medida, de que el Gobierno era corrupto, que se robaba el erario público y que la miseria que se vivía tenía su causa en el desgobernante. Esto lo conocía por alguna prensa que lograba incluir en sus escritos determinados comentarios al respecto y por las conversaciones callejeras donde se discutía en contra de las élites de poder, de la prostitución y de los crímenes.

Ese día Mercedes estaba acompañada de su hijo Hugo. Agustín les contó de las buenas nuevas en su vida y de sus planes inmediatos. Ellos al verlo tan contento sintieron satisfacción porque le apreciaban. Mientras transcurría la grata conversación alguien tocó a la puerta, tan fuerte que Mercedes dijo:

—Seguro llegó el dueño de la casa.

—Cuando Hugo abrió la puerta le ratificó a su mamá:

—Sí, llegó el dueño de la casa Juan Manuel Márquez.

Todos rieron, y tras un efusivo saludo, se adentraron poco a poco en un vivo diálogo acerca de lo último que acontecía en el país en cuestiones políticas. El recién llegado preguntó en tono jovial si el joven presente era de la familia Hugo le respondió que sí, que era de confianza y muy responsable. Entonces aquel expresó:

—Yo siento mucha admiración por los jóvenes que no viven de espaldas a las inquietudes de su pueblo.

Esta afirmación era muy importante oírla de labios de un hombre que a los dieciséis años sufrió, por primera vez, el rigor de la prisión y a los diecisiete fue encerrado en el tristemente célebre Presidio Modelo de Isla de Pinos,*

* Así se denominó al ser inaugurado bajo la tiranía de Gerardo Machado en la década de los treinta del siglo xx.

por mantener una posición vertical en favor de las causas nobles de la sociedad.

Así lo consideró Agustín ya que él conocía la actividad de ese luchador. Y se sintió conmovido por el interés que este mostró hacia su persona, cuando incluso le preguntó su edad. Pero el muchacho intuyó que Juan Manuel necesitaba tratar asuntos en privado con los moradores de la casa y decidió marcharse, en definitiva, el objetivo de su visita lo había cumplido.

Cuando se despedía, el visitante reparó bien en él, y dubitativo afirmó:

—Yo te conozco, tu cara me es familiar.

—Sí, nos conocemos, yo era el mensajero de la casa La Victoria, de los Núñez, y le llevaba las compras a su familia.

Pidió permiso y se despidió. Cuando quedaron solos Juan Manuel sugirió que debían tener en cuenta al joven que se acababa de ir porque parecía tener madera para la lucha, los otros afirmaron que ya lo habían comentado entre ellos, que mantenían las relaciones con él y que estaba empleado en casa del doctor Sampedro. Para Agustín fue un encuentro muy agradable y trascendental, más aún después de conocer las palabras del revolucionario acerca de su persona.

En lo adelante Agustín con frecuencia contactaba con aquellas amistades y poco a poco se fue introduciendo en los trajines polítics. Continuaba en casa de los Sampedro y el trabajo para ellos. Hubo un cambio en su vida que pudo apartarlo de su camino.

Disfrutaba con los viajes a la finca, porque según decía, las frutas le gustaban más que la comida, y allí existían cerca de veinte tipos, además de variedades de caña, muchas especiales que se podían comer al natural; en el período de su madurez había que traerle a

Hortensia, porque eran su delirio. El señor atendía directamente el trabajo de la estancia y no permitía la extinción de ningún cultivo.

Transcurrido más de un año de convivencia con esa familia, en Agustín se había operado un cambio: se mostraba alegre, satisfecho, había madurado el carácter con una gran estabilidad en su temple. Se había esforzado, sobre todo en elevar su cultura, había leído mucho y era un fiel observador de los modales de los componentes de aquel hogar, a los que, en ocasiones, deleitaba con su música y declamaciones. Ejercitaba sus facultades para componer canciones y poesías. Todo esto provocó un comentario del doctor, dadas su inteligencia y cualidades de buen observador:

—Te has fijado, Hortensia, cuánto ha crecido Agustín, ya se le puede contar entre los mozalbetes con barba, pero no solo en su físico sino también en su modo de actuar y en su cultura.

El señor se quedó pensativo. Sabía que ese ser humano que él ayudó a forjar, estaba a punto de desprenderse de su tutela. Para el matrimonio ese muchacho era parte de la familia, pero al igual que los hijos carnales que un día abandonan el nido porque es ley, él no sería distinto. Así ha sido de por vida y aunque duele, también da alegría, es una mezcla.

Con esa presunción Sampedro buscaba la mejor ocasión para tratar el asunto con Agustín. Un día, mientras ambos viajaban en la camioneta, se presentó un serio obstáculo en la vía, el muchacho quien iba al timón, con destreza lo evadió. El doctor consideró que este era el momento esperado; después de una breve meditación, le dijo:

—Te veo como las aves cuando baten sus remos antes de alzar vuelo, para ganar altura y viajar grandes distancias, o como las crisálidas...

Con la agilidad mental que lo caracterizaba, el joven interpretó perfectamente la metáfora. No dijo nada porque era una situación triste para ambos. Sabía que era una realidad ineluctable. Por su parte el doctor al ver la reacción de su acompañante condujo la conversación hacia otro asunto:

—Agustín, todo lo que emprendes lo haces bien o, al menos, tratas de hacerlo bien, y te comportas de manera correcta. Por eso, entre otras cosas, has ganado mi estimación. Ahora bien, dime: ¿cuáles son tus debilidades?

—Señor Sampedro no soy perfecto, tengo mis deficiencias y debilidades como todo el mundo, algunas graves. Por ejemplo: cuando decido algo, no viro atrás ni aunque me maten. Primero lo pienso dos veces y... Otra, que soy muy susceptible.

Por su parte Hortensia, quien también sabía el momento en que se encontraba el muchacho, incrementó su labor para que este se acercara más a Petrona. La insistencia era perenne, estaba convencida de que la reserva hacia la madre la motivaban los celos, porque en el fondo la quería. A él no le gustaba visitarla para no encontrarse con la pareja de esta. Aunque con la mayor discreción se las arreglaba para saber de ella.

Una tarde después de fregar la camioneta le pidió permiso al doctor y fue hasta La Lisa. Se parqueó frente al cuartico y allí permaneció unos cuantos minutos sin bajarse. Quería saber si el hombre estaba en la casa, pero la puerta de la calle estaba cerrada. Era domingo, por tanto la madre debía estar. Tenía que comprobarlo.

Al primer toque a la puerta salió la mujer, quien le dio un abrazo fuerte y prolongado. Él preguntó si podía pasar, ella lo tomó por un brazo y lo llevó hasta donde cocinaba. Agustín medio turbado, sin saber qué decir,

optó por contarle de la familia Sampedro, solo había mencionado ese nombre y ella lo interrumpió:

—Estoy muy contenta, hijo, porque estás trabajando en esa casa. Son personas maravillosas.

—¿Tú las conoces? ¿De dónde?

—No las conozco. Indagué con los Núñez, donde trabajabas antes, y ellos me dieron magníficas referencias de los Sampedro.

De cierta forma eso le agradó al muchacho, pues le demostró que su mamá estaba pendiente de él. Ahora la veía alegre con la visita y se sintió incapaz de rechazar la invitación de comer con ellos. Ese plural lo utilizó Petrona con toda intención. Agustín se percató y prefirió guardar silencio, aunque no veía al hombre por ningún lugar. Hablaron de muchas cosas, ella le aseguró que la agradable sorpresa anunciada ocurriría muy pronto, y prometió avisarle enseguida. No se animó a decirle que tenía planes de irse para los Estados Unidos.

Cuando la mesa estuvo lista apareció el otro comensal, a pesar de todo Agustín lo conocía bien y sabía que no era una persona desagradable. Petrona le había anunciado sutilmente su presencia para evitar sorpresas. Mientras comían, el muchacho le dio las gracias por haberle cedido el apellido Díaz y le contó lo relacionado con la licencia de conducción. El encuentro resultó ameno.

El hijo regresó muy contento. Antes de acostarse buscó en la biblioteca un libro que alguien le había recomendado: la *Ilíada* de Homero. Estuvo leyendo hasta que, tarde en la noche, el sueño lo venció. La madre se sentía tranquila porque su vástago fue acogido por una familia seria que le mostraba cariño. También porque se esforzaba en superarse. Además, tenía la posibilidad de verlo desde la guagua casi todas las mañanas, cuando

viajaba para su trabajo. Pero no dejaba de pensar en qué sentiría cuando no pudiera contemplarlo.

La partida debía ser pronto, solo esperaba que los colombianos con quienes trabajaría, la mandaran a buscar. Casi todo lo tenía listo: pasaporte, antecedentes penales, chequeo de salud... Esa posibilidad se le presentó por intermedio de su patrona, quien era parienta de esa familia y la recomendó, pues Petrona era muy competente en el arte culinario. Contaba con avales de alta cocina y se había especializado en repostería y cocina francesa. Luego la convenció de que era una magnífica oportunidad y le pagarían un salario acorde con su preparación.

Petrona se sorprendió cuando le avisaron que el viaje se había adelantado. Debía apurarse para resolver algunas cosas pendientes. No podía dilatar más el asunto, tenía que contarle al hijo. Aunque en dos ocasiones le había hablado de una sorpresa agradable no sabía cómo la tomaría él. Decidió presentarse en la residencia del los Sampedro. Hortensia la atendió. Al saber que venía por Agustín, le pidió que lo esperara sentada en la sala, y lo mandó llamar. Cuando este apareció, ambos se saludaron con mucho cariño.

El joven solicitó permiso para conversar en su cuartico. Sentados sobre la cama conoció todos los detalles de la partida de la madre. A ella le fue difícil decirle que en el contrato no podía consignar que tenía un hijo y le pidió que actuara en consecuencia si le preguntaban al respecto. De inmediato le hizo una proposición:

—Como viviré allá, te dejo el cuarto; más adelante, en la medida de mis posibilidades, te mando algunas cosas necesarias como ropa, zapatos...

Agustín no dio muestras de asombro ni de enojo. Solo preguntó:

—¿Y el cuarto está desocupado, mamá?

—En cuanto me vaya el cuarto se queda vacío. Eso no es problema. Te lo dejo con propiedad y todo y está acabado de arreglar. Hay un escaparate y una cama con ropa para tenderla. Es una casita en miniatura, pero se puede vivir, hasta cocina tiene, como tú has visto.

—Mira que la vida es rara, ahora que tengo este cuarto habilitado y cómodo aquí en casa del doctor Sampedro, se me facilita otro más, y hasta ayer dormía en la calle. ¿Qué te parece?

—No me hables de eso, son momentos que van pasando. Ahora la vida nos da una nueva oportunidad. Yo siempre he tenido deseos de ayudarte y parece que se me va a dar la ocasión.

—Qué bueno, mamá, aunque te vas ganarás mejor salario.

Al final la madre le dijo que la salida sería el siguiente viernes, que el jueves saldría de compras, por tanto le esperaba el miércoles por la mañana para el adiós y entregarle las llaves. Hortensia la despidió con respeto y le dijo al muchacho que la trasladara en la camioneta. Este aprovechó para recoger el juego de llaves y ver lo que dejaba. Ella le puso en sus manos los papeles de la propiedad con su nombre actual, y le manifestó:

—Sobre la mesita de noche te dejaré mi medallita de la Virgen de la Caridad del Cobre para que la lleves siempre encima.

De regreso Agustín le explicó a Hortensia todos los pormenores, convencido de que ella se lo contaría al doctor. No quería ocultarles nada, debían estar al corriente de las circunstancias para que no les sorprendieran sus decisiones futuras. Los tiempos empezaban a cambiar para él, ya era un hombre enamorado y con las mismas aspiraciones de los de su edad.

Se consideraba con mejor estatus social, comparada su situación actual con la de solo escasos años atrás, era dueño de un cuarto con cama y escaparate además, contaba con el de casa de los Sampedro. De cuando en cuando tendría que quedarse a dormir en su habitación de La Lisa.

El día señalado fue a despedirse de su mamá; quien lo esperaba con gran ansiedad. Aunque las relaciones entre ellos nunca fueron tan cercanas, en los últimos tiempos habían ganado mayor apego y era lógico, porque los unían lazos de parentesco muy fuerte. Se sentaron a conversar mientras degustaban exquisitos pasteles preparados por ella.

Muchas fueron las recomendaciones dejadas al hijo: cuidarse la salud, no juntarse con gente de conducta retorcida, no darle oportunidad a las drogas y cuantas consideró oportunas. Con énfasis le pidió que no se metiera en cuestiones políticas, era muy peligroso, muchos jóvenes habían sido asesinados.

La firmeza del joven la dejaba más tranquila, aunque en su respuesta no incluyó su inclinación política:

—Vete despreocupada, pues en momentos desesperados no he delinquido ni caído en vicios. Ahora, que todo marcha bien, menos lo haré.

Petrona agradeció al hijo esa actitud y pasó a otro asunto:

—¿Cuál lugar será el más conveniente para mandarte paquetes?

—Por supuesto que este, la dirección es clara y es de mi propiedad.

La madre quiso conocer el sentimiento provocado en el hijo cuando supo que, en el contrato firmado para su viaje, debía negar la existencia de él, porque cuando se lo comunicó en casa de los Sampedro el asunto

quedó en suspenso. Y eso le preocupaba, no quería dejar nada oscuro entre ellos, aunque no se atrevió a preguntárselo directamente:

—Agustín, la realidad de la vida no siempre es como uno quisiera, cuando la beneficencia no podías decir que tenías padres y ahora, en el contrato para mi viaje no puedo decir que tengo un hijo. Pero eso no importa, siempre seré tu madre y tú mi hijo.

—Descuida mamá, son circunstancias, pero tú y yo sabemos que no es así. Yo tampoco le diré a nadie que...

La plática llegaba a su fin y Petrona insistió en que se apartara de las acciones políticas. A pesar de todo, ella conocía bien a su hijo y no estaba ajena de los momentos difíciles que atravesaba el país en todos los órdenes, los cuales afectaban muy de cerca a los ciudadanos y en especial a los jóvenes quienes, por sus luchas, ya estaban siendo reprimidos.

—¡Prométeme que no te vas a meter en locuras de la juventud!

—No hace falta que te lo prometa. Vete tranquila. Dame un beso.

Así culminó el encuentro el cual reconfortó los sentimientos de Agustín hacia su madre. Apreció con más ánimo el cariño de esta. Había amor y ternura en cada consejo, en cada preocupación. Era sincera, sentía tristeza por la separación, parecía que trataba a un hijo pequeño que necesitaba protección; le resultó imposible evitar que algunas lágrimas corrieran por su rostro. Él guardó en su corazón, para siempre, aquella despedida.

Solo pocos días después realizó los deseos de dormir en su cuarto, en su verdadero cuarto. Inspeccionó cada rincón, y encontró algo inesperado en el fondo de una gaveta del escarapate: un revólver Colt 38 con una carga completa en su tambor, más otra. Estaba envuelto en

unos lienzos y amarrado. Se preguntó: “¿Para qué necesitaba Petrona un arma? o... ¿será de Díaz?”. Si era de este, seguro la reclamaría. No sabía qué hacer con aquel artefacto, pero muy pronto se convirtió en un amigo inseparable.

Después de dos meses y medio de la partida de la mamá, Agustín recibió la primera remesa de mercancías, y fue tan rica y variada que no podía creer que de un día para otro fuera acreedor de tantas maravillas de uso personal. Había vivido con muy poco, estaba acostumbrado a las carencias, por eso pensó que era una exageración, no obstante sintió una inmensa alegría porque siempre había soñado con vestirse bien, con lucir.

Contenía calcetines, calzoncillos, pantalones, camisas, camisetas, abrigo, sábanas, colcha, toallas, pañuelos, zapatos, reloj de pulsera y despertador, sortija, máquina de afeitar con sus cuchillas, perfume, sombrero, espejuelos para el sol y mucho más.

Por fortuna, tenía donde guardar aquellos artículos de manera organizada y decente. Todo venía acompañado de una carta. Le explicaba que los zapatos y las prendas de vestir correspondían a las tallas dadas por él. También le hacía aclaraciones acerca de otros objetos. Al final le indicaba sustituir de inmediato la cerradura de la puerta por el mecanismo que mandó, pues ofrecía más seguridad, ya que antes no había nada para robar y ahora sí. Y rogaba le escribiera a la dirección enviada, lo necesitaba.

Se sentía animado, de un tiempo a la fecha los vientos soplaban a su favor. Desde que comenzó en la tienda de los Núñez la vida le sonreía. No era un sueño sino realidad. Sus amistades se dieron cuenta del cambio exterior, vestía de un modo distinto y además, sabía hacerlo con elegancia, sin exageraciones, con naturalidad. Esto

incrementó su autoestima, pero nunca fue pedante; de modo que las personas que se relacionaban con él pudieron, sin mucho esfuerzo, percatarse de que estaban en presencia de un Agustín renovado.

La mamá continuó los envíos con bastante frecuencia, incluía dinero y prendas de calidad. Agustín se sentía más independiente, comenzó a frecuentar lugares de la ciudad, negados para individuos con presencia inadecuada. Uno de estos era una casa de juegos y otros negocios en Marianao, donde muy pronto recibió oferta de trabajo. Primero labores simples, después... Para los mercaderes de estos antros lo importante era su negocio bajo cualquier condición. Tenían la filosofía de que el fin justifica los medios. No se detenían a pensar que era un joven, que ponía su integridad física y moral en peligro, ¡nada!, su meta eran las ganancias.

Necesitaban un sujeto para imponerse frente a elementos discordantes, incluso, peligrosos y agresivos. Encontraron al hombre ideal para sofocar cualquier intento de subvertir el orden, ¡su orden!; a un ébano altísimo, de casi doscientas libras, con un recio carácter, temple y un Colt 38 debajo del brazo.

¡Agustín se arriesgaba y los dueños pagaban por eso! ¡Qué contradictoria es la vida! Cuando andaba errante, sin guía, sin recursos de ningún tipo, siempre se apartó de las malas influencias. En cuanto mejoró su posición se enredó en aquella telaraña malsana y peligrosa. ¿Pudo darse cuenta de cuánto arriesgaba?

De manera paulatina y discreta empezó apartarse de casa de los Sampedro, para dormir en su cuarto de La Lisa. Le resultaba difícil abandonarlos definitivamente porque los quería y sentía un sincero agradecimiento por ellos. La primera reacción de Hortensia fue de alarma, pero el esposo la calmó y advirtió que pronto

sería definitivo, que era normal. Llegó el momento que solo iba de visita.

En una de esas ocasiones conversó con el dueño de la casa, quien le ratificó su cariño y el de la familia. Le manifestó su comprensión acerca del alejamiento de ese hogar aunque todos lo sentían mucho, incluso Lobo. Agustín trató de justificarse; con mezcla de optimismo y pena, le comentó:

—Señor Sampedro, pienso que la suerte de las personas viene sola o a lo mejor está predestinada. Hace tres o cuatro años no tenía de nada, vivía en la calle. ¡Mire, hoy tengo techo propio, ropas y muchas cosas!

—¡Me alegro! Tú eres un joven que te mereces eso y mucho más porque nunca le vas a fallar al Señor. Pero cuéntame, ¿qué estás haciendo? Te veo transformado, pareces otro, te ves muy bien con esa indumentaria.

—Como usted sabe, señor Sampedro, mi mamá hace meses está trabajando en los Estados Unidos y me manda todo esto.

El aludido pasó por alto la otra parte de la pregunta, no quería decirle la verdad. Ante la insistencia prefirió mentir. Respetaba a ese hombre como a un padre y por su condición religiosa de seguro no entendería su estancia en aquel lugar. Se le ocurrió decir:

—Me propusieron un puesto de coime de billar y estoy pensando si acepto o no.

El doctor ni se imaginó la verdad. Y con gran vehemencia cristiana le aconsejó:

—Te vieron tan alto y fuerte que impresionas. En esos lugares ponen hombres guapos que se imponen. Hijo, debes andar con cuidado para no caer en la tentación del diablo. Yo siempre te decía que las personas deben prosperar y erigirse sobre bases sólidas, pero de principios cristianos.

—No te voy a decir dónde, cuándo y con quién debes emplearte, solo te pido: ten cuidado al hacerlo. También quería decirte que esta casa de Dios, mi casa, siempre tendrá las puertas abiertas para ti, y cualquier problema que tengas no dudes en venir a mí”.

—Gracias, señor Sampedro. Yo sé que es así —afirmó con pena.

—Anda con Dios, hijo, y no te olvides de sus enseñanzas.

Por ese tiempo, con veinte años cumplidos, conoció una jovencita muy guapa, agradable y de una anatomía privilegiada, María Galeano, era secretaria en una oficina de la compañía de electricidad. Se enamoraron. Después de unos meses ella le requirió que pidiera su mano, según la costumbre, para formalizar la relación y visitar la casa. El padre, quien era un hombre muy exigente, le precisó:

—Fíjese joven, ella tiene preparación es mi única hija, yo vivo para complacerla y protegerla. Pretendo para mi muchacha un hombre que la represente económica y moralmente.

Agustín se mantuvo en silencio no quería interrumpir el discurso. De pronto el padre lo sorprendió con una pregunta, aunque era lógica:

—Dónde trabaja usted.

El joven balbuceó, no quiso decir a qué se dedicaba. A pesar de haberse decidido para ese trabajo, sabía que no era bien visto. Se puso algo nervioso porque don Galeano, como le decían, era tajante. Por su parte el viejo percibió falta de claridad y no aceptó la petición. La muchacha quien sí conocía todo, pues él no le mintió, empeñada en salvar la relación y lograr la aprobación del padre, le dio a este la respuesta. Solo logró molestarlo aún más y ofuscado precisó:

—Hija mía, razona, tú no tienes necesidad de empeñar tu felicidad.

Agustín no tuvo argumentos para replicarle y se marchó disgustado, pero también preocupado. Pasados pocos días reflexionó sobre la disensión de don Galeano. Era cierto, se podía llegar a muchas conclusiones sobre el tipo de actividad que desarrollaba en su lugar de trabajo. Comprendió a ese señor, quien no quería para su hija un futuro incierto. Sus consideraciones más tarde las compartió con María:

—Todo cuanto pudo haber pensado tu padre tiene sentido, pero hay una realidad de la cual estoy seguro, y es que mi persona no se ha contaminado con nada de ese lugar. De modo que cualquier criterio desfavorable acerca de mí no solo es falso, sino injusto.

La muchacha se solidarizó con ese razonamiento. Agustín decidió volver a conversar con el padre de esta, para exponerle su punto de vista al respecto:

—Don Galeano, yo entiendo que usted quiera lo mejor para su hija. Le digo que yo no soy el individuo que usted está pensando y no tiene derecho hacer juicios deformados sobre mi persona. Es cierto que trabajo en ese lugar, pero no exploto a nadie ni entro en marañas. Hago mi tarea, me pagan y ya. No me relaciono con elementos corruptos. Soy honrado, trabajador y moral.

—Mire joven, se trata de estar o no de acuerdo con algo, en este caso de las relaciones oficiales entre usted y mi hija. Yo le puedo decir que no tendría inconveniente si para mí el mundo de su trabajo fuera transparente. Quién me garantiza que usted entre tantas mujeres de ese mundo... Mire, es mejor no hablar de eso porque a su edad, a su edad...

—¿Entonces usted prefiere que sigamos las relaciones en la calle?

—Eso que me acaba de decir es un tanto irrespetuoso, amenazador. Escúcheme bien, usted está pidiéndome el acceso a un retoño de mi vida, a alguien que es lo que más quiero. ¡Cómo se le ocurre pensar que yo pueda ser ligero con algo así!

—¿Entonces, don Galeano...?

—No le acepto, señor. No puedo estar de acuerdo.

Agustín siguió viendo a la muchacha en la calle y así fueron novios un tiempo. Las características de trabajo de ambos dificultaban que se encontraran con mayor frecuencia, y eso hizo que las relaciones empezaran a enfriarse hasta que dejaron de verse. Esta experiencia con la familia de María, más otras, provocaron en el joven inquietudes acerca de su nueva vida. Ponía en duda si el sendero por el que transitaba era digno o no, si aquel bienestar le tocaba y así se hacía justicia, si era para siempre, si habría sido capaz de rechazar la comodidad.

Cerraba su introspección con algunas preguntas: “¿Quién podía ver más allá de la realidad? ¿Quién se hubiese atrevido a rechazar aquella oferta? ¿Alguien lo haría? ¿Cuándo el sol se levanta brilla para todos por igual? ¿La intensidad del Astro rey se eleva para hacer justicia o para quemar? ¿Suerte, casualidad, designio, prueba o castigo? ¿Tendrá la culpa el sol de que seamos tan egoístas los terrícolas?”. No tenía las respuestas precisas. El cambio para él había sido muy brusco, hacía muy poco se acostaba con el estómago vacío, y de la noche a la mañana siempre lo tenía lleno.

Por estos tiempos reinaba en Cuba, el turismo de placer, el lavado de dinero y otros factores que le daban al peso cubano uno de los poderes adquisitivos más favorecidos del mundo. A pesar de eso solo una minoría privilegiada disfrutaba de la opulencia, mientras que la mayor parte de la población se debatía en la miseria.

Agustín no era un ente aparte, vivía dentro de esa misma sociedad y aún no estaba en capacidad de comparar, de conducir sus actos como lo haría un decano acostumbrado a las lidias cotidianas de su magisterio. Pensó en lo fabuloso que le resultaría dejarse arrastrar por las prebendas que el mánager del negocio le ponía en sus manos.

Quizá por eso probó el néctar de aquellas flores; percibió con su paladar la diferencia entre la miel y la hiel. Pero también dudó de la facilidad con que alcanzó un ascenso económico vertiginoso. En ocasiones se preguntaba si las pascuas con las que siempre soñó habían llegado, mas temía que no fueran tan espléndidas, ¡quién sabe por qué! Es posible que la erudición del instinto o un sexto sentido, hiciera que solo abrazara a medias esa festividad.

¿Qué motivos hubo para que este joven tan pobre y con tantas necesidades hasta poco antes, no se entregara con los ojos cerrados y sin titubeos a ese ambiente? Aunque lo rodeaba con sus brazos, los latidos del corazón le decían del origen de aquella plétora. Entonces prefirió el roce, la contemplación, el experimento, y no se hizo adicto. Fue como si algo le dijera: “Espera para más adelante. No te sumerjas a fondo. Esa no es tu cuerda, Agustín”.

Si hubo vaivén, si hubo dicotomía, no será difícil entenderlo, aun cuando siempre se caracterizó por su rapidez en la toma de decisiones. ¡Él entraba y salía del rin de boxeo, pero solo las vicisitudes de su vida se encargaron de decirle que su mundo era mucho más rico!



Vínculos salvadores

Por fortuna para Agustín aquel coqueteo con la mafia para ganar dinero no duró mucho. Cosas hermosas le hicieron despertar. En ese mismo mundo rico y vasto le llegó un nuevo convite. No se trataba de un capítulo más en su vida, se le convocaba para un concierto de situaciones psicológicas más definitivas y complejas.

Ocasionalmente había asistido a mítines de protesta contra el Gobierno, a varias marchas y a otras actividades políticas en Marianao. Desde entonces llevaba en sí el germen indispensable que lo haría inclinarse para el lado correcto. También el conocimiento de la historia patria desempeñó su rol. Las enseñanzas aprendidas en los libros, si calan en el corazón, no se olvidan, Agustín las guardó muy bien en el suyo.

La situación del país era caótica. Los gobiernos de turno se volvieron satélites del vecino del norte; se enriquecían a costa del tesoro público; en su afán de lucro explotaban y masacraban al pueblo y mataban a todo el que se rebelara.

En los años de 1950 y 1951 la ortodoxia se había convertido en la fuerza política de mayor empuje en la Isla, la que más movilizaba, la de mayor militancia y contaba con un altísimo número de simpatizantes. El enfrentamiento entre la oposición y el Gobierno era diario y en todos los terrenos. Las condiciones empeoran con el golpe de Estado de Fulgencio Batista y Zaldívar, el 10 de marzo de 1952.

Como joven, Agustín no podía permanecer indiferente al sentir patriótico. Al igual que la mayoría de los cubanos, estaba al tanto de los comentarios y el accionar de los voceros de la ortodoxia. Incluso se enroló en la organización juvenil de este partido. También algunos elementos de la Triple A lo contactaron, pero al no recibir tareas se decepcionó y se apartó. Por estos mismos tiempos se relacionó con dirigentes del Frente Cívico de Mujeres Martianas, como Aida Pelayo y otras. Se sentía uno más entre los opositores al régimen y en disposición para mayores empeños.

Una pléyade de jóvenes eligió un nuevo camino de lucha. De forma natural y espontánea surgió el líder, un joven abogado, el doctor Fidel Castro Ruz, quien a contaba con una importante trayectoria política, había sido dirigente estudiantil y luego del Partido Ortodoxo.

Convenció su estrategia: no era posible acabar con los males de la nación por las vías tradicionales. El camino habitual estaba agotado, solo quedaba la alternativa armada revolucionaria. Muchos patriotas lo siguieron. A partir de ese momento comenzó un rápido proceso de reorientación con la mayor discreción posible, sobre todo al principio.

Con sus amigos revolucionarios de Marianao, Agustín incrementó su participación en actividades de este carácter, sin darse cuenta ya desarrollaba acciones de peso en Coco Solo, Pocito, Pogolotti y en cuanto lugar se requiriera. Todo fue muy rápido, luego empezó de forma organizada en la célula clandestina dirigida por Hugo Camejo Valdés.

En una ocasión este lo llevó a Prado 109,* tuvieron un encuentro con Fidel y lo presentó como miembro de su

* Sede del Partido Socialista Popular (PPS).

grupo. En ese instante Agustín no sabía que aquel compañero era el líder máximo del movimiento. Cuando Alejandro, seudónimo utilizado para preservar su integridad, le hizo la primera pregunta, se percató de que Camejo ya le había hablado de él:

—¿Parece que tú estás en disposición de entrar en el movimiento?

El joven, con firmeza, le contestó afirmativamente. Entonces el interlocutor disertó acerca de las cualidades que debían tener quienes se sumaran a ese grupo, y dejó bien esclarecido:

—Nuestro movimiento no se nutrirá de riquezas robadas al pueblo.

Agustín interpretó el encuentro como una rutina para oficializar una incorporación, y apreció en ese hombre su calidad de gigante. A través de las células la dirección de la organización estaba en condiciones de orientar a sus integrantes, desarrollar acciones, movilizarlos, prepararlos, entre otras cosas. Además, la pertenencia a estas pequeñas agrupaciones aunque era un compromiso, les proporcionaba mayor seguridad a sus miembros porque todo emanaba del jefe de ella.

La dirigida por Hugo Camejo Valdés era de las más grandes, la integraban trece compañeros muy disciplinados y entusiastas: Ángel Guerra Díaz, José Testa Zaragoza, Rolando San Román de las Llamas, Pedro Véliz Hernández, Rafael Freyre Torres, Luciano González Camejo, Lázaro Hernández Arroyo, Agustín Díaz Cartaya, Enrique Cámara Pérez, Adalberto Ruanes Álvarez, Orestes Abad Lorenzo y Andrés García Díaz. En lo cotidiano se reunían para recibir orientaciones y cumplían tareas relativamente sencillas. En una de ellas el jefe les planteó:

—Señores, quise reunirme con ustedes porque ayer me convocaron para unas prácticas militares. Debe

asistir la célula completa. Es importante la presencia de todos porque la selección definitiva para actividades futuras depende de la disciplina, asistencia y asimilación del entrenamiento.

La alegría los desbordó. El jefe terminó sus palabras con los datos necesarios:

—El próximo domingo, a las ocho y media de la mañana, en la plaza de Mariano, por la parte de atrás, nos recogerán en dos carros verde claro: un Pontiac del cuarenta y pico y un Chevrolet del cuarenta y ocho. Recuerden que deben estar todos. ¡Ah! Puntual. No se puede esperar por nadie, peligraría el traslado y quién sabe qué más.

Todos fueron conscientes de la responsabilidad que aquello entrañaba y de los grandes riesgos que corrían; aun así estaban felices. Al día siguiente de la citación, Thompson, seudónimo con el que decidieron identificarlo en los trajines conspirativos, fue a casa de la señora Mercedes para podar unas matas de rosa.

Al encontrarse con Hugo quiso saber dónde sería el entrenamiento, este no le pudo decir porque no lo sabía, pero le aclaró que, por seguridad, eso nunca se decía. Además, le precisó que también desconocía en qué consistiría aunque no le preocupaba, pues en su momento lo sabría. Aprovechó para recalcarle acerca de la importancia de la discreción. Thompson asimiló la enseñanza, y continuó el diálogo:

—A propósito, Alejandro parece ser un jefe importante. Yo lo sentí hablando con mucha independencia, con mucha autoridad.

—Es un jefe importante, sin lugar a duda. Pero te advierto, es mejor no saber qué nivel tiene; eso es un compromiso y hasta peligroso. Estas cosas también forman parte de la discreción y la disciplina.

—Me percaté de su insistencia en la disciplina y en mantener la boca cerrada. Es cierto, cualquiera de nosotros puede caer preso y si lo aprietan... Todo el mundo no resiste las torturas.

Mercedes interrumpió:

—Si ya terminaron les tengo un exquisito batido de mamey. Siéntense en los bancos del traspatio, que para allá se lo llevo.

—¿Mamá, qué se ha sabido de Juan Manuel Márquez, con el asunto ese que querían tomar militarmente al cuartel general de Columbia?

—Me imagino que esté preso. Juan Manuel tiene que cuidarse porque en cualquier momento lo matan. Hay que reconocer que es un hombre combativo y arrastra gente con él.

En esos días había ocurrido un intento de tomar la mayor fortaleza militar de Cuba, el campamento de Columbia, por parte un grupo de militares y jóvenes revolucionarios. Fue el resultado de una conspiración conocida como Domingo de Ramos, encabezada por el doctor Rafael García Bárcena. Importantes figuras políticas del país estaban comprometidas. Pretendía derrocar a Batista, pero no llegó a ocurrir. Desde el día anterior Juan Manuel tenía doscientos cincuenta combatientes situados en distintos lugares del municipio de Marianao en espera para entrar en combate.

—Él es un rebelde de toda la vida. Desde que era un jovencito ha venido luchando sin descanso por su país. Empezó la actividad política contra Machado. Ha estado preso en numerosas ocasiones, en dos oportunidades en la cárcel de Isla de Pinos —acotó Camejo.

—Hugo, quiero que mañana por la mañana me llesves a casa de Jacinta, se operó y no he ido a verla —le pidió Mercedes.

—Mamá, no puedo, tengo una tarea muy importante que cumplir.

—Bueno hijo, iré en la guagua. Te lo pedí porque el tiempo está lluvioso y no me gusta andar sola.

—Mamá, yo no puedo tener secretos para ti porque tú has sido mi inspiración y mi guía, además de ser mi madre. Mañana me toca un entrenamiento militar. Es el primero y no puedo fallar. Nos preparamos para derrocar a Batista. Como comprenderás esta actividad tiene un carácter muy secreto y urgente a la vez.

—¡Ay, hijo, eso sí me da miedo! ¿Y dónde será?

El lugar no se sabe. Estamos organizados por células pequeñas y a la nuestra le toca mañana. El arma principal ahora es la discreción..., la discreción absoluta. En eso nos va la vida, pero no hay otra alternativa para derrocar a Batista.

—Solo quiero pedirte una cosa, hijo: cuídate porque si te matan yo no sé qué será de mí. La dictadura es cruel y no perdona a sus enemigos. Yo me imaginaba que tú estabas en algo muy serio.

—Mamá, a Batista de la única forma que se le puede zafar del poder es con las armas; tú aplaudiste la intentona del doctor Rafael García Bárcena, cuando quiso tomar ese bastión militar que es Columbia con numerosos jóvenes revolucionarios.

—Yo sé que esa es la única manera, pero no quiero que te maten. No obstante, cuenta siempre conmigo, hijo.

—Mamá, yo nunca querría darte ese dolor de perder un hijo; sé del sufrimiento inmenso de las madres por estas cosas, y aunque yo no lucho pensando en que puedo morir, esa es una posibilidad de la cual desafortunadamente algunos no escapan.

La madre no pudo contener el llanto y se justificó:

—Lloro por dos cosas: el orgullo de tener un hijo valiente y revolucionario y por esa posibilidad real de que un día seas mártir. Las madres nunca queremos que nos maten a los hijos, pero también comprendo que a Batista hay que derrocarlo.

—Yo sé que en el fondo tú apruebas mi gesto, y lo hago por ti, por mí... , por nuestro país. Despreocúpate, mamá, que me cuidaré todo el tiempo para hacer más cosas útiles. Ahora, quiero que no se te olvide: mis sentimientos patrióticos, de cubano digno, los aprendí de Mercedes Valdés, mi madre.

Thompson, que escuchaba atónito el diálogo entre aquellas dos personas apreciadas por él, comprendió que la muerte acechaba al revolucionario todos los días. Y de ese riesgo él no estaba excluido, porque caminaba sobre la misma cuerda floja del jefe de su célula.

El domingo amaneció fresco. Temprano el sol brillaba más que otras veces. Por las calles circulaban pocas personas, porque ese día de la semana aprovechaban para dormir un poquito más. Solo pocos vehículos, algunos coches tirados por caballos y carretillas, interrumpían la tranquilidad y la paz de la ciudad. Varios jóvenes, muy cerca uno del otro, observaban el panorama matutino mientras conversaban animados en la parte posterior de la plaza de Marianao. Sus rostros trasmitían satisfacción. Esperaban, con el corazón agitado, que les condujeran a la cita fecunda.

Por fin aparecieron los dos vehículos, quince minutos después de lo previsto. De inmediato el jefe dio la orden de abordarlos y apretujarse. Todos tenían que caber. Sin perder tiempo arrancaron. Muy pronto se dieron cuenta que salían de la ciudad. Mantenían una velocidad de sesenta y cinco a setenta kilómetros por hora y guardaban ente sí la distancia mínima permitida.

El silencio los acompañó todo el tiempo, solo interrumpido por la pregunta de Hugo acerca de la demora y la respuesta del chofer que había amanecido ponchado. Parece que esa actitud es propia de los hombres cuando marchan al encuentro sagrado del deber. Y aquel mutismo volvió a interrumpirse por la voz del jefe:

—Señores, hoy es un día histórico. Siento una alegría inmensa por ir para donde vamos. Pienso que la ortodoxia nos empujó hasta aquí. Presiento que el camino escogido para continuar la lucha es otro, quizá más riesgoso, pero indispensable... Luego seguimos hablando, creo que llegamos.

Los vehículos se detuvieron, todos bajaron resueltos. Esperaban por ellos. Frente a los compañeros, un joven alto y expresivo, comenzó hablar con un lenguaje persuasivo y seguro, era Alejandro. Como algunos lo conocían, enseguida se filtró que ese era Fidel Castro. Pero ese día no se develó el misterio si era o no el jefe máximo. Y en el recuerdo de aquellos valientes quedó su exhortación:

—Acérquense, acérquense aquí, escuchen... Un saludo cordial y los felicito a todos, en nombre de la jefatura de este movimiento. Ninguno de ustedes ignora que estamos aquí convocados por el deber y por la justicia. Ha llegado la hora de prepararnos y lo vamos hacer militarmente para derrocar la tiranía de Fulgencio Batista. Debo ser claro, transparente y a la vez breve, en aras de ganar tiempo. Todos formamos parte de una organización revolucionaria, clandestina con el propósito que ya les dije.

”Somos una generación que tiene como motivo principal rescatar las ideas del Apóstol y eso requiere gran sacrificio, incluso morir si es necesario. Nos estamos preparando para vencer y derrotar al enemigo, esa es

la consigna, pero requiere también de algo importante: la discreción. Tenemos que convertirnos en una tumba. Son miles los que quieren estar aquí con nosotros, pero ustedes son los escogidos, los privilegiados de la patria. Ya muchos otros se vienen preparando desde hace algunos meses. ¿Podemos contar con ustedes?”.

El sí que se escuchó fue firme y rotundo. Entonces concluyó:

—Ese sí pudiera interpretarse como nuestra conformidad, como nuestro juramento. ¡A prepararnos ahora!

De inmediato comenzó la tarea. Uno de los instructores aclaró que los fusiles y escopetas con que contaban no eran de guerra, pero servían para hacer justicia. Lo importante radicaba en aprender a usarlos óptimamente. Les advirtió del cuidado que debía observarse porque se utilizarían cartuchos reales, en ningún caso de salva. Y que las balas de los fusilitos de caza calibre 22 caminaban kilómetros. Por eso la disciplina y responsabilidad resultaban de suma importancia.

Explicó entonces cómo disparar, el alcance, los órganos de puntería y todo lo necesario. Hizo una demostración sobre un blanco colocado a cincuenta metros; de diez disparos nueve dieron en el centro de la diana. Todos quedaron impresionados con la destreza. El instructor les instó aprovechar el tiempo al máximo, pues a las dos de la tarde tenían que recesar.

Se separaron en cuatro grupos. Cada colectivo tenía un instructor con las armas correspondientes: fusiles de caza calibre 22, Mosberg, Browning, algunas escopetas calibre 12 y 16... Comenzaron por el arme y desarme de cada tipo de arma. Esto les resultó muy fácil, pero se percataron de cuan necesario era porque estas pueden encasquillarse y hay que saberlas reactivar. Le siguió la teoría de la puntería y por último,

el tiro en sí: tendidos, de pie, sobre la marcha... Concluyó el entrenamiento con las palabras de Alejandro, la cuales quedaron grabadas en la mente de todos, y Cartaya las recordaría así.

—Señores, son muchos grupos iguales que ustedes los que se entrenan en el país. Desde varios meses atrás venimos haciendo esta preparación en diferentes lugares y ahora solo la haremos en sitios como este, retirados de la ciudad, por un problema de discreción. Las armas que estamos usando las hemos comprado nosotros mismos con mucho trabajo.

”Solo con un uso efectivo podemos igualarlas con las de guerra del ejército. La eficacia de estas escopetas a corta distancia para asaltos y golpes de mano es muy buena. Dos cosas para terminar hoy: la discreción es fundamental, ni siquiera es bueno que se conozcan entre ustedes, ya habrá tiempo; y lo otro, ¡señores, nos preparamos con las armas para combatir al régimen y hay que estar dispuestos a cualquier sacrificio! ¿Están ustedes de acuerdo?”

Volvió a oírse un sí que retumbó en aquellos parajes. Thompson sintió una emoción inigualable. En absoluto silencio se fue fogueando para el combate la juventud del centenario.

Durante más de cinco meses esos decididos hombres asistieron a las prácticas. Por lo general estas se desarrollaban los fines de semana y los grupos se alternaban. Nueva Paz, Artemisa, Guanajay, Capellanías, San Miguel, Larrazábal, La Gloria, Campo Florido, Palos, entre otros lugares, fueron testigos de la perseverancia de aquellos.

Los órganos de inteligencia del Gobierno nunca llegaron a saber que decenas de jóvenes salían de la ciudad cada semana para prepararse militarmente con el

fin de destronarlos. Aunque sí hubo determinados percances principalmente durante los traslados.

El ejército vigilaba las carreteras y todo el que le resultara sospechoso lo aprehendían. La persecución era obstinada e intervenía, tanto el ejército como la policía y demás órganos represivos. Un día detuvieron a todos los integrantes de la célula donde Thompson militaba antes de llegar a su destino; los trasladaron para el puesto de la Guardia Rural en Güines.

En el interrogatorio dijeron que iban para casa de unos amigos en ese pueblo. Uno de los guardias les pidió el nombre de la familia que pretendían visitar, pues lo comprobarían. Todo se enredó, las preguntas no cesaron. La condición de trabajadores de Hugo Camejo, Andrés García y de Thompson suavizó la situación, pero no los dejaban libres. Tuvieron que llamar a la abogada Melba Hernández Rodríguez del Rey quien, corrió hasta allá y logró sacarlos sin mayores complicaciones. El suceso no afectó el entrenamiento planificado.

Otro incidente ocurrió en el monte donde hacían las prácticas en esa ocasión. Cuando recogían para regresar, llegaron hasta ellos dos policías quienes andaban cazando. Preguntaron el motivo de tantos disparos. Fidel, en un tono académico, les dijo que estaba enseñando a los muchachos porque era bueno saber tirar y hacerlo bien. Y con jovialidad los invitó a ensayar. Los policías se embullaron, tiraron a los blancos durante un rato hasta que se disculparon y se fueron.

Concluido el mes de abril de 1953 la dirección del movimiento se vio sometida a una intensa actividad de preparación: incremento de sabotajes y propaganda; adquisición de armas, municiones, uniformes, medicamentos; y cuanto detalle se consideró necesario. Sobre todo se perfeccionó la coordinación entre las diferentes

células revolucionarias del país, las que debían cumplir importantes misiones antes, durante y después de las acciones previstas. No se descuidó la preparación de las fuerzas vivas, el adiestramiento se incrementó con el mismo rigor de siempre.

Dado el carácter revolucionario del movimiento el aspecto político ideológico de la acción estuvo presente en todo momento. Se necesitaba una marcha patriótica y un manifiesto. Eran imprescindibles. Fidel pensó en quienes, por sus posibilidades, podían cumplir la tarea. Se disponía de solo unos pocos días. Raúl Gómez García quien se destacaba por sus versos, su prosa y su conducta recta en la lucha por la libertad, fue el encargado de escribir un encendido manifiesto, para darlo a conocer al pueblo una vez tomadas las posiciones.

Un encargo que nunca imaginó

La célula de Hugo Camejo, como todas las demás, participó en su último entrenamiento en la finca Santa Elena, Nueva Paz. Sus integrantes estaban eufóricos, se acercaba la hora tan esperada. Thompson ni se imaginaba que aquel sería un día inolvidable para él, por una razón muy particular. El líder del movimiento se le acercó y con su forma de hablar clara y directa inició una conversación que Agustín nunca ha podido olvidar:

—Thompson, tenía interés en verte. Alguien me dijo, puede haber sido Hugo Camejo, tu jefe inmediato, que sabes algo de música, de composición. Tu nombre es Agustín Díaz Cartaya, ¿de dónde te viene lo de Thompson?

—Siempre he practicado pelota y hay un jugador de Grandes Ligas que se llama así. Entonces como yo metía muchos jonrones y él también, me pusieron ese apodo, y todavía muchísima gente me dice así.

—Thompson, hace falta que hagas una marcha patriótica, una suerte de himno para el movimiento del centenario, para este movimiento. Pero fíjate, no hay mucho tiempo, tiene que ser ya.

—¿De qué tiempo dispongo?, dígame usted.

—Trabaja, trabaja en eso, yo voy a casa de Hugo Camejo, a tu célula, en dos o tres días. Necesitamos esa marcha que tú vas hacer y un manifiesto en el que ya está trabajando Gómez García. Ambos, aunque son cosas

distintas, deben recoger nuestro compromiso, los objetivos de la lucha, quiénes lo hacemos, por qué lo hacemos y las fuentes en que nos inspiramos.

—¡Cuenta con esa marcha!

Meses atrás Thompson comenzó a experimentar un sentimiento de gozo muy fuerte. Su vida había dado un vuelco positivo. Cuando conoció que el compañero ante el cual fue presentado allá en Prado era el máximo jefe del movimiento y que ese no era el proceder común, lo consideró un gran privilegio. Desde entonces fue un acicate para él. Se sumó a la causa de manera incondicional. Con el encargo recibido se sintió premiado. El mayor premio del mundo.

Con un torbellino en su cabeza realizó el viaje de regreso ese día 20 de julio de 1953. Lo que estaba viviendo no era un sueño, una imaginación, una fantasía; él, un ciudadano con una procedencia tan humilde y además negro, era tratado con gran respeto igual que al resto de sus compañeros. Por eso sintió tanto orgullo, al recibir una tarea de envergadura, y que fuera planteada por Fidel, un representante de lo más emblemático de la lucha, que era como decir la patria. Se sintió un Perucho Figueredo* o un Claude Joseph Rouget de Lisle.**

De inmediato comenzó a trabajar. Con gran apremio y dedicación repasó la historia de los himnos nacionales de Cuba, de Francia y otros; puntualizó el concepto etimológico de esta modalidad musical para ser preciso

* Patriota cubano, compositor del *Himno de Bayamo*, himno nacional cubano.

** Oficial y compositor francés, autor de la letra, y quizá de la música de *La Marsellesa*, himno nacional francés.

en lo que se quería; indagó acerca de algunas leyendas relacionadas con este tipo de composición. No había mucho tiempo. La musa le repetía la convicción de un triunfo seguro, transmitida por Alejandro en aquel encuentro en Prado 109, y las palabras que le dijera sobre el contenido en el instante que le pidió la obra. Lo demás lo dejó a la inspiración.

Se decía: “Dale Thompson que estas oportunidades no se repiten. Mar-mar-marchando vamos hacia un... un...”

”Sa-sabiendo que... sabiendo que hemos de...”

”Marchando, vamos hacia un ideal, sabiendo que hemos de triunfar, en aras de paz y prosperidad, lucharemos todos por la libertad... Preparararara... Y arriesgaremos decididos por esa causa hasta la vida. ¡Que viva la Revolución!”

—¡La tengo, la tengo. Ya tengo la marcha! Ya se la puedo cantar también. ¡La tengo, la tengo, en solo unas horas! ¡Ah!, debo hablar bajito porque van a pensar que estoy loco, y lo que estoy es arrebatado de alegría.

El compositor se concentró, revivió en su mente el sufrimiento de las madres..., del pueblo todo. Transcurridos unos días, en menos de setenta y dos horas, había logrado poner el sentimiento patriótico en letras. Bellas, emotivas y sentidas letras, unidas a una cadencia musical vibrante y fácil de entonar.

La dirección del movimiento mantuvo en esos días una febril actividad. Puntualizaba los detalles de la operación, para lo cual Fidel visitó cada una de las células de occidente. Hugo convocó a sus compañeros para su casa. Solo faltaron Adalberto Ruanes Álvarez y Orestes Abad Lorenzo. Mercedes se unió al grupo. Se sentían tensos porque sabían que la acción esperada, estaba muy cerca y el líder venía a orientarles las actuaciones

correspondientes. Además, serían testigos de un hecho que quizá, fuera conocido por los jóvenes del futuro: la aprobación o no de la composición musical que los acompañaría al encuentro con la patria. Esperaban disciplinados su destino.

Transcurría el 24 de julio de 1953, en la casa sita en San Celestino número 152, Marianao, las manecillas del reloj habían rebasado las nueve de la mañana. Un toque en la puerta dejó a todos en vilo, y cuando abrieron era el hombre esperado. Una mezcla de alegría y respeto llenó los sentidos de los presentes, pero estaban expectantes.

En cuanto Fidel comenzó hablar, mágicamente el ambiente cambió. Le preguntó a Hugo cómo estaban las cosas, y este respondió que hasta ese momento, bien. Les orientó que debían mantenerse localizables y atentos, porque de un momento a otro el movimiento necesitaría del concurso de todos ellos. Luego precisó varios detalles.

Thompson esperaba impaciente. Al fin llegó el momento ansiado. El jefe le preguntó si estaba lista la marcha. El joven, algo agitado, le respondió:

—Sí. Y además de decirla puedo cantarla, porque también logré la música.

—A ver, empieza por la letra sin música para valorar su contenido.

El compositor, con voz grave, recitó la obra completa sin ser interrumpido:

—Marchando vamos hacia un ideal / sabiendo que hemos de triunfar / en aras de paz y prosperidad / lucharemos todos por la libertad. / Adelante cubanos que Cuba premiará nuestro heroísmo / pues somos soldados que vamos a la patria a liberar / limpiando con fuego que arase con esa plaga infernal / de gobernantes indeseables

y de tiranos insaciables / que a Cuba han hundido en el mal. / La muerte es victoria y gloria que al fin / la historia por siempre recordará / la antorcha airosa alumbrando va / nuestros ideales por la libertad. / El pueblo de Cuba sumido en su dolor se siente herido / y se ha decidido hallar sin tregua una solución / que sirva de ejemplo a esos que no tienen compasión / y arriesgaremos decididos por esa causa hasta la vida. / ¡Que viva la Revolución!

Luego la analizaron por partes. Fidel precisó algunos detalles, preguntó otros. Entonces le pidió que la cantara. Thompson carraspeó y, con afinación, entonó las letras de su inspiración. Los presentes no perdieron ni una nota, Fidel parecía ensimismado, cuando escuchó el tono más alto, visiblemente emocionado alagó al cantante:

—¡Magnífico Thompson! ¡Magnífico! Tienes claridad de nuestra intención en esta lucha, sabes bien lo que pretendemos hacer. ¿Qué te parece Hugo, y a los demás compañeros?

Los aludidos se miraron unos a los otros y expresaron gestos aprobatorios con sus cabezas. Fidel, entusiasmado, consideró:

—¡Señores, ya tenemos la marcha patriótica de nuestro movimiento revolucionario! Muchas gracias Thompson, te felicito. Habrá que ver cómo se la aprenden todos los compañeros. ¡Si se pudiera llevar al pentagrama!

—Eso está más allá de mi alcance —dijo con humildad el artista.

—No importa, escríbela así como si fuera una carta. Ya veremos cómo todos se la aprenden. Por el momento tú debes aprendértela bien.

La letra que acababan de escuchar y el manifiesto: “A la nación”, en el cual se trabajaba, eran instrumentos

simbólicos y hasta programáticos para la lucha, encargados de fortalecer el espíritu combativo y patriótico, tanto de los combatientes como del pueblo todo. Así lo explicó Fidel, de ahí el interés y preocupación porque reflejaran la esencia.

El momento esperado llegó. Se mantuvo el secreto absoluto. Los jefes de células recibieron orientaciones precisas para actuar. Thompson fue citado ese mismo día con carácter urgente por su jefe, para el sitio de reuniones acostumbrado. No faltó ningún integrante. Hugo les comunicó:

—Señores, cada día nos acercamos más a lo que esperamos con ansias. En estos momentos, estamos convocados para desarrollar una acción importante y parece que va a ser fuera de la capital. Es preciso preparar a los familiares para que no se asusten por nuestra ausencia. Debemos hacerlo con cuidado, como siempre; recuerden que la discreción ha sido nuestra arma más valiosa, ahora tenemos que ser herméticos, no se pueden cometer imprudencias.

”La primera condición para esta misión, teniendo en cuenta los escollos posibles, es la voluntariedad. Hay que estar dispuesto a cualquier sacrificio. Señores, habrá riesgos y es por eso que se nos ha orientado seleccionar los compañeros con menos compromisos familiares: que no tengan hijos... Los que estén dispuestos que den un paso al frente. Luego veremos, porque es casi seguro que todos no podamos ir. No hay armas suficientes”.

Thompson no esperó a que su jefe terminara de hablar, de forma enérgica adelantó un paso. Todos, sin el menor titubeo, lo imitaron. Camejo se mostró satisfecho por la actitud de sus subordinados, entonces acabó de transmitir la información recibida:

—Desde mañana se nos movilizará y haremos un viaje. Tenemos que vestirnos como si fuéramos para una fiesta. No podemos llevar dinero, durante el traslado no podemos hablar con nadie extraño ni con otros compañeros fuera del grupo. Para comer o ir al baño nadie lo puede hacer solo, se prohíbe realizar llamadas telefónicas e ingerir bebidas alcohólicas. Todo comentario tiene que tener un enfoque festivo. Estas son las reglas establecidas. Nos vemos aquí mismo antes del amanecer, a las cinco. Puntual, no podemos demorar la salida.

La jefatura del movimiento concibió la acción del destacamento revolucionario en dos puntos estratégicos de la antigua provincia de Oriente:* en Santiago de Cuba el cuartel Moncada y en Bayamo el Carlos Manuel de Céspedes. Se previó la participación de más de ciento cincuenta hombres y dos mujeres. La inmensa mayoría se trasladaría hacia esa región del país en automóviles, en trenes y ómnibus como simples pasajeros. En las dos ciudades previstas se adoptaron las medidas necesarias para la recepción y alojamiento de estos.

Agustín y sus compañeros de célula recibieron la orden de incorporarse al grupo de Bayamo. Arribaron a esa ciudad el sábado 25. El bastión militar que se proponían tomar era uno de los cuarenta y cuatro escuadrones que el ejército de Batista tenía distribuido en toda la geografía de la Isla, para garantizar el saqueo de la nación. A este cuerpo represivo se le conocía

* Una de las seis provincias cubanas en esa época, la más oriental. Con la división político administrativa de 1976 se dividió en cinco: Las Tunas, Holguín, Santiago de Cuba, Granma y Guantánamo.

como Guardia Rural. La misión consistía en tomar el cuartel, sublevar la ciudad y establecer a orillas del río Cauto la primera defensa contra los refuerzos de tropas enemigas que intentaran avanzar hacia Santiago de Cuba.

La fecha prevista para el asalto era el domingo 26, sincronizado con el del Moncada a las cinco y quince de la mañana. La dirección del movimiento designó a Raúl Martínez Ararás como jefe de la acción. Y como responsables de grupos actuarían: Antonio López Fernández, Gerardo Pérez-Puelles Balmaceda, Orlando Castro García y Pedro Celestino Aguilera González.

Fidel, en su paso por Bayamo el 25 de julio cerca de las diez de la noche, llegó hasta el Gran Casino donde se hospedaban los compañeros, ubicado a la entrada de la ciudad, frente al Departamento de Obras Públicas y a pocas cuadras del objetivo previsto. Puntualizó con los jefes designados los detalles de la operación. Todo quedó listo.

A última hora un incidente gravitó negativamente, pendía sobre aquellos hombres como la pesada espada sobre Damocles. El bayamés Elio Rosete, quien fue autorizado para salir unas horas antes del ataque, no había regresado. Este hecho casi los obligaba a cambiar la táctica del asalto y no era aconsejable con tan poco tiempo.

Se había previsto que el jefe del comando vestido de sargento de la Guardia Rural y Rosete, quien era muy conocido por aquellos guardias, entraran con naturalidad por la puerta principal del recinto. Este último debía pedirle a la posta que dejara pernoctar allí al amigo que lo acompañaba. Aprovecharían la atención de esta para desarmarla; penetrarían, entonces neutralizarían al soldado de recorrido; mientras unos se encargaban de

quienes estaban en los dormitorios, otros reducían al guardia de la posta trasera. Todo esto se haría supuestamente sin tirar un tiro.

El jefe de uno de los grupos, el palmero Pedro Celestino Aguilera, sugirió no cambiar el plan y hacerlo más o menos como estaba planeado. Martínez Ararás alegó que sin Rosete no era lo mismo, y además exteriorizó que, no podía descartarse una traición, era posible que los guardias estuvieran avisados.

Fue un error permitirle ir a su casa a tan solo pocas horas del asalto, pero ya no había remedio. El alegato se entendió. Esa hipótesis les obligó a ser en extremo cautelosos y desarrollar arriesgadas improvisaciones sobre la marcha. El cambio dejó atónito al grupo y aunque el jefe trató de restarle importancia, aquello pudo haber influido en el ánimo de los combatientes.

Cuando llegó el instante de dirigirse al cuartel, el jefe del comando arengó a sus jóvenes compañeros, aunque no podía ocultar su preocupación:

—Señores, la hora de la verdad ha llegado. La misión es tomar el cuartel que tenemos a unas cuatro cuadras. Iremos en máquina. Hay que aprovechar el factor sorpresa. Todos atacaremos por el fondo.

Cuando los revolucionarios se acercaban al cuartel, la ciudad dormía en paz y los albores de un nuevo día anunciaban otro amanecer, pero este sería distinto. En la calle no se veía un alma, lo cual favorecía el traslado. La guarnición presente en el cuartel estaba compuesta por doce elementos: dos cubrían la posta del frente, uno la del fondo, otro hacía el recorrido y los ocho restantes dormían. El auxiliar de cocina ya preparaba el desayuno. Los demás miembros del escuadrón incluido el jefe, estaban fuera del campamento por diversas razones. Todos eran ajenos a los acontecimientos que se avecinaban.

De un lado a otro se movía el sargento Indalecio Estrada, quien realizaba el recorrido, avisgado como siempre, con su ametralladora. Orgullosa, se esforzaba para no defraudar a su superior, que en su momento lo había calificado en público como “el mejor que cuida el cuartel”. Por eso nadie quería coincidir en su guardia. Esa noche incitaba a sus compañeros a que no se durmieran. Cada vez que pasaba por la estufa tomaba café para avivar el ánimo.

Mientras, en el exterior, el comando revolucionario se movía; la tensión era extrema. La cautela era su mejor arma. Tras la señal convenida los hombres, con gran sigilo, avanzaban tramos cortos cada vez, lo cual, unido al color oscuro de los uniformes, ayudó a que los de adentro no repararan en ellos. La actuación dependía de lo que encontrarán durante la marcha, pues esta área no fue explorada antes.

Agustín y Pedro Celestino Aguilera desde el primer instante se colocaron entre los primeros. A unos metros de la puerta trasera de la edificación, chocaron con una cerca de varios hilos de alambre de púas que complicó el avance. No obstante, el grupo logró superar el obstáculo, y continuaron la misión.

El éxito de la operación dependía en gran medida de acercarse lo más posible sin ser detectados. La oscuridad les limitaba la visibilidad, avanzaban a tientas. A pesar de lo difícil no desistieron. De pronto se rompió el silencio; chocaron con un cementerio de latas de alimentos vacías que los cocineros tiraban allí desde hacía meses. Intentaron esconderse y tropezaron entonces con varios bolos de madera, que recién habían sido decomisados y depositados allí. El estruendo y la confusión cambiaron el panorama. Al instante se escuchó el grito del soldado Navarro, quien cubría la posta en esa parte:

—¡Alto, alto quién vive!

De inmediato uno de los asaltantes disparó y se sintió de nuevo la voz del soldado:

—¡Ay, me han herido en un brazo!

El sargento Indalecio no podía imaginar lo que sucedía, tampoco había escuchado a su compañero, por eso comentó con el cocinero:

—Se le fue un disparo a la posta de atrás. Seguro se durmió, empezó a soñar y “jaló” el gatillo. Déjame ver, déjame ver qué pasó... ¡así se matan ellos mismos!

Cuando se acercaba escuchó los quejidos del centinela, quien repetía que estaba herido. De momento hubo una bulla muy grande e inesperada y las bestias se azoraron. Comenzó una balacera interminable. Un soldado se le unió y al llegar a la puerta, se quedaron perplejos al ver aquellos guardias que disparaban hacia el cuartel. Estaban desconcertados, necesitaron algunos minutos para comprender que se trataba de un ataque. Fue entonces cuando respondieron con sus armas. Al calor de la acción los hombres que dormían se fueron incorporando.

Se había perdido el factor sorpresa, la situación era muy crítica para los revolucionarios; la diferencia del armamento de los contendientes era abismal. Las posiciones tampoco los favorecía, los del fortín estaban parapetados y ellos desprotegidos completamente. Ante estas desventajas no quedaba otra alternativa que retirarse. Así lo hicieron.

El fuego se tornó intenso y los obligaba a pegarse contra el suelo ni las cabezas podían levantar, hasta con ametralladoras les disparaban. La situación era desesperada para estos compañeros. Mas no se rindieron, la ecuanimidad no los abandonó y arreciaron la riposta con sus armas. Se arrastraron en dirección de la cerca por la parte



donde se almacenaban los bolos de madera para que estos los resguardaran.

Cartaya fue el primero en cruzar los hilos de alambre de púas y el último en apartarse de allí. Consumió todos los cartuchos de su fusil, se negaba aceptar la derrota. La juventud de estos hombres los ayudó para saltar con rapidez y alejarse del lugar, pero no les evitó la tristeza por el fracaso de la importante misión.

Lo que sucedió a continuación

Luego de enfriadas las ánimas de las armas y los soldados recuperar algo de tranquilidad, llegó al cuartel, asustado, el primer teniente Juan Rosselló Pardo, su jefe. La ausencia lo ponía en evidencia y no quería ser regañado. Conoció que dos de sus hombres fueron heridos: Navarro y Antonio Blanco Rodríguez, y que no hubo bajas mortales de los atacantes.

¡Esto era una vergüenza, tenía que salvar la “honra”! De inmediato reunió a sus subordinados y dio instrucciones. Comenzó entonces una brutal y desesperada cacería de los valientes jóvenes, quienes trataban de salvarse y de escapar por diferentes lugares como Manzanillo, La Habana, San Luis... Solo uno estaba herido, Gerardo Pérez-Puelles Balmaceda.

Como fieras salvajes los secuaces siguieron todos los rastros. Tras varios días de persecución, aprehendieron a once compañeros quienes, después de horribles torturas, fueron asesinados cruelmente con el apoyo de otros esbirros del territorio. Aquellas bestias no respetaron leyes. Nada de acuerdos sobre derechos humanos, todo aquello estaba regulado para otros no para ellos, quienes eran unos criminales inmorales, sin un ápice de dignidad.

El primer teniente Rosselló Pardo se hizo famoso cazando a los jóvenes atacantes. Se jactaba diciendo que él solito había matado a diez. Durante esos días no se

quitó el uniforme manchado de la sangre generosa de los valerosos muchachos. Ocho eran de la célula de Cartaya: Hugo Camejo Valdés, Pedro Véliz Hernández, Rafael Freyre Torres, Rolando San Román de las Llamas, Ángel Guerra Díaz, Luciano González Camejo, José Testa Zaragoza y Lázaro Hernández Arroyo. Completaron la cifra, Mario Martínez Ararás y Pablo Agüero Guedes.

Los dos primeros aparecieron ahorcados en la carretera de Manzanillo a Bayamo. Se supo que los habían sacado del cuartel de Manzanillo a las dos de la madrugada, los bajaron en un lugar de la vía, los golpearon hasta provocarles la muerte y después los colgaron con alambre de púas.

Esta información pudo conocerse por Andrés García Díaz, quien fue una víctima más de aquel espantoso acto y se salvó milagrosamente, pues al rato recobró el conocimiento y un campesino lo ayudó. Fue el único sobreviviente de los once que apresó la dictadura en esta región. Este testimonio resultó demoledor para el régimen, ya que le llegó oportunamente a Fidel, quien lo expuso con todo detalle ante el tribunal que le juzgó en Santiago de Cuba.

No todos los guardias emularon con el sanguinario Roselló. El día que ultimaron a José Testa Zaragoza, dos soldados mantuvieron una actitud digna ante la orden de aquel:

—Hazte cargo de ese hombre, soldado Pérez.

—¿Con qué objetivo, teniente Rosselló? —se apreciaba cierto respeto en la voz.

—¡Cómo que con qué objetivo, soldado? ¿No entiende usted las órdenes? Para que lo mate, por supuesto.

—¿Matarlo yo, teniente? —el tono era de negación.

—¡Ah, pero qué está pasando aquí, insubordinación! Esta gente vino de La Habana a matarnos y ahora usted...

Embriagado de sangre, el petulante oficial se viró hacia otro soldado y, a voz en cuello le ordenó:

—Dale tú, Filiberto Rodríguez. Mata a este tipo, que Pérez no quiere cargo de conciencia.

—Mire teniente, yo, igual que Pérez, no mato hombres indefensos, amarrados... En el cuartel no me importaba haberlo matado, pero así amarrado no es de hombre, teniente. No me dé esa orden.

—¡Ustedes lo que son unos pen...! Esto se hace así —iracundo, sacó su revólver de reglamento calibre 45 y con saña hizo seis disparos sobre el pecho y la cabeza del joven combatiente maniatado.

No todos los asaltantes corrieron el mismo destino, por ejemplo Cartaya y otros tres compañeros en la retirada llegaron a casa de la familia Martínez Corona, muy cerca del cuartel. A pesar del riesgo que corrían les atendieron con lealtad. Les facilitaron ropa de civil, Agustín no necesitó porque traía una muda debajo; pero pidió perfume para quitarse el olor a pólvora.

Se mostraron muy agradecidos por la ayuda recibida, y con la nueva imagen salieron para la calle. En un aparte Cartaya le había dicho a Aguilera que los cuatro no podían seguir juntos porque era muy peligroso; entonces se ponen de acuerdo y se separaron en dos grupos.

Acordaron que la mejor variante era partir hacia La Habana. Luego cambiaron, irían a casa de un amigo del palmero, dueño del depósito de cerveza Hatuey en Bayamo. A este hombre le explicaron la situación extrema que atravesaban: se proponían escapar de la ciudad, pero no tenían dinero. Sin ambages le pidieron cien pesos y le aclararon que no tenían otra alternativa.

El comerciante dudó, no accedió de inmediato. Entonces los revolucionarios le comentaron que existían situaciones en las cuales los hombres se veían precisados hacer

cosas dentro de lo razonable, que nunca pensaron. El individuo quizá se sensibilizó y les entregó lo solicitado. Ellos agradecieron el gesto y le prometieron devolvérselo algún día. Enseguida se retiraron, Cartaya le dio noventa pesos a Aguilera y guardó los diez restantes.

Analizaron cómo actuar. Decidieron tomar el tren hacia el poblado de San Luis, a unos cincuenta kilómetros de la ciudad de Santiago de Cuba. Trataron de demostrar que no andaban juntos. Cada cual compró su pasaje y subió al coche. Desde asientos algo apartados entablaron una conversación sobre temas intrascendentes. Pasado un rato, al ver que iban pocos pasajeros, se sentaron uno al lado del otro y hablaron casi en susurro de cuanto les preocupaba:

—Aguilera, yo no puedo creer que hayan fracasado los dos intentos. ¿Qué tú crees?

—El ataque al cuartel de Bayamo fue minuciosamente planificado. Fidel en persona lo puntualizó todo, yo fui testigo. La coordinación con los mineros de Charco Redondo para volar los puentes fue perfecta. Esto aquí no podía fallar porque ponía en grave peligro los planes de Santiago, y ya ves, falló. A lo mejor tú no conoces esa historia, pero yo tenía un rol importante en todos esos planes con esos mineros después de la toma de Bayamo.

—Con más razón, Aguilera, lo de Santiago no puede haber fracasado. Tenemos que averiguar bien.

—Si lo de Santiago tuvo éxito nosotros todavía podemos hacer algo.

—Si es así, si lo de Santiago no se frustró, podemos levantar en armas al pueblo de San Luis, la tierra donde nació Antonio Maceo. ¡Oíste cómo la gente comenta con júbilo lo de las dos acciones! Todo el mundo quiere que la dictadura se caiga. Aquí nadie está de acuerdo con ella.

—Como te dije hace un rato, Cartaya, en San Luis conozco una buena parte de los integrantes de la célula revolucionaria. Habrá que ver, son compañeros muy activos y han desarrollado importantes y numerosos sabotajes. En cuanto lleguemos tenemos que contactar con el hombre que responde por el trabajo allí. Nos hace falta que lo de Santiago no haya fracasado... ¡Creo que estamos llegando a San Luis!

Aguilera se asomó a la ventanilla y comprobó que estaban muy cerca de su destino. Cartaya, quien se quedó pensando en las últimas palabras de su compañero, continuó el diálogo:

—¿Y desde cuando tú no hablas con ellos?

—Hará más o menos una semana. El responsable es un tipo chévere, cumplidor y muy valiente.

—¿Y tiene mucha gente?

—Sí, son un montón. Estos pueblos de por aquí son muy entusiastas, muy revolucionarios, y la gente es “echá pa'lante”. Yo te digo que si hubiera que levantar a Palma Soriano, ¡ese es mi pueblo!, buscan armas de dondequiera. Yo tengo un movimiento revolucionario bien consolidado, calculo que mi célula es la más grande de todas, porque abarca estos lugares cercanos a la ciudad.

Se quedó pensativo un instante, pero enseguida, con optimismo, afirmó:

—¡Todavía podemos hacer muchas cosas, Cartaya!

Aquellos hombres estaban tan convencidos del porqué se jugaban la vida, que a pesar del revés y de encontrarse solos, siguieron haciendo planes. No aceptaban que todo se hubiera perdido y alentaban el deseo de reorganizar la lucha. Decididos como estaban, se dieron cuenta de que habían llegado. Cartaya le transmitió a su compañero una idea lógica:

—Tenemos que tomar algunas precauciones al bajarnos. Siempre es bueno y no está de más.

—Sí, vamos a bajarnos por el lado contrario del andén. Caminamos media cuadra y llegamos a una casa conocida. Desde allí mismo mando a buscar a la gente.

Así lo hicieron. Discretamente comprobaron que nadie los seguía, entonces tocaron a la puerta entornada que daba a la calle. Al instante salió una señora que Aguilera había visto en otras ocasiones. Tras saludarla le preguntó por el esposo. Ella lo reconoció y además, parecía estar al tanto de todo, por eso le respondió:

—Desde temprano se fue para casa de la mamá. Usted sabe que las cosas no están muy buenas que digamos... hay revueltas y él..., pero si quiere lo mando a buscar con un muchacho.

—Entiendo..., es prudente que nos veamos en otro lugar.

—Mire, en casa del hermano de Viriato* es mejor y no es lejos. Es muy cerca de donde él está.

—Nos vamos entonces con el joven para la casa del hermano.

En pocos minutos estaban frente al lugareño. Después de las presentaciones correspondientes Aguilera le aseguró a Cartaya:

—Mira, ahora con él vamos a hacer eso que tú dices: vamos a preparar las condiciones para levantar en armas a San Luis, y así apoyar las acciones que han tenido lugar hoy 26 de julio, en Santiago de Cuba y en Bayamo.

Viriato sabía que algo había sucedido aunque no tenía los detalles, por eso le comentó a Aguilera:

—Yo tengo la gente preparada por si hace falta apoyar... Todo el mundo está a la espera. Esa fue la orden que me llegó desde Palma Soriano.

* Nombre ficticio.

—Esa fue la orden que mandó a dar Fidel. A mí me llegó y así mismo se la trasladé al hombre que se quedó allí en Palma al frente del movimiento para que la transmitiera.

—¿Y tú, dónde estabas? ¿Tú no vienes ahora de Palma? Tampoco veo tu máquina...

—Después te digo de dónde vengo. Ahora, el compañero te va a explicar una idea que estuvimos elaborando y que queremos precisar contigo.

Cartaya le plantea que ellos tienen el propósito de levantar en armas el pueblo de San Luis, si se dieran las condiciones, pues primero había que saber lo que estaba pasando en Santiago. Aguilera reafirmó:

—Sí, Viriato. Nosotros queremos saber para... El pueblo está alborotado con lo que está pasando y de seguro apoyará, pero tenemos que estar claros por dónde van las cosas en Bayamo y Santiago.

El sanluisero, que ya había escuchado por la radio noticias contradictorias y no favorables al movimiento, encendió el aparato y sintonizó la *Cadena Oriental de Radio*. Comentó que la información la repetían constantemente. En solo pocos minutos se oyó una voz que decía algo así:

¡Atención, atención, noticias de última hora! En la madrugada de hoy domingo 26 de julio de 1953, un grupo de forajidos intentó tomar por sorpresa el cuartel Moncada de Santiago de Cuba. Algunos de los asaltantes murieron en el cobarde intento, mientras que el resto se dio a la fuga. En consecuencia, el Gobierno ha decretado el estado de sitio en toda la provincia de Oriente y la suspensión de las garantías para todo el territorio nacional.

Las autoridades gubernamentales mantienen el control absoluto de todas las instituciones oficiales y esperan restablecer el orden asociativo lo antes posible.

Firmado: Despacho de la presidencia de la república.

Se quedaron en silencio durante unos minutos, el cual Aguilera interrumpió con una pregunta a Cartaya:

—¿Qué propones? La parte de nosotros falló y de Santiago no sabemos bien. La radio puede estar desinformando. El parte es confuso.

—Hay que ir a Santiago y averiguar qué pasó. Allí sí se sabe enseguida lo que sucedió. ¡Te fijaste cómo en el parte no dijeron nada de Bayamo! Lo hacen para restarle importancia a la acción. Bayamo es un lugar estratégico desde el punto de vista militar. También histórico, allí nació la guerra de Independencia.

—De Bayamo no hablan, Cartaya, porque entonces serían dos los lugares y eso da idea de cosas mayores.

Ante la pregunta sobre la posibilidad de llegarse a Santiago para averiguar todos los detalles, Viriato se mostró solícito, explicó la forma de hacerlo. Entonces Cartaya facilitó dinero para la gasolina de la máquina y le dejó bien claro que la información debían obtenerla de una fuente autorizada porque tenía que ser auténtica e inequívoca. De inmediato el revolucionario hizo los trámites necesarios con un vecino cercano; a su regreso tranquilizó a sus compañeros con la convicción de que las personas encargadas de la misión eran de extrema confianza.

Cartaya, quien no cesaba de pensar en su plan, le interrogó:

—Ahorita afirmabas que todo el mundo está esperando el momento por si hace falta apoyar. ¿Apoyar qué?

—Con lo que sé de Santiago ahora, todo parece estar más claro, pero cuando vinieron de Palma Soriano a decirme que tuviera la gente preparada para apoyar cualquier cosa, no se me aclaró ni yo pregunté. Pensé que era para algo grande que se iba hacer en el país. Esto mismo, por ejemplo, de levantar en armas el pueblo de San Luis. Puse a todos en alerta.

De modo que la idea de levantamiento del poblado podría materializarse. Entonces Aguilera, quien conocía con claridad las orientaciones dadas, aprovechó para estimular al compañero por cumplir con exactitud, y le aclaró que la forma empleada respondió a medidas de seguridad.

A continuación hubo un silencio prolongado, los tres hombres, cautivos de la impaciencia, hablaban de las distancias entre los principales pueblos que estarían en acción revolucionaria y la capital provincial, la ciudad de Santiago de Cuba: de San Luis, veinte kilómetros; de Palma Soriano, treinta y de Bayamo, ochenta; todas aproximadas.

Transcurridas cerca de dos horas llegaron los mensajeros. El que iba de chofer habló:

—No pudimos entrar al centro de Santiago. Eso está lleno de soldados y de policías por dondequiera. Por nada nos dejan preso. Te preguntan de todo y si no estás claro te guardan. Nos topamos con un amigo mío que salía de la ciudad y me dijo: que la gente está recogida en sus casas; que hay muchas rondas en las calles; que están apareciendo asaltantes muertos en algunos lugares; los cogen presos y luego los matan. Asegura que hay cantidad de militares muertos que cayeron en el ataque. Y aclaró que cuando los guardias ocuparon el hospital y el palacio de justicia prácticamente el enfrentamiento terminó. Nosotros comprobamos lo

del patrullaje además, en la ciudad no se sienten disparos y se ve poca gente en la calle.

La información no contenía nada alentador. Los tres revolucionarios se sentaron a considerar la situación. Tomaron café que les brindó la cuñada del lugareño, y les vino muy bien mientras se recuperaban del impacto de las noticias acabadas de recibir. Aguilera fue el primero en emitir un juicio:

—Esto pinta mal. Si Santiago también falló, estamos perdidos.

—Mira, Aguilera, yo me resisto a creer que no haya nada más que hacer —dijo con firmeza Cartaya—. Esto ha costado demasiado caro para derrumbarse en un segundo. ¡No puede ser, noooo!

—Bayamo era menos complejo que Santiago y fracasó. En Bayamo se falló por un detalle —aseguró Aguilera.

Viriato los escuchaba, no podía emitir juicios porque aún no conocía los pormenores, pero estaba dispuesto para lo que se decidiera realizar en lo inmediato. Por su parte los otros dos no determinaban aún qué pasos dar. Cartaya quería quedarse a solas para meditar. Su compañero de acción se tiró un rato en una cama y el lugareño se apartó unos metros.

Aquel hombre que se batió en el cuartel de Bayamo, por un instante se sintió abatido, aislado, perdido. La confirmación a priori de que Santiago había corrido igual suerte que Bayamo lo desanimó. Quizá contribuyeron el cansancio, el sueño, la fatiga..., pero la preocupación se llevó la mayor parte.

Con la cabeza entre las manos permaneció buen rato. El entusiasmo que lo animó para cumplir la misión que acababa de fracasar había sido muy grande, y el golpe sufrido por el revés fue demoledor. ¡Cómo no sentirse

aplastado con la situación! La herida era muy dolorosa y triste por eso necesitaba tiempo, incluso para aceptar la nueva realidad.

No estaba en capacidad de comprender que de los reveses se aprende, si se es capaz de un análisis crítico. Repasó su vida de los últimos meses. Recordó a Fidel cuando le pidió la escritura de la marcha patriótica, y el regocijo que sintió cuando este le felicitó por la composición. Rememorar aquellos hechos lo reconfortó, recobró el ánimo. Con determinación le dijo a su compañero:

—Tenemos que ir a lo concreto. Yo tengo mi plan y quiero quedar tranquilo conmigo mismo. Yo me lancé a esto convencido de lo que hacía y de manera incondicional. Incluso el propio Fidel me pidió que hiciera una marcha patriótica para el movimiento y la hice con toda la pasión del mundo.

Aguilera no le dejó terminar de expresar su idea:

—¡Ah!, eso no me lo habías dicho. No sabía que eras poeta. ¡Eso es como si fuera un himno! ¡Qué cosa más grande, Cartaya! ¡Con qué admiración hablamos nosotros de nuestro himno nacional y de su autor, y tú compusiste un himno para estas acciones! ¡Ven acá mi hermano, dame un abrazo!

Los dos hombres se sentían tan comprometidos con la causa por la que luchaban que aquel hecho los hermanó más, lo cual se demostró con el estrechón prolongado que se dieron y sus voces entrecortadas. Posiblemente la emoción fue tan acentuada, por la impotencia que sentían ante la triste realidad que estaban viviendo. Cuando la conversación se reanudó, Aguilera fue el primero en hablar:

—Me decías, Cartaya, que fuéramos a lo concreto y que tenías tu propio plan. ¿Cuál es tu idea?

—Me voy para Santiago de Cuba; quiero ver con mis propios ojos lo que ha sucedido.

—¿No es una locura? Ya nos dijeron que eso está congelado.

—Puede ser, pero quiero estar seguro de que no se puede hacer nada, al menos por el momento.

—Bueno, yo te acompaño. Voy con Viriato para que nos viabilice el viaje a Santiago.

Arrendaron una máquina y partieron. Según avanzaban reafirmaban lo dicho por el mensajero. Los entronques de carreteras y caminos, así como las proximidades de la ciudad, estaban controlados. Al entrar al pueblo se percataron del fuerte movimiento militar: patrullas motorizadas de la policía que de vez en cuando sonaban las sirenas, carros del ejército llenos de soldados con armas largas y uniformados a pie por todos lados. Muy pocos pobladores estaban en las calles, casi todos personas mayores, y algunos vendedores con sus pregones un tanto tenues, retraídos. En los comercios casi no había actividad. Circulaban pocos transportes.

No faltó que varias veces les detuvieran el avance. En cada ocasión fueron interrogados y registrados, no obstante pudieron llegar hasta muy cerca del cuartel Moncada. El conductor, quien sabía que no eran de la ciudad, les señaló la fortaleza. Bajaron del auto, para aparentar naturalidad Aguilera hizo el paripé de pagarle al chofer, cosa que antes habían hecho. Agustín se propuso explorar el lugar, le pidió a su compañero que lo esperara, este le advirtió que se estaba arriesgando demasiado.

La decisión podía parecer un desatino ante los ojos absortos de jueces injustos que también le observaban, mas la fuerza de la moral supera el riesgo de la muerte y es invencible. Solo en situaciones como esas se pue-

den ver locuras que son irrefutables y sabias a la vez. Con marcada obstinación se encaminó hacia allí.

Avanzó a lo largo de los muros, y como hacen los curiosos, dos o tres veces se detuvo a mirar. Buscaba una seña que le devolviera un adarme de paz a su espíritu. La cercanía de su alma a la pujanza de la sangre aún fresca de sus compañeros vertida en aquel sitio, provocó que su subconsciente recordara los versos que latían en su corazón: “La muerte es victoria y gloria que al fin / la historia por siempre recordará / la antorcha airosa alumbrando va / nuestros ideales por la libertad”.

Vio las huellas de los proyectiles, estuvo a punto de preguntarle a una de las postas qué pasaba dentro, pero... todo estaba claro, ¡lo de Santiago también había fracasado! Ya cerca de su acompañante no pudo evitar que el desencanto nublara sus ojos y que las palabras le abandonaran. El amigo, quien lo había contemplado impávido, también se emocionó. Se fundieron en un abrazo que solo la imaginación de un poeta lo hubiera podido describir con real justicia.

Todo lo vivido en las últimas horas le apretaron el pecho, pero recordó los momentos emocionantes en Santa Elena, Palos, Prado 109, Bayamo...; tal vez por eso decidió marcharse de la tierra de los Maceo, de Guillermón, de Carlos Manuel de Céspedes y de tantos valientes, porque las ideas fuertes y justas nacen de semillas vigorosas, por eso son vigorosas también. Nuevas tareas patrióticas le esperaban y estaba dispuesto.

—Aguilerita, me voy para La Habana. Quizá allá, en estos momentos, haya más posibilidad de escapatoria, en mi caso no tengo otra alternativa. Te agradezco haberme acompañado. ¿Qué harás tú?

—Cartaya, vamos a sacar dos pasajes para La Habana y sobre la marcha veremos. En mi pueblo, Palma,

no duro dos minutos después de lo que ha pasado. En la capital tengo unos parientes, lo que no sé si les pueda decir la verdad de lo que ha sucedido. Bueno, ya veré qué hago, me meto en una embajada, no sé...

En lo adelante actuaron con la mayor discreción posible, sabían que los extraños en esa ciudad corrían mucho riesgo. En la terminal de ómnibus Aguilera sacó los pasajes. A los diez minutos salió una guagua y partieron sin ningún contratiempo. Acomodados en sus asientos coordinaron la forma de proceder en caso de algún interrogatorio de la policía o controladores. Aguilera pensó:

—Debemos decir que tú eres mi criado.

—Es más creíble porque eres blanco. Entonces serás el que hable. Tú eres el amo y los criados ante el amo no hablan, lo hace el señor.

—Sí, tú eres mi cocinero, eres de La Habana y vas a ver una tía que te crió porque eres huérfano. Yo tengo una finca en Palma Soriano y voy por asuntos de negocios. Esa es una leyenda que puedo desarrollar bien, si hiciera falta.

En dos o tres ocasiones detuvieron la guagua, y solo en una se dirigieron a ellos, Aguilera nada más tuvo que decir la primera parte de la historia. Parece que se convencieron o no tenían deseos de buscarse problemas; no preguntaron otra cosa. Cuando llegaron a su destino, cada cual cogió rumbos diferentes. Cartaya fue directo para su cuartico en La Lisa.

Decidió descansar se sentía muy fatigado, era lógico. Durmió durante dos días seguidos, al tercero abrió las puertas, vio todo tranquilo, como si nada hubiese pasado. Pensó: “¿Alguien sabrá o se imaginará que yo fui uno de los asaltantes?”. Se tranquilizó porque sus relaciones con los vecinos más cercanos eran muy limi-

tadas. Además, en los días previos al asalto muchas personas lo vieron allí y en los sitios que acostumbraba frecuentar en Marianao.

Sabía que era un riesgo salir de la casa, ya que muchos lo conocían en los barrios de Pocito, Coco Solo y Pogolotti, como pelotero y cantante, y quizá como ortodoxo y también revoltoso, como se calificaba entonces a los jóvenes que participaban en manifestaciones estudiantiles y obreras, mítines y protestas. Pero se resistía a estar encerrado, a los pocos días consideró que todo estaba en calma y no tenía motivos para mantenerse escondido; además, aislarse en su cuarto levantaría sospechas.

Estaba obligado a encarar la vida, tenía que valerse por sí mismo, no tenía a nadie más. Decidió ir a casa de un amigo, el viaje y la estancia allí transcurrieron sin novedad. De regreso, en la misma entrada de su cuadra la policía lo esperaba, se trataba del Servicio de Inteligencia Militar, más conocido por las siglas SIM.

Fue una sorpresa, no imaginó una acción así. ¿Cómo se enteraron? No le dio tiempo a nada, cuando se percató de la situación ya tenía un carro patrullero delante y otro detrás; los gendarmes se tiraron con las ametralladoras en las manos y le apuntaron con gestos agresivos y prepotentes. Lo cachearon y le pusieron las esposas con las manos por detrás.

De ahí lo llevaron para un departamento especial de ese órgano represivo donde lo encerraron en una sala sin asientos con la indicación de que esperara. Desde allí escuchaba los gritos de las personas sometidas a interrogatorios; sabía que era para amedrentarlo. Y se convenció de que alguien lo había denunciado. Pasado algún tiempo llegó un sargento y en términos ofensivos

y groseros le preguntó por qué estaba allí. Con serenidad le respondió que los únicos que lo sabían eran ellos. El hombre, molesto, le amenazó:

—Que gracia me da, negrón, ustedes nunca saben nada. Ahorita tú vas a cantar solito y me vas decir en lo que andas metido. ¿Tú crees que te cogimos sin tener un antecedente, que lo hicimos por gracia? Tenemos mucho trabajo para estar jugando. Dime tu nombre completo. ¡Y que sea verdadero!

—Sargento, ustedes me cogieron preso como si yo fuera un pandillero peligroso y no saben mi nombre, ¿cómo se explica eso?

—Ven acá ¿quién es el preso aquí? ¿Quién es el que pregunta? ¿Me vas a poner rabo ahora? Te pregunté el nombre y eso es lo que me tienes que contestar. No te hagas el gracioso porque a los que se escaparon de allá de Santiago les estamos arrancando la lengua.

—¿Y quién le dijo a usted que yo estaba en Santiago?

—Seguro que tú no lo vas a confesar así de fácil...

—Ahí en el barrio de Pocito todo el mundo me conoce por Thompson el pelotero. Yo no tengo nada que ver con la justicia.

Parece que su apodo lo salvó, pues inmediatamente que lo dijo se acercó un agente encargado de otras funciones, quien dio la impresión de que escuchaba la conversación, y le argumentó al interrogador que podía existir una equivocación, porque él sabía quién era ese hombre y que hacía dos o tres días lo vio jugando billar y cantando en el bar de Raúl, en la avenida 51. Le aclaró que allí todos lo conocían, y que era muy difícil haber estado en Santiago y en Marianao a la vez. El sargento se quedó en silencio, las razones que acababa de oír tenían fundamento, era imposible estar en dos

lugares al mismo tiempo; meditó... y decidió soltarlo. Antes le advirtió:

—Te salvaste del cuero, Thompson. Dale las gracias al teniente Maro. Vete tranquilito por ahí y no le hables de este incidente a nadie. ¿Está claro? ¡Y procura que el teniente Maro no se haya equivocado!

Por esta vez Cartaya libró, solo se ganó unos pescozones y el maltrato del furibundo inquisidor. Volvió para su cuartico, no tenía otro lugar donde refugiarse, aunque le hubiera gustado alejarse un tiempo de la capital. A los dos o tres días ya hacía su vida normal igual que antes y pensó que no tendría problema alguno. Cuando más tranquilo se sentía volvieron por él, evidentemente alguien bien informado lo delató. Esta vez desde el primer instante recibió golpes y ofensas. Los agentes le gritaban:

—Fidelista, fidelista, asaltador de cuarteles...

De nuevo en las manos del mismo sargento, quien, con ironía le recordó la advertencia de la ocasión anterior, y le aseguró:

—Thompson, el teniente se equivocó y a él lo tengo que perdonar, pero a ti te tocó, negro. Ahora vas a cantar como hacen los gallos criollos cuando saben que los van a matar. Quién coño ha visto un negro revolucionario, los negros son comunistas o ladrones, pero no revolucionarios.

El hombre estaba eufórico. Se dirigió a un cabo, y a la vez que señalaba la celda donde torturaban a los detenidos para que hablaran, le ordenó:

—Mételo en el calabozo de al lado para cuando terminen con ese que está gritando ahí. Este va a saber lo que es amor del sargento Cueva, para que no ande jugando con nosotros.

Durante la espera Cartaya pudo darse cuenta de que habían aprehendido a personas de diferentes tendencias

políticas, sobre todo ortodoxos. Supo que después de los acontecimientos del Moncada el régimen se propuso neutralizar toda oposición y lo hacía con mano de hierro. Se convenció de que ahora no lo soltarían tan fácil, pues en todo momento le mencionaban el asalto. Resultaba difícil escapar de las torturas, sabía que eran terribles y que podían terminar en asesinato, sobre todo cuando encontraban pruebas de participación en hechos subversivos. Oyó la orden del detestable sargento:

—Cabo, tráigame para acá al negro gigante ese que ya terminaron con el otro.

Lo condujeron con las manos bien atadas. Sin poderlo evitar miró fijo a los ojos del sargento. Por su mente pasaron muchas cosas, no se le vio nervioso ni acobardado. Luego de un profundo suspiro quiso decir algo, pero fue interrumpido sin miramiento alguno:

—Así que tú estabas tirando tiros allá por Santiago, y me juraste y perjuraste que no, que estabas aquí en La Habana.

—Le dije que no había estado allá y ahora se lo repito, sargento. Yo no estoy metido en nada.

—Yo tengo mis procedimientos para que hables como una cotorra, posiblemente tenga que darte perejil para que te calles.

—¿Me va a torturar, sargento?

—Aquí quienes saben lo que deben hacer somos nosotros. Te voy a poner unos guantes que dicen si usaste o no armas de fuego. Después de eso vamos a conversar tú y yo.

La prueba de la parafina por supuesto resultó positiva. Todo se complicó para él. No pudo seguir negando su participación en los hechos; a la evidencia que ya tenían se sumó una denuncia que lo vinculaba directa-

mente con el asalto, así se lo confesó el propio sargento. Aunque este no dijo el nombre del delator, Cartaya pensó que si no era un invento del SIM para justificar el atropello, debía proceder de alguien muy vinculado con los preparativos, pues en todo momento la discreción había sido extrema.

El detenido sabía que para los secuaces de la dictadura era como una suerte de satisfacción, llevar los individuos al límite del dolor, del sufrimiento, a través de las torturas, el terror y el crimen. Estaba convencido de que los esbirros no necesitaban pruebas para ensañarse con un infeliz, pero cuando las tenían eran implacables. Y esto último era exactamente lo que sucedería con él. Esperó lo peor.

Comenzó la barbarie, querían saber de otros asaltantes que también se hubieran dirigido hacia la capital. Su respuesta siempre fue la misma: que había venido solo y no sabía de los demás. Cada vez que la repetía los golpes y vejámenes eran más fuertes, con saña y odio, hasta que lo dejaron medio muerto. Así lo mantuvieron durante varios días.

Una noche, casi sin poder valerse, lo subieron a un vehículo y lo llevaron hasta un cementerio; si no decía los nombres de sus compañeros era hombre muerto y allí quedaría abandonado. Fue un intento fallido porque el prisionero no habló, no le sacaron palabra alguna. Al regreso lo tiraron en un calabozo y no le dieron comida.

Cartaya, a pesar de su pésimo estado, pudo razonar que sus captores actuaban para ganar méritos y galones bajo el principio de que, el fin justifica los medios. Donde el fin era cualquier persona aunque no fuera culpable de nada, sin límites en los medios utilizados. Para ellos el asesinato estaba más que justificado. ¡Barbarie total! Vio su existencia al punto de extinguirse.

Las torturas no cesaron. En los días siguientes le aplicaron otras prácticas monstruosas que ellos llamaban: picana eléctrica, aplastapulgares, bota malaya, cigüeña y de cuantas disponían en aquel recinto macabro. Los verdugos emulaban para ver quién le arrancaba a su presa la mayor información. Algunos hacían estadísticas para perfeccionar los métodos.

Como era costumbre, pusieron en práctica la creatividad individual, pero no pudieron disfrutar con el sufrimiento de su víctima porque Cartaya hizo un esfuerzo sobrehumano. No hablaba y aquellos seguían insistiendo en lo mismo; el sargento sentenció:

—Ustedes cuando caen en la ratonera siempre dicen que son inocentes. Hay que apretarlos para que canten y tú vas a cantar solito. Mira, para Oriente no se pudieron ir todos, aquí quedaron otros y tú los conoces, eso son los nombres que yo quiero.

El sargento se empeñó aún más, pretendía anotarse éxitos con los superiores del SIM. Cuando comprobó que con el maltrato físico no lograba nada, acudió a procedimientos psicológicos y ni así arrancó una palabra del moribundo. Después de muchos días el verdugo que atendía el caso le comunicó al coronel jefe, que el hombre había soltado todo lo que tenía por dentro. Y afirmó convencido que aquel había regresado solo de Santiago.

¡Qué poco conocía de convicciones revolucionarias! Le preguntó al superior qué debía hacer con el despojo humano que había quedado. El aludido con un guiño de ojo le ordenó mantenerlo por ahí porque no tenían apuro, ya que parecía no contar con familia, pues nadie se había interesado por él.

¡Acaso aquel malvado intuyó que la presa le serviría para demostrar cuánto se esforzó por esclarecer

los hechos y condenar a los culpables! Después del 26 de julio la dictadura arremetió contra toda oposición. Asesinó a más de cincuenta asaltantes a los cuarteles de Santiago de Cuba y Bayamo, a lo largo y ancho del país apresó a comunistas y dirigentes gremiales destacados.

Con esto creyó tener intimidados, controlados y maniatados a todos sus oponentes, pero el ímpetu liberador de los hombres y mujeres conscientes del pueblo, creció paulatinamente. También los medios de comunicación nacionales y extranjeros empezaron a denunciar lo que estaba sucediendo, a la vez que exigían presentar a los sobrevivientes del Moncada.

Al régimen no le quedó otra alternativa que disminuir la represión en un intento de cambiar la imagen. Se vio obligado a presentar en los tribunales a los detenidos por los sucesos. Hizo los arreglos pertinentes para desarrollar procesos y juicios con visos de legalidad contra los jóvenes asaltantes. Pretendía engañar a la opinión pública dentro y fuera del país.

Alertado por el sargento Cueva, el coronel vio la ocasión para anotarse un mérito, en consecuencia ordenó:

—Óigame sargento, es preciso preparar al asaltante ese que tiene usted por ahí para entregárselo a las autoridades de la Cabaña. Cuando esto se haga usted debe comprobar que quede bien recogido en los documentos: que la jefatura nuestra fue quien detectó y capturó el asaltante aquí en la ciudad; y que lo entregamos bien, física y mentalmente. Además, que le firmen la entrega, sargento. Yo sé lo que le estoy diciendo.

Cueva trató de opacar las trazas del maltrato en el cuerpo de Cartaya, de inmediato cesaron los golpes, le curaron las heridas y magullones, y esperaron varios

días para que mejorara su estado. Así el joven revolucionario evadió la muerte una vez más. Lo trasladaron para la Cabaña.

Cuando le formalizan el expediente constatan que no tiene a nadie que siga el caso, ni familia ni reclamantes por el momento, y como aquel lugar respondía a los mismos intereses leoninos, consideraron oportuno obviar las normas que exigen el estatus de preso político.

Transcurridos algunos días ya conocía muchísimos reclusos que nada tenían que ver con las acciones en el oriente del país. La mayoría pertenecía a partidos de la oposición, incluso comunistas y dirigentes gremiales. Se encontró con su viejo compañero de célula, Enrique Cámara Pérez, y desde ese instante comenzaron a tejer nuevos planes. Establecieron relaciones con determinados reos de prestigio y se actualizaron de la situación del momento. La prensa estaba saturada de noticias del proceso de los asaltantes en Santiago, y de alguna forma les llegaban.

Traslado para la cárcel de Boniato

Los días corrían y a estos dos hombres no se les incluía en la causa 37/1953 del tribunal de urgencia de Santiago de Cuba. Una mañana después del desayuno, Cartaya fue citado para una oficina adornada con un retrato del general Batista y un cuadro alegórico a las artes taurinas. Lo recibió un cabo quien lo mandó a pasar y sentarse hasta que llegara el oficial. El recluso se propuso prestar mucha atención a cada palabra, gesto..., no podía perder detalle alguno. Mientras pensaba llegó el teniente, entonces se puso de pie. De inmediato comenzó un interrogatorio:

—Recluso Agustín Díaz Cartaya, ¿por qué su familia no ha presentado aún recurso jurídico? ¿Cuándo lo piensan hacer? ¿Usted va a interponer demanda legal para su proceso?

Cartaya no respondió de inmediato, trataba de ganar tiempo para pensar la mejor respuesta, pero cuando el teniente intentó hablar no lo dejó:

—¿Por qué me pregunta eso, teniente?

La situación comenzó a caldearse. El hombre algo molesto, afirmó:

—Usted debe limitarse a responder. Usted es un prisionero que trató de derrocar el Gobierno legalmente constituido. Yo le pregunto y usted contesta.

Cartaya no le hizo caso y formuló otra pregunta:

—¿Teniente mi estatus aquí es de preso común o preso político?

—Político. Pero eso no le da derecho a...

El prisionero escuchó la palabra que necesitaba, pues algunos de los detenidos que conocían que Cámara y él habían participado en las acciones del 26 de julio, les habían aclarado que esa condición exigía un trato diferente. Incluso les insistieron que debían exigirlo y no flaquear frente a la prepotencia de las autoridades. Con determinación interrumpió al oficial:

—El hecho de ser un preso político me da derecho a que se me trate como tal. No soy un delincuente, teniente, estoy aquí por ideales, que es muy distinto.

—Usted viene bien adoctrinado. ¿A qué partido pertenece? ¡Ah, seguro es ortodoxo! Mire, Agustín, sucede que es muy raro ver a un hombre “de color” que sea revolucionario y menos aún educado; usted parece una persona preparada. ¿Usted pudiera conseguirme una inscripción de nacimiento?

—Mire teniente, yo no sé por qué a esta prisión no ha llegado el recurso legal que interpuso mi abogado. Le sugiero que indague porque debe haber llegado. A él le puede pedir la inscripción de nacimiento.

—Eso es todo, muchas gracias, puede retirarse.

Cartaya se atrevió a no dar por terminada la conversación:

—Su preocupación por mí es curiosa, teniente, porque aquí hay un compañero en la misma situación mía y no le admiten fianza ni abogado.

—Es que todos los casos no son iguales —dijo el oficial, algo sorprendido, y se marchó.

Cámara, quien se había mantenido expectante, enseguida contactó con Cartaya, tenían que aunar criterios, pues era muy posible que también lo llamaran. Llegaron a una conclusión: carecer de quien los representara legalmente o familiares que se interesaran por ellos, les

permitía a las autoridades hacer cualquier cosa, incluso, desaparecerlos. Conocían por otros reos que las detenciones y asesinatos de revolucionarios continuaban. Y a pesar de aquel drama se rieron muchísimo de la paparruchada que le metió Cartaya al teniente con lo del abogado.

A continuación platicaron acerca de otras cosas, Cámara aseguró que los presos sentían una fuerte simpatía hacia ellos por su participación en los asaltos, y les recomendaban hablar con cuidado porque el Gobierno tenía espías en la prisión, quienes se hacían pasar por reos. Cartaya le contó de su conversación con Lázaro Peña González, un dirigente sindical de mucho prestigio a quien tenían detenido por su actividad política con los trabajadores:

—Me impresionó muchísimo porque tiene tremendo nivel de información, incluso de aquí dentro. Es un tipo simpático, que se puede oír. Me advirtió que sería bueno que formáramos tempestades y líos con el fin de hacernos presentes y así lograr que nos manden para Santiago donde se está celebrando el juicio a los asaltantes. Dice Lázaro que es muy extraño que no nos hayan enviado para allá y que se puede estar planificando otra cosa con nosotros. También me aseguró que hoy por hoy la fuerza opositora más radical y más atrevida es la de Fidel Castro, y el mayor deseo de Batista es aplastarla, desaparecerla. Me alertó que desde aquí es muy fácil tirar un hombre a los tiburones.

—Es cierto, Cartaya, nosotros estamos presos y no se nos habla de juicio ni de nada. Te das cuenta que sin garantías constitucionales y en un estado de sitio cualquier cosa puede suceder. ¡Nos la arrancan y no pasa nada!

Consideraron la necesidad de orientarse mejor para actuar en consecuencia. Con Lázaro conocieron de

aspectos jurídicos y políticos. Y este los alentó para que protestaran:

—Observen cómo son las cosas en nuestro país, aquí tienen detenidas a personalidades de la supuesta oposición, sin embargo les dan un trato diferenciado, incluso comen en vajilla de plata. Las autoridades les hablan con respeto y hasta les adulan. Todos saben que hoy gobierna Batista, pero mañana puede ser otro. ¡Fíjense!, no les prometo nada, hablaré con esas personas influyentes y haré lo que pueda para que se los lleven para Santiago. Ustedes son muy corajudos para que los vayan a desaparecer. ¡Yo los admiro mucho! Por eso les sugiero que hagan escándalos y exijan que los lleven para donde juzgan a sus compañeros de acción; aprovechen cuando estén reunidas muchas personas como la cola del desayuno, en las formaciones, durante las visitas.

Cartaya se sintió estimulado y le agradeció:

—¡Formidable, Lázaro! La receta con método y todo —y se dirigió a su compañero de lucha—: Cámara, desde hoy empezamos.

Los dos amigos decidieron que la primera demostración fuera frente al comedor a la hora del desayuno; luego aprovechaban cada oportunidad. La forma de proceder era similar, gritaban fuerte para que la mayor cantidad de personas les oyera, iniciaba uno y lo seguía el otro, alternadamente:

—¡Atiendan todos! Nosotros dos somos asaltantes de los cuarteles en Oriente, y nos tienen aquí, no se sabe con qué idea, a lo mejor para desaparecernos. Nosotros reclamamos de las autoridades de la Cabaña que nos manden para Santiago, allá les están celebrando juicio a nuestros compañeros.

—Hace un mes que nos tienen dando vueltas y más vueltas por las mazmorras del SIM en La Habana y

aquí. Está muy claro lo que pretenden hacer con nosotros. No es un secreto para las autoridades de este lugar que somos moncadistas. Reclamamos que nos lleven para Santiago. Y que se sepa, vamos a estar formando bateos todos los días hasta que nos manden para allá.

Las autoridades del penal manifestaron su desespero. Entonces los revolucionarios decidieron subir el nivel de la intriga, en uno de sus mítines anunciaron una huelga de hambre, lo cual trasciende a los medios de comunicación y la población conoce lo que sucedía en aquel recinto. La situación se hizo insostenible.

A los pocos días, al inicio de la mañana, los dos detenidos fueron conducidos hasta un departamento de la jefatura, donde les comunicaron que serían trasladados hacia Santiago de Cuba. En una hora debían estar preparados, un vehículo los recogería. Los asaltantes coincidieron en la necesidad de darle a conocer a Lázaro Peña la buena nueva. Como tenían poco que recoger, enseguida estaban listos y fueron para el lugar indicado.

Un militar les orientó llenar unos papeles con sus firmas, entonces los esposaron para subirlos a un carro cerrado. Un momento antes de irse, un capitán de la prisión le exigió al oficial que vino a recogerlos que le firmara la entrega de los reos. Lázaro Peña fue hasta el lugar acompañado de dos o tres reclusos para despedirlos, y puede suponerse que lo hizo también con la intención de protegerlos; de ocurrir un desenlace diferente al previsto, ellos servirían de testigos.

El transporte avanzó paralelo a la bahía de La Habana, atravesó la ciudad y arribó al aeropuerto militar de Columbia. Posados en la pista había varios aparatos, no sabían en cuál volarían. De pronto se percataron que una avioneta Cessna verdeolivo y algo de azul, con

las insignias del ejército en la cola y un lateral, calentaba su motor. El carro jaula se acercó a la nave y los reos fueron conducidos hasta ella. De inmediato el piloto jefe, en tono pujón ordenó a los militares:

—¡Las esposas agarradas a ese tubo para que no se puedan mover de ahí! Los sientan al lado de la puerta de salida para que sea fácil desengancharlos y tirarlos al vacío. Ellos —se refería a los integrantes del movimiento— seguro van a intentar secuestrar la avioneta y entonces...

Airado, Cartaya motivó un diálogo que disuadió al piloto:

—¡Cómo es eso de tirarnos al mar, oficial! Nosotros somos jóvenes y amamos la vida. Oiga, si usted nos desaparece toda Cuba se entera. De este traslado la prensa está enterada. Nos hicieron una entrevista antes de salir de la Cabaña. En Santiago también los periodistas nos están esperando para confirmar nuestra llegada. Le explico todo esto por si no lo sabía.

—Allá, ellos no pueden saber por cual aeropuerto nos vamos a tirar.

—La prensa no nos espera en ningún aeropuerto, nos espera hoy en la cárcel de Boniato, junto a los demás asaltantes. ¡Así que si quiere... nos puede lanzar desde la avioneta!, pero sabe que tendrá que responder por su valiente iniciativa.

El piloto desde la cabina, con un tono de voz más suave, cambió el giro de la conversación:

—¡Ustedes se les escaparon al diablo! ¿Y cómo vinieron a parar a la capital?

Ante la inesperada pregunta, los dos compañeros se miraron, y como si se hubieran puesto de acuerdo, montaron una obra de teatro que al final pareció ensayada. Cartaya la inició:

—Esa es una historia muy larga de contar y usted a lo mejor no la va a creer. ¿Verdad Cámara?

—Tenemos tiempo. Somos dos pilotos, además del ayudante, y vamos hacer una escala técnica en Camagüey. Cuéntenme, cuéntenme, tenemos tiempo.

—Cuéntale, Cartaya, cuéntale tú —insistió Cámara.

—No se la podemos contar, Cámara, porque todavía hay muchas cosas que son secretas y ponen en riesgo a... quien tú sabes —dijo en tono misterioso—. Solo podemos decir algunas cosas.

—Bueno, cuéntale lo que sabemos hasta donde se pueda —circunspecto sugirió Cámara.

Cartaya, para provocar más interés en aquel hombre, adoptó un tono casi de exigencia:

—¿Qué esperábamos para partir, teniente? Queremos llegar temprano a Santiago.

—Empieza, empieza, pronto despegamos —dijo el piloto en lenguaje coloquial.

Entonces Cartaya se “explayó”:

—Nosotros participamos de la primera parte del asalto al cuartel Moncada y seguidamente teníamos que venir para el campamento militar de Columbia. En este lugar existía un pacto con algunos jefes del ejército...

Cámara lo interrumpió con el ánimo de incrementar el misterio:

—Hasta ahí porque vas a revelar cosas que no convienen.

El narrador continuó el relato, pero con suspicacia lo interrumpió:

—Hay cosas que quedaron a medias... Tienes razón Cámara, es mejor dejarlo ahí.

Los tres tripulantes se miraron entre sí, la expresión de sus rostros era de temor y quedaron sumidos en la

mudez. El piloto que había hecho la pregunta y que de los tres ostentaba la mayor graduación fue quien rompió el silencio y en tono agradecido les confesó a los reos:

—Señores, con esta conversación he sacado mi propia idea y seguro también mis acompañantes. Si nosotros no llegamos a conocer eso que ustedes nos han contado, mañana mis negritos se hubiesen quedado sin frijoles y el papá piloto desprestigiado. Sí, porque después los grandes se lavan las manos y pagan los infelices.

—¿Y entonces, teniente piloto...? —preguntó Cartaya con aire de triunfo.

—No, descuiden. Solo que, en boca cerrada no entran moscas. Eso que estoy diciendo es para los míos, pero también para ustedes.

Los dos revolucionarios comprendieron perfectamente las palabras algo enigmáticas de aquel hombre, y sintieron alivio. Al rato escucharon la voz del mismo piloto:

—Señores, como todo lo que empieza termina, ya nos estamos tirando en Santiago. Los voy a entregar al ejército. Para garantizar que ustedes lleguen, les diré discretamente a los militares que la prensa los está esperando en la cárcel de Boniato. Y recuerden muchachos: boca cerrada.

Ese mismo día, en horas de la tarde, llegaron a su destino. De inmediato los unieron a los asaltantes que ya eran procesados, quienes les acogieron con entusiasmo. ¡Una vez más se habían reído de la muerte! Conocieron que el juicio comenzó el 21 de septiembre y sus pormenores hasta ese momento, en los que se incluía la incomunicación de Fidel.

Les contaron que esta fue motivada porque en su condición de abogado decidió asumir su defensa y en

—
sus intervenciones hizo denuncias de los males del país y por supuesto, señaló a Fulgencio Batista como el principal causante. Los argumentos eran tan contundentes que ya en la tercera sesión las autoridades policiales presentaron justificaciones y no lo llevaron ante el tribunal.

Fidel enseguida se enteró de la incorporación de los dos compañeros a la prisión de Boniato. Y como él logró mantener contacto con Melba Hernández y Haydee* Santamaría Cuadrado, en una carta donde las orientaba para que en la próxima vista del juicio denunciaran el propósito deleznable de tratar de envenenarlo con los alimentos, aprovechó para que les transmitieran un mensaje a Thompson, así lo seguía llamando: “Que recuerde la sangre derramada”, en alusión a la *Marcha de la libertad*. El objetivo era dejar recogido en la letra de la composición musical, todo el derroche de valor de los compañeros en los asaltos, para que el ejemplo perdurara como fuente de inspiración.

Cartaya asimiló la idea, tenía que acercarse aún más los versos a lo acaecido el 26 de julio y los días que les siguieron. Cámara, le comentó la importancia de haber logrado incorporarse al grupo, y este encargo del máximo líder del movimiento lo demostraba, por tanto le alentó comenzar cuanto antes. Sin pérdida de tiempo derrochó pasión y amor; en solo algunas horas los versos brotaron.

En esta segunda versión desechó la tercera estrofa que decía: “La muerte es victoria y gloria que al fin / la historia por siempre recordará / la antorcha airosa

* Su nombre oficial es Haidee, pero ella escribía Haydee, sin tilde. Nunca oficializó el cambio. Jamás escribió Haydée como se ha generalizado, en Mario Mencía *El Moncada. La respuesta necesaria*, Oficina de Asuntos Históricos, La Habana, 2013, p. 122.

alumbrando va / nuestros ideales por la libertad”. Y en su lugar colocó:

La sangre que en Oriente se derramó
nosotros no debemos olvidar
por eso unidos hemos de estar
recordando a aquellos que muertos están.

Una y otra vez repasó los arreglos, los sometió al criterio de varios compañeros. Se sintió reconfortado, ¡había cumplido!; le dio gracias a las musas, aunque faltaba el criterio del líder. Se las ingenió para que le llegara. No tardó la recompensa mayor, la aceptación de Fidel, con la orientación de que todos la aprendieran con rapidez.

El compositor se encargó de la nueva misión. No fue difícil porque aquellos hombres vibraban con el recuerdo de todo lo ocurrido y se sabían protagonistas de una brillante página de la historia de la entrañable patria. Asimismo ayudó la rima pegajosa de aquellos versos.

En pocos días pusieron en práctica una idea del jefe del movimiento. Desde sus celdas entonaban las notas cuando aparecía alguien ajeno al penal, bien fuera por rutinas propias del servicio, visitantes interesados en conocerlos u otros motivos. El coro enfurecía a los esbirros, quienes emitían blasfemias y se retiraban ofendidos.

La marcha se escuchaba con tanta reiteración que los presos comunes se unieron a los conciertos. También las voces acompasadas se oían en el ómnibus que los trasladaba a las sesiones del juicio. De ese modo las emotivas estrofas patrióticas se convirtieron en potente arma cívica.

La condena

El 6 de octubre del propio año de 1953 los encartados recibieron el veredicto de los jueces. Cartaya, junto a dieciocho de sus compañeros fue sancionado a diez años de prisión. En el acta de condena de esa fecha, recogida en los folios del 2944 al 2951. Acta de continuación de urgencia, después de la escritura de los nombres, dice:

[...] en el concepto de meros ejecutores, de un delito contra los poderes del Estado, previsto y sancionado en el artículo 147 en relación con el 150, ambos del Código de Defensa Social, A DIEZ AÑOS DE PRISIÓN que cumplirán en la fortaleza de la Cabaña por tratarse de un delito político, conforme al artículo 161 del Código de Defensa Social y disponer el artículo 70 A) del propio código que dichas sanciones se cumplan exclusivamente en fortaleza militar, debiendo hacerse saber al encargado de la misma (sic), que ha de cuidar que dichos sancionados se encuentren segregados de los demás que se hallen dentro de la propia prisión, debiendo abonárseles toda la prisión provisional que tengan sufrida por esta causa, con las accesorias de interdicción para el ejercicio del derecho de sufragio activo y pasivo, para el desempeño de todo cargo público, para el ejercicio de profesiones liberales y para completar civilmente

la personalidad de los menores o de los incapacitados mientras se cumpla la sanción principal, y además por un período igual al impuesto en la sanción; el comiso de los efectos o instrumentos del delito y sujeción a la vigilancia de la autoridad por un período igual al impuesto en la sanción, debiendo presentarse cada treinta días ante el jefe de la policía del lugar de su residencia, sin que puedan variar de domicilio sin la autorización previa por escrito de aquel [...]

Y más adelante, después de todas las sentencias, resa:

[...] Asimismo, imponemos a los acusados, con excepción de los nombrados Orlando Cortés Gallardo, Eduardo Rodríguez Alemán y Manuel Lorenzo Acosta, y de las acusadas Haydee Santamaría Cuadrado y Melba Hernández y Rodríguez del Rey, como responsabilidad de carácter civil, la obligación de indemnizar a los herederos de los segundos tenientes [...]*

Las autoridades de turno decidieron trasladar lo antes posible a los jóvenes revolucionarios, el costo político había sido demasiado caro. El martes 12 de octubre, Carteya y sus compañeros condenados a diferentes períodos de encierro, conocieron que el viaje para la fortaleza de la Cabaña sería la mañana siguiente. Mas, estuvieron ajenos a la disposición que en la propia mañana del 13, dictara el Ministerio de Gobernación, encabezado por el doctor Ramón Octavio Hermida Antorcha, donde quedaba dicho que serían confinados en el Reclusorio

* En Mario Mencía: *La prisión fecunda*, Editora Política, La Habana, 1980, pp. 245-255.

Nacional para Hombres de la entonces Isla de Pinos. Se pretendía con esto apartarlos lo más posible del contacto con la prensa, los familiares e incluso, con otros presos políticos.

El día señalado se levantaron y alistaron temprano. Con sus manos inutilizadas por las esposas y sus corazones henchidos de patriotismo unieron sus voces para entonar la marcha que ya era de todos. Sus notas gloriosas quedaron impregnadas allí, en cada celda, en las paredes, en cada losa y también, en el sentimiento de los presos comunes que guardarían en sus recuerdos la actitud digna de los valerosos jóvenes. Así se despidieron de aquel detestable recinto. Cartaya sintió emoción multiplicada, su creación poética se enaltecía.

Afuera los esperaban ómnibus con sus ventanillas cerradas. En un excesivo alarde de fuerza y seguridad un militar los fue nombrando uno a uno para ascender. En la relación faltaba el líder del movimiento, sus compañeros quedaron preocupados por él, sabían que el régimen era capaz de todo, ya habían intentado eliminarlo y ahora ellos no estaban cerca. En cuanto los vehículos se pusieron en marcha se escuchó en tono mayor, las notas de la encendida marcha. La voz de su creador sobresalía.

Tras media hora de desplazamiento por carreteras y calles de la ciudad, se detuvieron muy cerca de dos aviones DC-3 posados a un lado de la pista con sus motores listos, sus hélices formaban como un cuerpo único por la velocidad de las aspas. El trasbordo se hizo con rapidez, según las exigencias de los guardias quienes parecían apurados. Una vez acomodados en sus correspondientes asientos les fijaron las correas de seguridad.

Afuera zafaron los calzos de los neumáticos y el empuje de los respectivos motores estremecieron cada nave

que en segundos comenzaron sus desplazamientos hasta incorporarse a la pista. Guardaban la distancia prudencial en sus maniobras. Un breve alto sirvió para poner los motores a fondo y después de algunos segundos, al soltar los frenos, el avance ganó rapidez y cuando la velocidad fue suficiente cada piloto tiró de su bastón y comenzaron a ganar altura.

Enseguida la superficie terrestre desapareció para darle paso a la cubierta marina que, por las características de la pista santiaguera, solo duró el tiempo justo en que cada avión giraba sobre su ala derecha. Mientras se elevaban todo se iba haciendo más pequeño hasta desaparecer.

Para tranquilidad de los viajeros, en especial para Cartaya que nunca había montado en una nave aérea, muy pronto alcanzaron la altura crucero y se estabilizaron lo suficiente. Durante cerca de una hora de vuelo quizá pensaron en cómo sería sus años de encierro, en su familia..., lo cual fue interrumpido al escucharse idénticas palabras en cada aeronave:

—Señores, prepárense que ya nos vamos a tirar y enseguida vienen por ustedes. Ya casi estamos sobre el aeropuerto de Gerona.

Todos quedaron estupefactos con la excepción de Jesús Montané Oropesa, que por ser pinero desde que se aproximaron a la capital cubana se percató del rumbo asumido. Ninguno podía explicarse por qué. El aeropuerto de la entonces Isla de Pinos, se encontraba muy cerca del centro de su ciudad capital, Nueva Gerona.

Cuando los aparatos tocaron suelo y se estacionaron en áreas adecuadas ya esperaban a los reclusos. Estos fueron obligados a descender con rapidez en la polvorienta pista. Los aparatos no apagaron sus motores

porque regresarían para su base en Columbia. Solo las dos muchachas: Melba y Haydee, quedaron en sus asientos, quienes una vez en La Habana serían conducidas para la prisión de mujeres de Guanajay.

La recepción no les resultó nada agradable. Ante ellos tenían un hombre de unos cuarenta años, algo encorvado, de nariz aguileña y rostro áspero. Unos grandes espejuelos oscuros tapaban sus ojos. Se presentó como el teniente Perico, su voz firme parecía la de un jefe de tropa, sonaba autoritaria y con eco grave en el entorno.

Tal vez con su actuación pretendió marcar la diferencia desde el primer instante. Por supuesto, resultó pedante y fue muy posible que más de uno de los prisioneros, lo sentenciaran al juicio final cuando las ideas por las que luchaban, alcanzaran el triunfo.

El oficial los mandó a formar como si estuviera ante cadetes, al ver la torpeza para alinearse y tomar distancia uno de otro, lo cual era lógico porque aún permanecían esposados, montó en cólera. Cuando logró lo ordenado contó y recontó, no conforme pasó lista con nombres y apellidos.

Solo después firmó la entrega, los de las naves “echaban chispas” por la tardanza. Los aviones giraron bruscamente y en minutos nublaron la pista con gran polvareda. Sin atender a esto el arrogante teniente les informó a los presos que desde ese momento formaban parte del penal de la Isla de Pinos.

Luego les ordenó a sus subordinados que subieran el personal a los vehículos. En pocos minutos llegaron a los predios del reclusorio. Ya en tierra uno del grupo dijo en voz alta y con cierta ironía:

—Señores hemos llegado a nuestra nueva casa.

El resto no se pronunció porque la mirada amenazante del teniente les advirtió que era mejor callarse. Les

sometieron a un minucioso registro y les ubicaron en una sala del hospital, habilitada al efecto, era un local largo con hileras de camas de hierro a ambos lados, una frente a la otra, y un pequeño pasillo central; al final, hacia un lateral, el baño, y hacia el otro una pieza de mármol empotrada en la mampostería del fondo. La fila pegada a la pared de la entrada contaba con doce camas y la opuesta con catorce.

Luego recibieron la indumentaria propia del penal. En estos trajines transcurrió lo que quedaba del día. Cuando llegó la hora de dormir, se pusieron de acuerdo para coger cada uno su cama y reservaron la del jefe, le esperaban de un momento a otro. Cartaya ocupó el último puesto en la hilera contraria a la puerta.

Intentarían descansar para enfrentarse a la vida que les deparaba aquel lugar. No lo lograron, los ruidos, la iluminación y los mosquitos atentaron con creces. Ahora todos estaban en el mismo local; las luces permanecían encendidas la noche entera; afuera, muy cerca de allí, algo se construía y trabajaban en ese horario... Al día siguiente todos tenían un comentario al respecto. Cartaya centró su crítica en dos aspectos; puede ser que fueran los que más le afectaron:

—Hacen falta mosquiteros. Esos animalitos quieren cargarte y llevarte con ellos. El resplandor de los bombillos es irresistible, así no se puede dormir. Montané inventó unos tapajos de cartón muy buenos; se hacen como unos espejuelos que no dejan pasar la luz, yo hice unos iguales y pude dormir algo.

Los primeros días fueron de adaptación, el penal les enseñó muchas cosas, pero aún debían aprender a organizar sus vidas de revolucionarios en aquellas condiciones. Al cuarto día, domingo 17 de octubre, llegó Fidel desde Santiago y le ubicaron en el mismo lugar.

La alegría fue inmensa. A partir de ese momento se desarrollaron numerosas iniciativas indispensables para los planes futuros, no se podía perder ni un minuto. Se fundó la Academia Ideológica Abel Santamaría y la biblioteca Raúl Gómez García.

Cartaya se sintió muy estimulado, el deseo de saber, de superarse, siempre formaron parte de su interés. Estaba convencido de que esta era una oportunidad excepcional. Así se acercó a ideas de pensadores progresistas; a la historia de las luchas en Cuba, de las revoluciones en otras latitudes y a mucho más. También estudió aritmética, geografía, gramática...

El alegato de autodefensa de Fidel, “La historia me absolverá”, que fuera rescrito por el propio autor en aquellas condiciones de encierro, fue para Agustín un documento de estudio imprescindible, y le ayudó a comprender mejor el porqué luchaba y cuál era el futuro.

Pasado algún tiempo se impusieron nuevas necesidades para que la convivencia fuera armónica. Decidieron crear un consejo de dirección para resolver los problemas que surgieran y una cooperativa para equilibrar las desigualdades, ya que unos recibían ayuda del exterior y otros no. Cartaya pudo aportar al bien común, porque su madre viajó en dos ocasiones desde los Estados Unidos para visitarlo en el penal y llevó buena cantidad de provisiones.

La marcha patriótica se mantuvo viva entre los moncadistas. La ocasión que con más fuerza y atrevimiento se cantó fue el 12 de febrero de 1954. En la mañana de ese día el general Fulgencio Batista visitó el presidio; ¿por qué estaba allí?, las intenciones que llevaba quizá aún sean incógnitas.

Lo cierto es que cuando los jóvenes revolucionarios conocieron de su presencia, organizaron un “recibimiento”.

Un vigía encaramado en la plancha de mármol avisó el momento exacto, el coro con afinación entonó los versos que, acompañados de gritos de “¡asesino, asesino!”, traspasaron los barrotes e impactaron en los oídos del tirano y su comitiva.

El sátrapa identificó el mensaje, como la bestia salvaje que en realidad era se dirigió al jefe del presidio a voz en cuello:

—Comandante Capote, esos locos que tienes ahí me han echado a perder el día. ¡Los tienes muy bien alimentados! ¡Esto se acabó. Me voy!

Las diatribas del tirano y de sus acólitos fueron aun más. Los revolucionarios sabían que habían arriesgado lo poco que poseían en aquel encierro. No obstante se sentían satisfechos por la lección de fortaleza y de principios mostrada. De nuevo la composición patriótica fue un arma poderosa en la lucha.

Los jóvenes se prepararon para enfrentar una reacción contra ellos. Tras varios días todo parecía tranquilo. Sin embargo no era cierta la calma, las autoridades esperaron al domingo cuando algunos recibían visitas, para trasladar a los escogidos sin levantar sospechas de inmediato, y reprimirlos.

Entre los primeros estuvo Cartaya. Lo ubicaron en el pabellón de enfermos mentales. Sabía lo que le esperaba; escuchó la orden del teniente Perico a un subordinado quien, diligente, demostraba satisfacción en todo cuanto hacía contra aquellos muchachos, sin percatarse de que indirectamente estos habían actuado en su favor, dado los conceptos que los animaban.

—Cabo Ramos ¿ya me encerró a Díaz Cartaya en un calabozo de castigo apropiado? A esta gente hay que hacerles sentir el rigor del vergajo para que no se equivoquen. Son unos frescos y atrevidos. Y después

me aíslas en “buen” lugar al Fidelito ese que tengo que vérmelas con él.

Al rato el macabro subordinado le informó al furibundo superior:

—Ya le encerré al poeta en un buen lugar. Esta noche va a dormir cómodo y acompañado de ratas, cucarachas y buenos olores. Le di su recado, teniente, le dije que luego le haremos la visita. Como usted sabe el gorila ese es el autor de la cancioncita que le cantaron al presidente.

En la noche del 15 fueron por él los tenientes Montesinos y Perico, dos secuaces más y un tal Cebolla. Ya se lo habían anunciado y sabía que lo torturarían. Desde luego nada podía hacer, con las manos amarradas le resultaba imposible al menos, ofrecer resistencia. El oficial que ya conocía, con forma respectiva le espetó:

—¡Así que tú eres el autor de esa mierda que le cantaron al general Batista! Pues sabes una cosa, que ahora la vas a cantar para nosotros, ¡y bien cantada! Dale, canta. No querías cantar, hazlo ahora, dale, negro equivocado.

—Yo le canto eso a un general como Batista, pero a ustedes no. Tráiganme a Batista y verán cómo yo canto de nuevo.

—¿Pero quién se cree que es el negro de mierda, este? ¿Dónde tú crees que estás? —intervino el teniente Montesinos—. Mira, Cartayita poeta, con este bicho de buey yo hago cantar a los sordomudos. ¿Lo ves? y ahora mismo tú también vas a cantar.

Sin terminar su diatriba, comenzó a descargar su impotencia en el cuerpo del prisionero, el vergajo sonaba cada vez que lo blandía. No conformes, le quitaron la ropa para que el dolor fuera más intenso; estaba lleno de verdugones y sangraba.

Cuando uno se cansaba de darle chuchazos y golpes empezaba el otro, y los acompañaban de ofensas vulgares y obscenas. Estos esbirros se sentían más ofendidos que el mismo Batista y descargaban sobre el indefenso toda la ira que pueda mover la conciencia de un hombre sin escrúpulos.

Tras quince días de torturas y soledad lo retornaron al grupo. Supo que también habían aislado y maltratado a Ramiro Valdés Menéndez, Oscar Alcalde Valls, Ernesto Tizol Aguilera e Israel Tápanes Vento-Aguilera. Y que a Fidel le confinaron a un cuartico sin luz. Al resto de los compañeros, aunque no los movieron de la sala, les retiraron el radio, la prensa y las visitas. Todo en franca violación de preceptos legales. La escalada de abusos solo sirvió para multiplicar los sentimientos de libertad.

Una vez más compartió con sus compañeros la certidumbre de que solo había un camino para la independencia. El grupo prosiguió con sus planes y proyectos. Retomaron las clases y la preparación. La academia y la biblioteca fueron mudos testigos de la entereza y empeño de aquellos revolucionarios. Ese acierto de ver en la lectura orientada y en las discusiones el arma de combate del momento, dio sus frutos.

Allí aprendieron muchas cosas, algunas les motivaban comentarios jocosos. Cartaya, trataba de retener en su memoria la mayor cantidad de información, sabía que además de serle útil para su actividad revolucionaria le despertaba su espíritu creativo. Por eso se interesó tanto en una clase de Geografía en la que se describía el lugar donde se encontraban y su entorno.

Conoció que aquel pedacito de tierra de tres mil setenta y seis kilómetros cuadrados de extensión, estaba situado en la parte sudoccidental de la isla grande porque Cuba es un archipiélago, a ciento sesenta y dos kiló-

metros de La Habana. Que fue descubierto por Cristóbal Colón el 13 de junio de 1494 durante su segundo viaje al Nuevo Mundo y bautizado por este como La Evangelista.

También conoció los nombres, formales o no, que recibió a través de los años, entre muchos otros: Isla de los Piratas, porque en ella esas hordas se refugiaban para sus fechorías en el área del Caribe; Isla del Tesoro; Isla de las Cotorras; Colonia Reina Amalia; Sigüanea; Camarcó; Guanaja; Isla de los Deportados, Isla de Pinos.*

Se alarmó con la historia macabra del penal, el cual fue una obra íntegra del Gobierno de Gerardo Machado, al igual que el capitolio de La Habana y la carretera Central. Que el acto de colocación de la primera piedra se hizo el 1.º de febrero de 1926 y concluyó su construcción en febrero de 1932.**

El 15 de mayo de 1955, Fidel y sus compañeros de lucha abandonaban el recinto penitenciario. La exigencia popular obligó al Gobierno firmar una amnistía. El 12 de junio el movimiento adoptó el nombre de 26 de Julio y eligió su dirección nacional. A los liberados no se les dio tregua, fueron hostilizados, perseguidos, amenazados y acosados. Convencidos de que solo quedaba un camino para derrocar la tiranía: la lucha armada, partieron hacia México para prepararla.

Cartaya no pudo marchar al exilio con sus compañeros por carecer de identidad oficial, y la inmediatez no le permitió hacer los trámites pertinentes para obtenerla. Pero sus convicciones y decisión no flaquearon,

* En 1978 adoptó el nombre de Isla de la Juventud.

** Todos los datos de Isla de Pinos fueron resumidos de *EcuRed*, portal Gerona.

continuó como miembro activo del movimiento. Se incorporó de lleno a la clandestinidad en la capital aunque sabía que su vida corría mucho peligro.

Participaba en mítines y manifestaciones públicas organizados por los estudiantes, en actividades cívicas y huelgas de trabajadores. También en atentados a personeros del régimen; en sabotajes: colocación de bombas, corte de tendidos eléctricos y en cuanto fuera necesario; bajo la dirección del 26 de Julio. Para entonces vivía en el cuartico de La Lisa.

La acción revolucionaria en toda la Isla creció y el régimen intensificó la represión, las torturas y los asesinatos. Cartaya era apresado constantemente, puede decirse que por cualquier cosa que sucediera aunque no fuera el autor. Infinidad de veces lo condujeron hacia la sede del SIM y a incontables estaciones de Policía. En todos los casos lo amenazaban, torturaban y a los dos o tres días lo soltaban. En dos ocasiones lo encerraron en el Castillo del Príncipe. Su estancia allí, sumados los dos tiempos, fue de alrededor de seis meses.

Dada la inseguridad en que vivía, algunos amigos en previsión de su integridad, le incitaban:

—¡Debes irte para México!

—Todos no poden irse. En estos momentos hay que intensificar la lucha interna en forma clandestina, algunos tienen que golpear de cerca al enemigo. Yo no soy el único que se juega la vida, son muchos los que a diario lo hacen en defensa de la patria.

En México la actividad era febril para cumplir la sentencia del líder del movimiento: “¡En el año 1956 seremos libres o seremos mártires!”. Aunque Cartaya no se encontraba entre ellos, sí estaba presente con su composición musical. Los himnos y símbolos patrióticos muchas veces sirven de acicate y de motivo para

multiplicar los ánimos en la lucha revolucionaria, en especial cuando esta es ardua y compleja. Cuentan que Fidel en ocasiones le pedía a la combatiente Melba Hernández, que le cantara la *Marcha del 26 de Julio*, de Tompson.

El 25 de noviembre de 1956 la expedición que traería la llama guerrera a la Isla, partió del puerto de Tuxpan. La tensión era extrema, podían ser descubiertos. Cuando estuvieron seguros de no ser interceptados la alegría desbordó los corazones y ochenta y dos gargantas entonaron los versos del himno nacional cubano y de la marcha que los acompañó en el primer intento armado en Santiago de Cuba y Bayamo. La solemnidad inmortalizó ese instante.

Después de una navegación muy difícil, arribaron a tierra cubana el 2 de diciembre. El desembarco de aquellos hombres fue azaroso, seguido de un inseguro avance por tierra firme. El ejército los sorprendió, los hostigó con el fuego de sus armas. Ocurrió la dispersión del grupo. Siguieron días muy tristes, muchos de los jóvenes fueron hechos prisioneros y asesinados. Los sobrevivientes, con decisión se internaron en las montañas, muy pronto ya se enfrentaban al ejército de la dictadura.

En todos los rincones del país las acciones clandestinas se hicieron sentir con más fuerza. El Movimiento Revolucionario 26 de Julio en el llano y otras organizaciones revolucionarias perfeccionaban su labor. Los órganos represivos del Gobierno recrudecieron la coerción; aumentó la cantidad de presos, torturados, desaparecidos y muertos. En La Habana fue particularmente desmedida la respuesta de las autoridades criminales ante el empuje de los revolucionarios.

Cartaya se movía por la ciudad sin reparo alguno, su compromiso con la patria estaba intacto. Determinados esbirros ya le conocían y no se explicaban cómo estaba vivo aún. La última vez que le aprehendieron fue llevado para la estación de Policía sita en Picota, La Habana Vieja; el jefe por ese entonces era el capitán Abejón Puñales, uno de los chacales a sueldo del tirano.

Ese oficial y sus compinches azotaron el cuerpo del detenido hasta dejarlo casi muerto, no lo ultimaron porque pensaban que tenía información valiosa para el SIM. Después de varios días sometidos a martirios indescriptibles y sin permitirle comer ni dormir, se le presentó el coronel Esteban Ventura Novo, uno de los hombres más terribles y asesinos de la cúpula batistiana, quien intentó amedrentarlo:

—Vine a verte en persona porque me tienes cansado. Te traen para aquí y envuelves a los policías que te interrogan. ¡Nunca sabes nada, no estás metido en nada, eres un santo! Yo sé, y tú lo sabes mejor que yo, que en algunos mítines callejeros, coges el micrófono y te cagas públicamente en Batista, que dices horrores de él. Eso no se te puede perdonar. ¿Quién tú piensas que eres? Dicen que pones bombas, petardos y riegas puntillas en los parqueos oficiales. ¿Tú sabes quién soy yo?

—Sí, el coronel Esteban Ventura, jefe de la Policía. Mire como me han puesto sus policías, coronel. Llevan muchísimos días dándome golpes, no me dejan dormir y solo me dan agua. Quieren que yo les diga con quién estoy trabajando, que les dé nombres, si yo no trabajo con nadie, se lo juro, coronel, entonces qué nombres puedo dar.

—Nosotros sabemos que tú haces todas esas cosas orientado por alguien. Dale gracias a nuestra paciencia contigo; era para que te hubiéramos desaparecido del mapa. Además, negro, tú te crees que nosotros somos

tarados. Me vas a decir una sola cosa: ¿Quién es tu jefe? Eso va a quedar entre tú y yo.

—Yo no puedo inventar nombres, coronel; ese es el problema. Ya casi todos ustedes me conocen. Cada vez que explota una bomba o hacen un sabotaje por ahí enseguida me cogen preso. Eso es un abuso. Si ustedes tuvieran pruebas de que ando en algo ya estuviera muerto. Yo no estoy en nada coronel Ventura.

—Moncadista, tú eres un negro con suerte. ¡Yo no sé cómo estás vivo! Hay otros que han hecho menos que tú y no pueden hacer el cuento. Yo te voy a soltar, pero antes me vas a decir con quién trabajas y quién te dirige. ¡No goooootes mi paciencia, Cartaya!

—Coronel Ventura, yo no les dije nada a los otros que me interrogaron y mire como estoy que casi no me sostengo en pie, y a usted tampoco le voy a decir nada porque no sé, no puedo inventar, créame.

—“No sé”, eso es lo único que sabes decir. Ahora mismo mando a matarte, negro fidelista. Está bueno de pasarte la mano; lo que hay es que colgarte de un palo.

Ventura perdió la ecuanimidad, y con gritos le ordenó a uno de los participantes en los maltratos:

—Teniente, llévatelo y esta misma noche dale camino.

El detenido, a pesar de su estado, no se daba por vencido y se burlaba del temible oficial:

—Un momento, coronel Ventura, déjeme explicarle, si yo le invento unos nombres usted enseguida se va a dar cuenta que lo hice para librarme de los golpes, además de enredar a gente que no tiene nada que ver con el movimiento. ¡Yo no puedo hacer eso, coronel, no lo puedo engañar!

Fue tanta la decepción del iracundo oficial por no haber logrado su objetivo, que reaccionó de forma inesperada:

—Mira, Cartaya, te voy a soltar, con una condición. Yo no puedo ni cogerte preso otra vez ni verte más.

¡Mírame de frente! —ordenó frenético—: ¿me entiendes?

—Sí, coronel, lo entiendo. Pero no permita que sus hombres me apliquen la ley de fuga.

—Te dije, negro, que te voy a soltar. Busca hoy mismo un certificado de defunción y te echas tierra encima: abandonas el país o te vas para la sierra con tu jefe. ¿Me oíste? ¿Entendiste el mensaje?

Ventura se apresuró apartarse del lugar; cuando le dio la espalda al detenido, ordenó:

—Teniente, dile al capitán Abejón Puñales que lo suelte ahora mismo.

El revolucionario estaba a punto de caerse al piso por la debilidad y los dolores. En todo su cuerpo tenía verdugones y heridas ocasionadas por el látigo, los ojos hinchados y moreteados, y el estómago completamente vacío. Al oír el anuncio de que abandonaría la detestable estación de Policía, casi arrastre fue al baño y se echó un poco de agua en la cara.

Salió de aquel centro de torturas desorientado, avanzó sin fuerzas por una calle. Pasados unos minutos se dio cuenta que dos individuos vestidos de civil le seguían, pensó que había llegado su final. Con esfuerzo volvió a mirar y confirmó que los tipos se acercaban. Tal vez la sabiduría del instinto le aconsejó detenerse. Próximo a una cafetería llena de público los esperó y con intencionada humildad les dijo:

—Señores, ustedes tienen una peseta que me den para tomarme un café con leche. Este infeliz hombre se está cayendo del hambre. Ventura me tenía preso por gusto y me han dado golpes de todos los colores. Yo puedo jurar que no estoy en nada. Todo ha sido por gusto, señores, por gusto.

Ambos individuos se detuvieron, Cartaya apreció sorpresa en los rostros. Es posible que esperaran cual-

quier cosa menos que les pidiera dinero para comer. Un tanto indecisos, uno de ellos sacó de su bolsillo una moneda de veinte centavos y se la entregó, mientras el otro sentenciaba:

—Agustín Díaz Cartaya eres un tipo dichoso, te vas a morir el día que tú quieras. Arriba, dale, que hoy tampoco te toca, pero tienes que desaparecerte de la faz de la tierra.

De inmediato se retiraron sin decir más. El moribundo sintió que el alma le volvía al cuerpo, porque aquellas palabras confirmaron la condición de agentes de la policía de esos individuos y la misión que cumplían. Algo animado por haber escapado de las garras asesinas una vez más, entró en el establecimiento, disfrutó de un café con leche y un pan con picadillo mientras reía del resultado de su patraña.

Más calmado y algo recuperado reflexionó acerca de su situación. Comprendió que Ventura no estaba jugando y si caía en sus manos de nuevo, era su final. No tenía otra alternativa: desaparecía o se dejaba matar. ¡Tenía que perderse! Sabía que el Ejército Rebelde ya dominaba un vasto territorio en la Sierra Maestra, con acciones combativas victoriosas. Su primera idea fue incorporarse a ese grupo. Deseaba ver a Fidel y combatir bajo sus órdenes. Sin embargo conocía muy bien las reglas del movimiento y era disciplinado, para salir de Marianao necesitaba autorización de los jefes de la clandestinidad en su territorio.



Desconocimiento y emoción



Sus superiores decidieron protegerlo. El comandante Delio Gómez Ochoa, coordinador del Movimiento 26 de Julio en la zona occidental y otros dirigentes de la lucha en La Habana y en Pinar del Río convinieron trasladarlo hacia la capital pinareña. Para que trabajara en la clandestinidad en función de la formación de un frente guerrillero, al cual se incorporaría en su momento.

El movimiento sabía que la salida de Cartaya de La Habana no resultaría fácil por el nivel de vigilancia que le tenían montado. Entonces se ideó una boda, la luna de miel sería fuera de la provincia. Todo se preparó, la señorita Laura Argüelles fue la novia escogida. Con sus respectivos trajes y en un lujoso auto Cádillac abandonaron la ciudad, sin contratiempo alguno.

Cumplió con la mayor discreción posible las instrucciones recibidas. Fue hasta el edificio situado en las calles Véliz Carieles e Isabel la Católica, en el cual existía la tienda La Mía, muy frecuentada, por tanto debía extremar las precauciones; se alojó en el apartamento de los altos perteneciente a Josefina Jomarrón, *Fina*. Utilizaría el seudónimo de Thompson y debía contactar con Rafael Ferro Macías, jefe de Acción y Sabotaje del Movimiento 26 de Julio, en la llamada Región No. 1 de esa capital provincial.

Ese día, casualmente, el contacto estaba para La Habana y fue recibido por su segundo, Manuel Rodríguez

Nodarse, *Bola Prieta*, quien le fue presentando a otros compañeros. Entre ellos: Luis Valdivia, Víctor Sarfaté, Raúl Sánchez, Jesús Marín, Mamerto Vizcaíno. Y comenzó de inmediato su tarea.

Supo que los revolucionarios de esa provincia habían hecho numerosos intentos para abrir una zona guerrillera que apoyara las acciones de la Sierra Maestra, todos sin éxito. Por tal motivo existía una fuerte presión por parte de los jefes del movimiento allí, para que este nuevo esfuerzo fructificara.

Absorto en su misión, Cartaya desconocía cuanto se hacía con la marcha patriótica. El 24 de febrero de 1958 se fundó en la Sierra Maestra la emisora *Radio Rebelde*, sus ondas abarcaban todo el territorio nacional y por determinados medios se difundía en Venezuela. En poco tiempo se fue conociendo y cada vez fueron más los que la sintonizaban. Cuando la escuchó por primera vez se quedó sin respiración, su corazón casi se sale del pecho y saltó de alegría, ¡cantaban su marcha!

La emoción fue tal que no podía hablar y sus ojos, que tantas veces supieron resistirse ante el dolor de las torturas, ahora lloraban sin poderlo evitar. Los compañeros al verle en ese estado pensaron que algo malo le pasaba. Se trataba de otro de los momentos que hacen grandes a los hombres por dentro y que los llenan de orgullo. Al recuperarse, les explicó que la música que habían escuchado era la *Marcha del 26 de Julio*, compuesta por él y les cantó completa la pieza.

No se perdió ningún programa. Después de varios días confirmó que la obra formaba parte de la programación. Se conmovió porque su creación contribuía a la divulgación del acontecer del Ejército Rebelde en la Sierra Maestra, pero... ¿cómo, cuándo y dónde se grabó?, ¿quiénes la cantaban?, ¿cómo llegó hasta allá? De tanto

escucharla se aprendió de memoria la presentación de cada transmisión:

SONIDO: *Marcha del 26 de Julio* y a fondo

VIOLETA CASAL: “Aquí *Radio Rebelde*, órgano oficial del Ejército Rebelde, transmitiendo en cadena y ampliación modulada por los 1 180 kilohertz”.

JORGE LUIS MENDOZA: “Aquí *Radio Rebelde*, la voz de la Sierra Maestra, transmitiendo para toda Cuba en la banda de veinte metros diariamente a las cinco de la tarde y nueve de la noche, desde nuestro campamento rebelde en las lomas de Oriente. Director: Capitán Luis Orlando Rodríguez”.

VIOLETA CASAL: “Aquí Indio azul e Indio apache”

SONIDO: Sube y baja *Marcha del 26 de julio*.*

El compositor mantuvo su curiosidad, quería conocer cada detalle de la grabación y de cómo fue posible que llegara hasta la emisora guerrillera. Era lógica la inquietud. Se imaginaba el sigilo y el extremo secreto en que todo se hizo, pues el régimen conocía lo que esa marcha representaba y por supuesto, trataría de impedirlo con la represión implantada en esos tiempos. Pero estaba lejos de saber que la idea había surgido de un músico reconocido, Carlos Faxas Velerino, director del cuarteto Los Faxas, que por entonces tenía fama en Cuba.

Ese maestro sabía lo que un himno representaba en el ánimo patriótico. Militaba en el Movimiento 26 de Julio por tal motivo, le propuso a Faustino Pérez Hernández, responsable de esa organización en la capital, la necesidad de una composición. Este compañero, que ya había vibrado de emoción junto a los expedicionarios

* Así Cartaya la reproduce en su imaginación.

del *Granma* cuando en mar abierto la cantaron, le aseguró que ya existía. Le contó cómo surgió y la trayectoria que había tenido, solo faltaba grabarla para que continuara con su fuerza aunando corazones.

Faxas se entusiasmó; con la dirección y la contraseña de un joven revolucionario escondido en Santiago de las Vegas, partió en busca de su tesoro. Tony le permitió copiar la letra y escribir las notas y los demás signos musicales necesarios. De inmediato el músico se dio a la tarea de crear las condiciones para grabar la marcha. Sumó a otro integrante del 26 de Julio, Gilberto Aldanás Gutiérrez, quien era cantante del cuarteto.

Los dos revolucionarios analizaron las condiciones, eran conscientes del riesgo que implicaba aquella acción, pero las convicciones pudieron más que el temor. Estaban decididos, era necesaria para el bien de la causa por la que luchaban. Así comenzaron la empresa:

—Oye, Faxas, esta es una tarea monumental. ¿Te has puesto a pensar...? Es muy peligrosa y compleja. Se necesitan: un coro, instrumentistas, una emisora de radio con las condiciones y los operadores. Hay que contactar con cerca de veinte personas, y casi ninguna forma parte del movimiento. Si a esto se le suma que cuando un hecho lo conocen más de dos individuos deja de ser secreto, entonces... No obstante, tenemos que hacerlo. Encárgate de la emisora y los técnicos, yo veré los músicos y algunos cantantes.

—Es cierto, compañero, la tarea se las trae, pero si nos ponemos a pensar en el peligro no la grabamos. ¡Requerimos manos de seda para no fracasar!

Después de muchas coordinaciones y gestiones Faxas consiguió la emisora *Radio Cadena Habana*, propiedad formal de Modesto Vázquez porque el verdadero dueño era Fulgencio Batista, el dictador. Por supuesto

que para aquel hombre, en su estudio se interpretarían canciones tradicionales del cuarteto. Como nada podía fallar, se valió de su amigo Antonio García, quien tenía negocios de grabaciones y un espacio musical en la misma emisora, para comprometer al jefe de grabación de esta.

Fueron hasta el salón H, en la Manzana de Gómez, y Orlando Nicolau Fernández aceptó garantizar las condiciones necesarias, aunque no supo exactamente de qué se trataba. Por su parte Aldanás también logró cumplir su encargo. Entonces, la primera semana de febrero de 1957, los dos revolucionarios precisaron el curso de la misión. Faxas con alegría le contó a su compañero:

—Aldanás, ya tengo las dos voces femeninas. Una, es la catalana Manón de Asprer Guinovar, tú la conoces. Ella también pertenece al movimiento y trabaja en la Compañía de Electricidad. La otra, Sonia de Aragón Castro, simpatiza con nosotros y su tía trabaja para Faustino Pérez.

—Carlos, yo no conozco bien a Modesto Vázquez, sí sé que es socio y amigo personal de Batista. No puede ni remotamente saber lo que vamos a grabar.

—Sí, lo sé. Él piensa que son unos números del cuarteto. Le dije que le iba a regalar unos montajes nuestros para la emisora. ¡Si ese hombre sabe lo que vamos a grabar, se lo dice a Batista para que nos decapiten a todos en el parque Central!

Ni esa certidumbre los hizo titubear en el empeño. Estaban decididos, había que redoblar las precauciones. Antes de separarse, Faxas concretó:

—Recuerda, el viernes de la próxima semana, 15 de febrero, a las diez de la noche tenemos el turno de grabación, la dirección es San José y Prado, en los bajos del Centro

Gallego. Así que prepárate y cuadra con los músicos y con el otro cantante. Debes decirles la necesidad de ser puntuales y que no pueden llegar en grupo. El grabador Paquito Vilarta, que es del 26 de Julio, está de turno en la emisora ese día, eso quedó amarrado con su jefe, así que no debe haber problemas.

Ya tenían completo el equipo que grabaría la marcha: Carlos Faxas Valerino, jefe, pianista y arreglista; Gilberto Aldanás Gutiérrez, organizador y cantante; Manón de Asprer Guinovar, Sonia de Aragón Castro y Enrique Herrera López, cantantes; José Ramón Urbay Serafines, Eddy Martínez; José Manuel Valdés Orovio y José Suárez Castellanos, músicos; Orlando Nicolau Fernández, grabador; Francisco Vilarta Cañadilla, grabador asistente.

Faxas se encargó de hacer el montaje y los arreglos, además utilizó su auto, siempre en marcha, para ensayar con quienes debían interpretarla. Lo cual repitió en varias ocasiones hasta que todo estuvo a punto, aunque nunca pudo hacerse con todos juntos, era un riesgo. También practicaron en otros lugares.

El día señalado llegó y todos se fueron presentando según lo convenido. Los interpretes Gilberto Aldanás y Enrique Herrera se habían retrasado, aunque aún faltaban minutos para la hora acordada. Mientras esperaban, el señor Modesto casi extasiado conversaba con las dos bellas muchachas quienes sumarían sus voces para cantar el himno. Faxas escuchaba la charla, pero estaba inquieto.

Se asomó a la puerta principal en espera de los que faltaban. El susto lo paralizó, no podía creer lo que su vista captada, el establecimiento estaba rodeado de efectivos del ejército y la policía. Por un momento cerró los ojos y contó hasta diez. “¡Un chivatazo, estamos

muertos!”, dijo para sí. Instintivamente volvió para el estudio dos, aturdido y sin voz. El dueño, quien aún conversaba relajado, se le ocurrió comentar:

—Ustedes han tenido suerte, querían cerrarme la emisora porque hoy, en el piso de arriba, la primera dama, la esposa de Batista, está desarrollando una actividad política. Las cuadras alledañas están llenas de guardias y policías. Desde esta mañana andan en ese alarde, pero como esta emisora es también del Hombre* no hay problemas.

Faxas recuperó su ecuanimidad. Esas palabras le permitieron comprender todo lo que vio solo unos minutos antes. Paralelo a estos momentos sucedió que Aldanás, quien avanzaba en su auto hacia la emisora en compañía de Enrique, al percatarse del retraso, aceleró la marcha, pensaba estacionarse en el parqueo del restaurante-cafetería El Palacio de Cristal, en la calle Consulado.

Al pasar frente a la estación de radio, los policías golpeaban salvajemente a un hombre. Creyó que la víctima era Faxas; quizá los nervios le hicieron ver el parecido con su amigo. Sin pensarlo, le dijo a su acompañante:

—Oye, esto se jodió, nos han delatado. A ese que le están dando golpes ahí frente a la emisora es Carlos Faxas. ¡Tú te imaginas lo que eso representa! ¡Hay que perderse de todo esto! ¡Una delación, una delación. Esto se jodió, Enrique!

Los nervios muchas veces traicionan y las personas hacen cosas increíbles. En aquella situación Aldanás solo atinó a desaparecer. A buena velocidad dejó la calle San José, siguió por Prado y buscó la avenida de Monte, cuando reaccionó se hallaba en la Virgen del Camino.

* Se refiere a Fulgencio Batista y Zaldívar.

En ese lugar se bajó, más calmado recapacitó; tenía que regresar al lugar de los hechos, ¡era su amigo!, no podía dejarlo botado. Sintió opresión en el corazón, “¿por qué reaccioné de esta forma?” se preguntaba. Subió al auto, con el pie en el acelerador le dijo a su acompañante, quien no había hablado durante el recorrido:

—Enrique, vamos a volver, le damos la vuelta a la manzana, pasamos despacio frente a la emisora y observamos bien la situación para determinar qué hacer.

Así lo hizo, ya la calle estaba despejada, iba tan despacio que desde la distancia Enrique observó en la puerta del local a un hombre. Entonces emitió las primeras palabras desde el suceso horrendo:

—¡Mira, Aldanás, dale suave, ese que está en la puerta de la emisora haciéndonos señas para que nos apuremos es Pepe Suárez, *Suarito*, el músico nuestro. Dale, bájate que nos están esperando, no ha pasado nada malo.

—¡¡Qué alivio, Enrique, qué bueno!!

Los inconvenientes no acababan esa noche. Cerca de las diez y treinta el señor dueño aún no se marchaba, se mostró interesado en oír la música que iban a grabar. Se vieron obligados a improvisar algunas canciones a modo de ensayo. Al rato el hombre pareció aburrido y se retiró. ¡Al fin! Había nerviosismo, era lógico. Entonces Faxas arenga a los compañeros y define cada paso, los ánimos se calman.

A uno del grupo se le ocurrió aprovechar unas cartulinas con anuncios publicitarios para lograr mejor acústica, pues el ruido de arriba se colaba, además, se evitaba que su música se oyera afuera. También, durante toda la operación Paquito transmitió música hacia la calle con gran volumen, usó discos de la Sonora Matancera, los temas se destacaban por el uso de las trompetas. Era un recurso más para encubrir lo que hacían.

Preparados, ensayaron primero. Después de varios ajustes y precisiones todos estaban listos. A una señal del director del grupo, comienzan. Para mayor seguridad, a sugerencia de Nicolau, hacen una segunda grabación, ambas en cinta magnetofónica como matriz, por si era necesario borrar. La segunda fue la que mejor salió y el grabador procesó, con posterioridad, las once placas solicitadas.

Todos estaban emocionados, sabían lo que representaba aquella actuación y los riesgos que asumieron. El peligro se mantenía, tenían que ser discretos en lo adelante. Era una actitud comprometida y desinteresada, a favor de la causa revolucionaria. Faxas se dirigió a ellos:

—Señores, después de comprobar la grabación, ustedes pudieron escuchar... ¡Perdónenme, casi no puedo hablar, estas cosas son muy fuertes! Debo decirles que la marcha ha quedado perfecta. Muchas gracias a todos. Yo no sé si esta tenga la trascendencia de otros himnos, la vida se encargará de demostrarlo. Solo les diré que ella representa para el Movimiento 26 de Julio algo parecido a lo que fue nuestro hoy himno nacional para los mambises que pelearon en las guerras por nuestra independencia.

Aldanás también quiso congratularlos por el acto heroico que acababan de protagonizar:

—Atiendan un segundo. Faxas, Paquito Vilarta, Manón y yo, estamos comprometidos con el Movimiento 26 de Julio, es un secreto que deben guardar. Sin embargo ustedes que hoy han arriesgado sus vidas por la patria merecen que la alta instancia del movimiento revolucionario, conozca los nombres de quienes han tenido el valor de grabar un himno para esta lucha. Se lo haremos llegar en el mayor secreto. No sabemos

quién es el creador de la marcha, pero nos unimos a él en este instante y ojalá un día podamos celebrar juntos este honor que hemos tenido.

Las placas impresas con la marcha sirvieron para divulgarla. Se pretendía posteriormente sacar muchas copias para venderlas a cinco pesos, y los fondos recaudados serían para la causa revolucionaria. Esta idea se tronchó con la aprehensión, pocos días después, de su promotor. El suceso fue de conocimiento público porque ocurrió en plena faena de trabajo, en el cabaret habanero Montmatre, en P y 23, el Vedado, además, por la popularidad del músico.

Nadie sabía la causa, pero el grupo que grabó la marcha quedó conmocionado, porque le vio relación. Sucedió que Faxas escenificó un espectacular sabotaje en las instalaciones de la Feria Nacional Ganadera de Rancho Boyeros. Por fortuna, después de las salvajes torturas sufridas, el abogado de la defensa logró su absolución. Como su vida corría peligro el movimiento decidió que tenía que marchar al exilio.

El esfuerzo y el peligro arrostrado no se perdieron por esa causa. Algunas de las once personas participantes del hecho histórico del 15 de febrero de 1957, por una u otra causa se quedaron con copias. Gilberto Aldanás no cejó en el empeño para divulgar la obra patriótica, estaba convencido de lo que ella representaba en la movilización de los sentimientos revolucionarios. Las dos placas que atesoraba se las mandó a su compañero recién exiliado en Miami, a través de la amiga Irma del Río, quien viajaba con frecuencia a esa ciudad.

En aquella tierra el cubano continuaba su empeño en favor de la libertad de la patria. Contactó con otro revolucionario allí, Evelio Rodríguez Curbelo, para que

los dos ejemplares llegaran a la Sierra Maestra. El Che quien, fue uno más en el coro de expedicionarios del *Granma* que la entonó durante la travesía hacia Cuba, seleccionó esta grabación como tema de presentación de la emisora *Radio Rebelde*.



Un nuevo escenario de lucha

La curiosidad del compositor se mantuvo, no la opacó su nueva tarea. Corría la segunda mitad del año 1958 y la actividad revolucionaria en Pinar del Río se volvió muy activa. Cartaya se entregó al empeño previsto, que ya era una necesidad táctica y estratégica. En función de este objetivo el Movimiento 26 de Julio en la región y la comandancia general rebelde trabajaban de conjunto para hacer realidad esa vieja aspiración. Los pinareños acumulaban cierta experiencia sobre la lucha guerrillera y en especial, acerca de los pro y los contra para establecerse en las lomas.

Luego de mucho esfuerzo e inconvenientes, el 26 de julio de 1958, en conmemoración del aniversario quinto del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, quedó fundado el frente, en San Andrés, La Palma. Al frente se designó al comandante Dermidio Escalona Alonso, quien llegó a la región a finales de junio procedente de la Sierra Maestra. La comandancia se estableció en Loma del Seboruco.

Cartaya se incorporó como un guerrillero más. Participó en diferentes acciones combativas que tuvieron lugar en aquellos parajes. La primera demostración de este frente ocurrió el 13 de agosto, cuando atacaron al cuartel de la Guardia Rural de San Andrés, para darse a conocer como fuerza viva y beligerante en el extremo más occidental del país. Actuación que tuvo

una gran repercusión. El frente soportó sus altas y bajas en la contienda; la decisión de sus integrantes fue inquebrantable: combatirían hasta la victoria final.

Cuando conocen por *Radio Rebelde* la huida del tirano y el llamado a la huelga general, responden de inmediato a este. Para ese momento el frente contaba con unos trescientos cincuenta hombres. Con esas fuerzas, el apoyo de los combatientes clandestinos y de casi todo el pueblo, ocuparon el regimiento No. 6 de la capital provincial, seis escuadrones de la Guardia Rural, numerosos cuarteles, estaciones de Policía y centros de represión y torturas de la dictadura.

El guerrillero Cartaya se alegró con cada acción favorable del frente y sufrió los reveses con estoicismo. Contribuyó en la lucha por la libertad y por arrasar con la plaga infernal de gobernantes indeseables y de tiranos insaciables. Se sentía satisfecho porque había sido fiel a los versos que le brotaron del corazón.

Culminó la campaña con los grados de capitán por su entrega y sacrificio. Estaba convencido de que le esperaban momentos difíciles, pero superables porque el ideal por el que marchó junto a sus compañeros aquel 26 de julio ya era una realidad, y se alistó para nuevas encomiendas. Fue designado para el campamento de Managua, bajo las órdenes del entonces comandante Juan Almeida Bosque. Después cumpliría otras misiones en las fuerzas armadas.

Envuelto en las nuevas tareas no había podido saciar la curiosidad que mantenía viva desde aquel día en la tierra pinareña, cuando escuchó su marcha cantada por profesionales, acompañados de instrumentos musicales. Hasta un día, que apareció en el periódico *El Crisol* un escrito en el que se aseguraba que Faxas era el autor de *Himno del 26 de Julio*.

No era nada extraño que un músico de la categoría de ese compañero lo hubiese compuesto y además, porque se conocían sus sentimientos patrióticos y su participación activa en la clandestinidad. Por lo tanto tenía vivencias que bien le hubieran podido inspirar versos tan comprometidos.

Cuando circuló el rotativo, algunos compañeros de Cartaya que no sabían nada de las cualidades artísticas de Faxas, de su sencillez y de su integridad revolucionaria y moral, le comentaron que había un impostor queriéndose adueñar de la autoría del himno. Entonces decidió ir de inmediato a donde ese hombre para aclarar la situación.

Al llegar al sindicato donde este cumplía las nuevas tareas asignadas, el acompañante del autor, sin presentación alguna, dijo, a la vez que señalaba con su dedo índice al músico:

—Ese, ese mismo capitán Cartaya. Él es el que anda diciendo que es autor del *Himno del 26 de Julio*.

El atacado reaccionó calmadamente, los invitó a sentarse. Se le apreció en el rostro la satisfacción por tener ante sí al autor de la marcha que le permitió probarse en una acción de tanto riesgo y a la vez, tan importante para la causa por la que se jugaba la vida.

Inició la conversación con una aclaración: en cuanto supo de la nota, llamó al rotativo para dejar claro que él no era el autor de la marcha, que sí la había grabado junto con un grupo de compañeros, pero que el autor era un tal Cartaya, al cual aún no había tenido el honor de conocer.

Los dos protagonistas intercambiaron sus vínculos con la composición, mientras uno hablaba el otro, absorto, no perdía detalle alguno. Cada cual se maravilló con la historia que oía. El tercero allí no pudo decir ni

una palabra, estaba extasiado con la plática. No se percataron del avance de las manecillas del reloj.

Sellaron aquel encuentro con un emotivo abrazo. Así inició una amistad para siempre; se admiraban y respetaban por sus cualidades revolucionarias. Pronto Cartaya conoció a todos los que participaron en aquella memorable grabación y también nació el compañerismo entre ellos, les reconocía por su arrojo.

A la par de las tareas revolucionarias en la construcción de la nueva sociedad, el creador de la marcha patriótica tuvo otras inspiraciones poéticas: decenas de canciones, poesías y marchas. Una muy conocida tiene una historia también ligada al Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz.

La mañana del 25 de julio de 1963, los sobrevivientes de los asaltos a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes y de la expedición del yate *Granma*, tuvieron un encuentro con el líder de la gesta revolucionaria, quien, entre cantos, poesías, música y cuentos, conversaba con cada compañero. A Cartaya lo interrogó:

—Thompson, ven acá, ¿qué tú estás haciendo, te vas a quedar solamente con la *Marcha del 26 de Julio*?

Con su amplia sonrisa y agradecido por la preocupación del jefe, le respondió:

—Tengo una marcha dedicada a los obreros, campesinos e indios de este continente.

—¿Cómo dice la letra?

El compositor, con su torrente de voz, tarareó algunos versos. Todos se concentraron en la canción. Fidel le pidió interpretarla completa, y tuvo que hacerlo varias veces. De seguro algo le motivó aquella letra. Entonces le orientó a Juan Almeida Bosque:

—Cuando terminemos la reunión procura una banda de música para interpretar y grabar la marcha, con la

presencia de Thompson. Mañana la cantaremos en el acto de la Plaza de la Revolución José Martí.

Cuando se terminó el encuentro ya Cartaya se había marchado acompañado de Almeida y Calixto García Martínez. La tarea que tenían que acometer requería de agilidad porque el tiempo era brevísimo. Debían convocar a los integrantes de la orquesta y del coro del entonces Instituto Cubano de Radiodifusión, a los músicos y técnicos, para la sede de ese organismo, plantearles la encomienda, ensayar y grabar.

La respuesta fue unánime. Bien avanzada la madrugada la marcha quedó lista para el siguiente día. Hubo algo singular esa noche: la orquesta fue dirigida por el maestro Adolfo José Guzmán González mientras que el coro lo condujo su fundador, el amigo entrañable Carlos Faxas Valerino.

La mañana del 26 de julio la plaza estaba colmada, se celebraba el acto central por el décimo aniversario del Moncada. Los altoparlantes dejaron escuchar una marcha que no todos repararon en la letra; hablaría Fidel y la multitud esperaba deseosa que comenzara su discurso. En él se refirió a lo que Cuba irradia..., habló de las ideas:

Y nosotros somos cantera de ideas, cantera de luz para los trabajadores y los campesinos de América Latina, para los indios esquilados de América Latina y por eso la voz del corazón inspirado de nuestro compañero Cartaya, que un día compuso el *Himno del 26 de Julio*, un himno que en un tiempo no era el himno de las multitudes sino el himno que se entonaba en las solitarias celdas de las prisiones de la tiranía, y un día llegó a ser el himno de todo un pueblo combatiente, la marcha de toda

la nación, así también, por inspiración propia y por iniciativa propia, el compañero Cartaya ha creado la *Marcha de América Latina**, y esa marcha dice: “De pie América Latina / Adelante, adelante, adelante, / Marchemos junto al socialismo / Que es paz, progreso y redención. / De pie América Latina / En la lucha gigante será / Los pueblos unidos como hermanos / En un invencible haz. / Cuba, faro de América toda, / Orgullosa y altiva os espera. / Y que al grito de guerra se alcen / Las armas de la libertad. / Campesinos, obreros e indios, / A luchar contra el yugo opresor / Mueran todos los imperialistas. / América Revolución”**

Retronaron los aplausos. El compositor, desde la tribuna, se quedó aturdido por un instante, ni en la imaginación pudo concebir la apoteosis que vivía. Al fin se paró de su asiento y emocionado, agitó sus brazos en señal de saludo. Fidel no le dio oportunidad para recuperarse y continuó sus palabras: “Quizá alguna vez este himno, esta marcha, sea entonada por millones y millones de hombres y mujeres de América Latina [...]”.

Se cumplió la predicción del líder, la marcha trascendió fronteras. En Cuba es muy conocida, acompaña campañas del pueblo en defensa y reafirmación del socialismo; cada Primero de Mayo en la misma plaza donde se dio a conocer, un coro gigante la entona para dar colorido al desfile de cientos de hombres y mujeres de diversas edades, que con alegría celebran el Día Internacional de los Trabajadores.

* Su título es *De pie América Latina*.

** Fidel Castro Ruz: Discurso en el x aniversario del 26 de julio, en Mario Lazo, Agustín Díaz Cartaya. ..., *Dos marchas epopéyicas*, Editora Política, La Habana, 1993, pp. 22 y 23.

Sentimientos y felicidad



La vida de este octogenario está marcada por la entereza, la dignidad y el compromiso eterno con la patria y con el máximo líder de la Revolución Cubana, el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Mantiene su interés por estar actualizado del acontecer nacional y de involucrarse en cuanto puede aún.

La lectura, que asumió como hábito en la prisión de Isla de Pinos, la cultiva a pesar de que sus ojos se resisten. Disfruta del hogar junto a su esposa Aida Galiano Santisteban; de las reuniones con sus hijos y nietos, con sus amigos; de los recuerdos y de las celebraciones familiares.

Cartaya se regocija de los estímulos recibidos: medallas, distinciones, reconocimientos... Un alegrón se lo dio la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (Uneac), cuando cumplía sus ochenta años le reconoció como Artista de Mérito, la más alta distinción que otorga esa organización cultural.

Se siente radiante cuando rememora la historia de su primera marcha, la cual se mantiene hasta hoy como uno de los emblemas revolucionarios. Sus versos tienen plena vigencia, solo fue necesario sustituir una palabra en la tercera estrofa: Oriente por Cuba, para que así resumiera el esfuerzo y la sangre derramada de los hombres y mujeres que a lo largo y ancho de toda la patria hicieron posible el victorioso enero de 1959. Y

por lógica en su título debía aparecer la fecha gloriosa: *Marcha del 26 de Julio*.

Cartaya atesora distintas versiones de su primera composición, una de ellas la que se grabara en los primeros días después del triunfo en medio de una desbordante alegría, esta vez en *Radio Progreso*, con la participación de cien cantantes. Cada día recuerda sus versos, se ve como uno más en el coro de sus compañeros moncadistas entonando sus notas. También lo animan las varias anécdotas emotivas que conoció vinculadas con ella; algunas las evoca así:

El 10 de noviembre de 1963, en Yakarta, Indonesia, se celebró la primera edición de los Juegos de las Nuevas Fuerzas Emergentes, Ganefo (por sus siglas en inglés). Con la participación de cerca de dos mil atletas e invitados de cincuenta y una naciones. Era una actividad deportiva y cultural. Cuba estuvo presente con una amplia delegación, la parte cultural la encabezaban los artistas Carlos Faxas Valerino y Gilberto Aldanás Gutiérrez.

La República Popular Democrática de Corea cerró su espectáculo cultural con un coro de cien voces, y sorprendió con la interpretación en un perfecto español, de la *Marcha del 26 de Julio*. El público los premió con una fuerte y prolongada ovación. Fue tal la emoción que los dos músicos cubanos se abrazaron, lloraron y se lamentaron de no haber sido los protagonistas de la iniciativa.

En contacto con el director del coro, este les aseguró que esa composición estaba entre las más emblemáticas del mundo, dada su trascendencia política y cultural, sobre todo en el momento que se vivía.

Transcurría el 26 de septiembre de 1980. Regresaban a tierra los cosmonautas Arnaldo Tamayo Mén-

dez y Yuri V. Romanenko, después del exitoso vuelo conjunto soviético-cubano en la nave Soyuz-38. En el cosmódromo de Baikonur la emoción embargaba los corazones de todos. Para los cubanos resultaba mucho más significativo el momento, el primer latinoamericano en lograr esa hazaña era un hijo de Cuba.

En medio del encuentro con los periodistas acreditados, Raúl Booz Mesa, camarógrafo del Centro de Información y Documentación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, sin poder contener el júbilo, comenzó a cantar la Marcha del 26 de Julio, y fue seguido por todos sus coterráneos presentes allí. Magnífico final para aquel ejemplo de hermandad y de progreso.

Este hombre de más de ochenta septiembres, hoy se siente satisfecho con las experiencias acumuladas durante su larga existencia, lo cual no quiere decir que todo se le haya cumplido y haya podido hacer cada cosa deseada; ¡es lógico! Le hubiera gustado incursionar en la escultura y la pintura, tal vez en un futuro las galerías cubanas, y por qué no, extranjeras también, exhiban cuadros y esculturas de algún descendiente de este inspirado revolucionario que contribuyó para que en los corazones de los cubanos dignos desde el año de 1953 y por siempre, como convicción, estén grabados los versos: “y arriesgaremos decididos / por esa causa hasta la vida / ¡Que viva la Revolución!”



Anexos 



1

Contenido del diploma firmado por el entonces ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, general de ejército Raúl Castro Ruz:

D I P L O M A

Agustín Díaz Cartaya

El frente de Pinar del Río, tan distante de la Sierra Maestra, cumplió la encomienda de agrupar a los revolucionarios que luchaban en esta región y demostrarle a la dictadura que sus días estaban contados. Allí se pusieron a prueba tu decisión de lucha y la fe en el triunfo, convicciones que te acompañan en estos años de consolidación de la Revolución.

Felicidades en el aniversario 45 de la creación de este frente guerrillero.

Ministro de las FAR
General de ejército

Raúl Castro Ruz

2

Última versión de la *Marcha del 26 de Julio*

Marchando vamos hacia un ideal
sabiendo que hemos de triunfar
en aras de paz y prosperidad
lucharemos todos por la libertad.

Adelante cubanos,
que Cuba premiará nuestro heroísmo
pues somos soldados
que vamos a la patria liberar
limpiando con fuego
que arrase con esa plaga infernal
de gobernantes indeseables
y de tiranos insaciables
que a Cuba han hundido en el mal.

La sangre que en Cuba se derramó
nosotros no debemos olvidar
por eso unidos hemos de estar
recordando a aquellos que muertos están.

El pueblo de Cuba,
sumido en su dolor se siente herido

y se ha decidido
hallar sin tregua una solución
que sirva de ejemplo
a esos que no tienen compasión
y arriesgaremos decidido
por esa causa hasta la vida
¡Qué viva la Revolución!

3

De pie América Latina

De pie América Latina
Adelante, adelante, adelante,
Marchamos junto al socialismo
Que es paz, progreso y redención.
De pie América Latina
En la lucha gigante será
Los pueblos unidos como hermanos
En un invencible haz.
Cuba, faro de América toda,
Orgullosa y altiva os espera.
Y que al grito de guerra se alcen
Las armas de la libertad.
Campesinos, obreros e indios,
A luchar contra el yugo opresor
Mueran todos los imperialistas.
América Revolución.

4

Títulos de otras creaciones de Cartaya

Si yo escribiera

Yo soy así

Por el 70 aniversario de Fidel

Para la Tricontinental

Para la Columna Juvenil del Centenario

Por el 28 de septiembre

Por el 50 aniversario de las FAR

Por la unidad latinoamericana

Otras



Testimonio gráfico 





Cartaya a los once años de edad.



Con Aida Galiano Santisteban, la esposa.



Cartaya, Carlos Faxas Valerino y las esposas de ambos.



Combatientes del frente de Pinar del Río cuando conocen de la fuga del tirano. Cartaya al centro.



Comandante del Ejército Rebelde Delio Gómez Ochoa y Tomás Montero, compañeros de Cartaya en el Frente de Pinar del Río.



Combatientes del Ejército Rebelde quienes compartieron con Cartaya en el frente de Pinar del Río.



Con Juan Almeida Bosque y Adolfo Guzmán.



Encuentro con los compañeros que realizaron la primera grabación de la *Marcha del 26 de Julio*. Sentadas al centro en la primera fila Sonia de Aragón (izquierda) y Manón de Asprer (derecha).



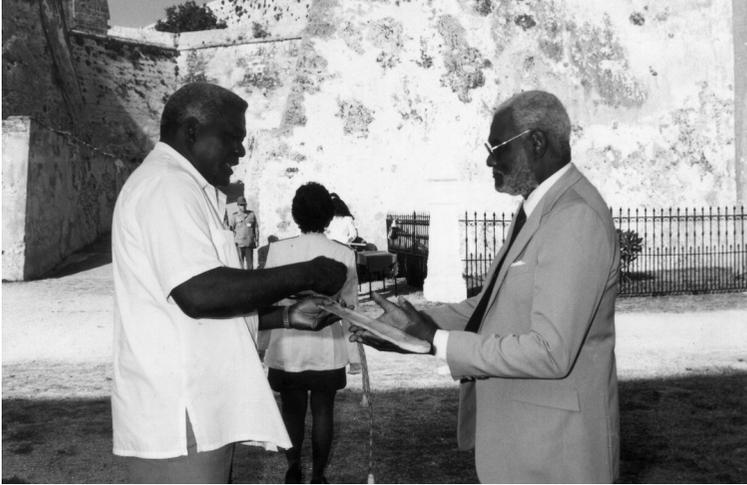
Con el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz el día que el autor le habla de la marcha *De pie América Latina*.



En la Uneac Cartaya recibe reconocimiento entregado por Enrique Núñez Rodríguez. A la izquierda, Carlos Faxas y a la derecha el general de brigada Efigenio Ameijeiras Delgado.



Juan Almeida le entrega a Cartaya la medalla conmemorativa 40 Aniversario de las FAR.



Cartaya recibe la Réplica del Machete del Generalísimo
Máximo Gómez, que otorga el Ministro de las FAR a
personalidades de la cultura.



La Uneac lo reconoce como Artista de Mérito que recibe
de manos de Guido López Gavilán.



En la sede de la Uneac celebra el estímulo recibido.



En el acto por el 26 de Julio, Holguín de 2009.



Con su compañero Enrique Cámara Pérez.



Cartaya y compañeros de lucha conversan con el general de cuerpo de ejército Abelardo Colomé Ibarra.



Con su compañero moncadista Ramiro Sánchez Domínguez.



Con la destacada periodista y escritora Marta Rojas.



Cartaya de parte con el Indio Naborí y el estelar boxeador Teófilo Stevenson.

TRES HIMNOS Y TRES HAZAÑAS

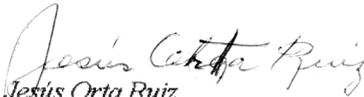
A Figueredo, Loynaz y Díaz Cartaya

La música supera a la elocuencia
en llevar a la lid hasta el más quedo.
Aún el Himno de Pedro Figueredo
es oratoria de la Independencia.

Inyectando coraje y emoción
a sus hombres, en el alto testimonio,
a Loynaz del Castillo pidió Antonio
un Himno heroico para la invasión.

A la generación del Centenario
faltaba un himno revolucionario
Fidel lo demandó al joven patriota,

y músico, y poeta Díaz Cartaya,
quien creó, verso a verso, nota a nota
el canto que llamó a la Gran Batalla.


Jesús Orta Ruiz.
(Indio Naborí)
3/4/04

Facsímil de la poesía del Indio Naborí que destaca a Cartaya.



Junto a vecinos celebra un aniversario de los Comités de Defensa de la Revolución.



En el museo del Tren Blindado, en Santa Clara, conversa con el poeta Plablo Armando Fernández.



Con Ramón Castro Ruz.



Con Norberto Collado Abreu, timonel del yate *Gramma*.

OYE SOLDADO (A LOS 5 HÉROES)

Oye soldado
limpia el camino de hoy
para que ordenadamente y sin tropiezos
transite el futuro.

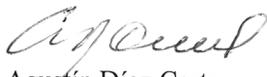
Oye soldado de aquí y sangre de todos
que lejos y cerca están
tu invencible fusil y conciencia.

Oye soldado
quiero besar con mi poesía
donde pisas, donde descansas sin dormir,
donde de pié en tu trinchera
sepultaras al enemigo.

Oye soldado de ciudades y selvas
yo tengo un canto para tus victorias,
mi trabajo y estudio constantes
y una espera palpitante y emocionada.

Oye soldado
que felices se sienten los elegidos, verdad?

Oye Patria
hace más de cien años que luchas sin cansarte
y por ello ha crecido tu vida en las batallas,
ha crecido el camino y tu has crecido soldado,
han crecido por ti las rojas banderas,
han crecido las voces más distantes
y como crece y sana la herida libertad.


Agustín Díaz Cartaya

Facsímil de la poesía que Cartaya le dedicó a los Cinco
Héroes.



Cartaya escoltado por pioneros.



Mientras departe con familiares de los Cinco Héroes.



5 de septiembre de 2003

Querido Agustín Díaz Caneja:

Imagino su convocatoria con Fidel, aquel 21 de julio de 1953, en la que él le pide una marcha, un himno que acompañara a los asaltantes de los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes.

¡Cuanto inspira y compromete un pedido de nuestro Fidel!

Juego lo imagino, los siguientes días heroicos componiendo esa letra que hoy es la marcha de la Libertad.

Los llevaron al combate glorioso. Los tituló "Batida". La marcha de la Libertad. Ese himno de aquella mañana épica del 26 de julio, los siguió acompañando en el presidio y luego volvió en el Gramma, subió a la Sierra y bajó al Maro en la Victoria del 1º de Enero. Ya por 30 años vive y se marcha de un pueblo que ha sabido construir una Revolución. Exaltada e irrevocable.

Seguiremos marchando por un ideal martiano y fidelista ¡Hasta la Victoria Siempre! Gracias Agustín por su carta y su poema que tanto nos alientan, y que son un gran honor recibirlos como revolucionarios. Soldado, aquí te cina un este soldado nuevo ¡Ataca o Muerte! ¡Vencemos! Un fuerte abrazo, en nombre de los 5.

Antonio Guerrero Rodríguez

Facsímil de carta de Antonio Guerrero dirigida a Cartaya.

Presión Federal de Lomas, California
September 7, 2003

Querido Compañero Agustín Díaz Cartaya:

Constituye para nosotros un verdadero honor el haber recibido en carta junto al hermoso poema dedicado a los cinco, y quisiera expresarle, en nombre también de mis hermanos, nuestro profundo agradecimiento.

Unos días después de recibir en misna, llegó a mis manos un ejemplar de "Granma Internacional" con una entrevista en la que usted ofrece interesantes elementos sobre los orígenes de La Marcha del 26, himno inmortal que también acaba de cumplir 50 años y que, como expresara Rafael Llan en el artículo al que hago referencia, fue el clarín de la Revolución.

Esa marcha, que acompañó a los jóvenes de la Generación del Centenario en la heroica gesta del "Moncada", ha inspirado a muchísimos cubanos durante estos años de luchas y sacrificios, y hoy, en el interior de nuestras celdas, nos hace vibrar de emoción cuando logramos escuchar sus acordes identificando las transmisiones de Radio Habana Cuba.

¡Muchas gracias Compañero!

¡Gloria eterna a los héroes y mártires de aquel 26 de Julio,
a quienes prometemos no olvidar jamás la sangre que en Cuba se derramó!

Con la admiración y el amor revolucionario de los cinco:

Gerardo Hernández Nordelo

Facsímil de carta de Gerardo Hernández Nordelo dirigida
a Cartaya.



Índice

Al lector /	11
Presentación /	13
Llegada a la vida /	15
Adiós a la beneficencia /	33
Un niño con responsabilidad de adulto /	49
Decisiones difíciles /	65
Rumbo a su identidad /	79
Nuevas experiencias /	95
Trabajador asalariado /	109
Un cambio inesperado /	125
Vínculos salvadores /	143
Un encargo que nunca imaginó /	155
Lo que sucedió a continuación /	167
Traslado para la cárcel de Boniato /	189
La condena /	199
Desconocimiento y emoción /	217
Un nuevo escenario de lucha /	229
Sentimientos y felicidad /	235
Anexos /	239
Testimonio gráfico /	247

Colofón